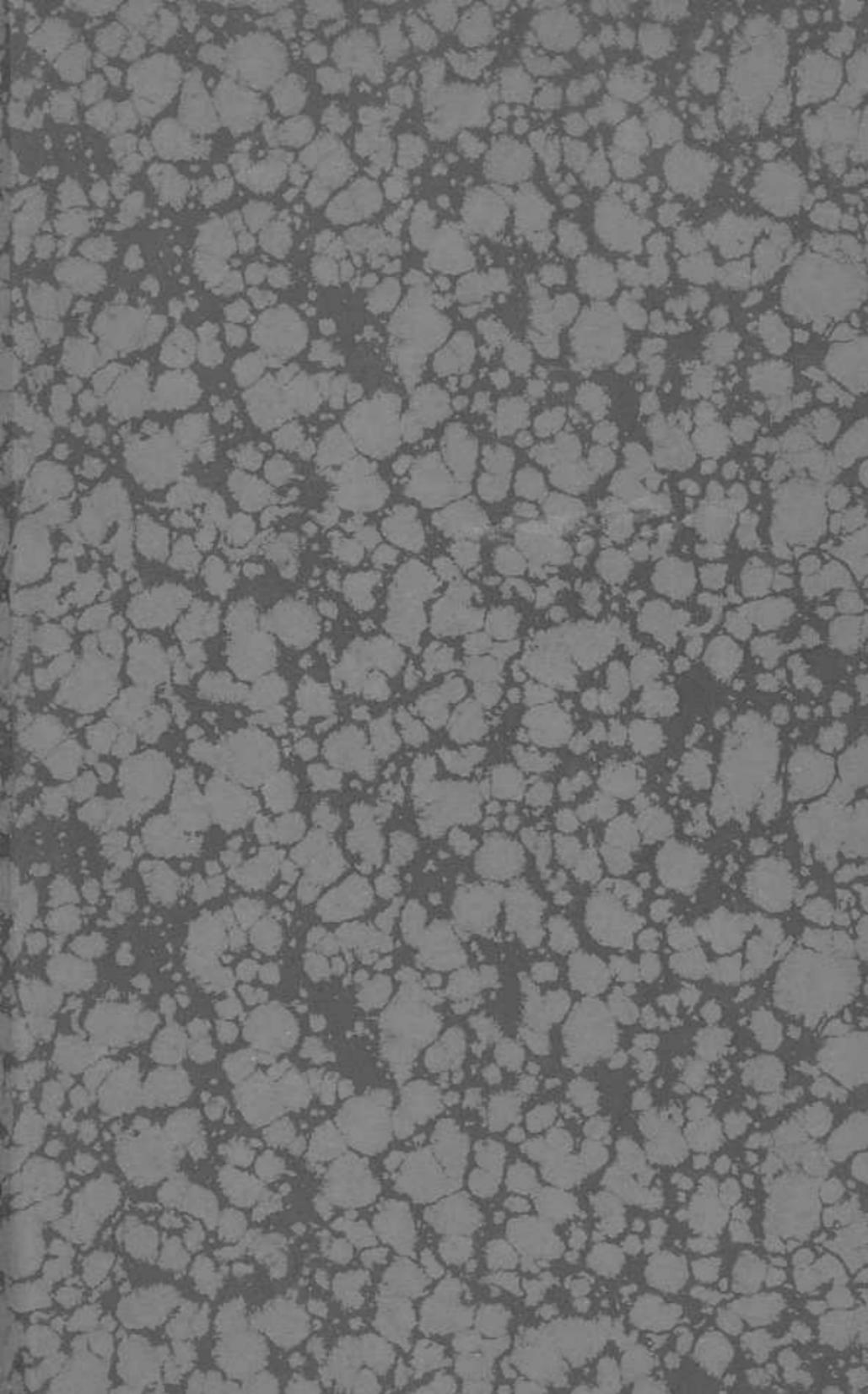


B

ST
A
A
WA

830*

3.830



BIBLIOTECA SALMANTINA.

Filosofía, Historia, Ciencias físicas y sociales, Literatura.

III.

2117.

2117
8-6



FILOSOFÍA DE LA MEDICINA.



3 7 8 7

BIBLIOTECA SALVATIERRA

Escuela Nacional de Artes y Oficios

XII

LIBROS DE LA MEDICINA



FILOSOFÍA DE LA MEDICINA

POR EL DOCTOR

T. C. E. EDOUARD AUBER,

Caballero de la legion de honor.

«El cuerpo médico, por sus condiciones de estudio, por sus luces y servicios, y, lo que vale más aún, por su abnegación siempre caritativa y frecuentemente heroica, es una parte esencial y respetable de la sociedad... Su constitución, por lo tanto, importa en alto grado á los más caros y elevados intereses del Estado.»

(El conde de SALVANDY).

TRADUCCION DE
GAUDENCIO ARÉS,

Licenciado en la Facultad de Medicina.



SALAMANCA:

Imprenta de Sebastian Cerezo, editor, Isla de la Rua, núm. 1.

1877.

FILOSOFIA
DE LA MEDICINA

POR EL DOCTOR

T. C. E. FIDOLARD AUBER,

Expatriado de la legión de honor.

El cuerpo médico por sus cambios
no lo abandona por sus torres y sus vigas
y la vida que vive en su seno

La reproducción de esta obra en lengua española es
propiedad exclusiva del editor.

TRADUCCION DE

GAUDENCIO ARES

Impreso en la Tipografía de Medicina.



SARAJEVO

Impreso en la Tipografía Central, editado por la casa de imprenta.

1877

PREFACIO.

El pensamiento de componer este libro es debido al fundador de la *Biblioteca de Filosofía contemporánea* (1); él fué quien nos le sugirió invitándonos á realizarle, y una invitacion de esta especie era demasiado seductora en sí misma y por el prestigio de que gozan los colaboradores de esta coleccion científica y literaria, para que nosotros pudiéramos rechazarla. Asi es que, aunque repuestos apenas del cansancio de un lar-

(1) Mr. Germer Bailliére.



go trabajo, nos apresuramos á significar nuestra aceptacion.

Sin embargo, no hemos llegado sin esfuerzo al término de nuestra empresa. Cuando tratamos de comenzarla, de reunir nuestras ideas y proponernos un plan, se produjo en nuestro espíritu una perturbacion completa, al pensar en los diversos tipos que, bajo los nombres de filosofía médica, filosofía de la medicina y medicina filosófica, forman la trama y constituyen los elementos de esta obra. Por un momento estuvimos casi decididos á desistir de escribirla, pero al cabo de una reflexion más detenida, y examinando resueltamente los diferentes aspectos de la cuestion nos convencimos de que para tratarla adecuadamente no se necesitaba, en realidad, otra cosa que exponer clara y sencillamente en qué consiste la sabiduría de la medicina, puesto que filosofía y sabiduría vienen á ser términos sinónimos.

Hicimonos, además, esta reflexion: la medicina, lo mismo que las otras ciencias, ha tenido sus locos y sus sábios; los primeros se han esforzado en inventar ó defender sistemas extravagantes; los últimos se han consagrado á conservar y difundir las verdades inmutables. Pues bien; mar-

chemos nosotros con éstos; aprovechemos sus lecciones, imitemos su ejemplo, y concretémonos, por último, á hacer resaltar la superioridad de la doctrina tradicional, que es la expresion lógica de los principios eternamente verdaderos y eternamente sábios de la medicina de la naturaleza.

Y lo mismo que decidimos hemos despues ejecutado. Nuestra obra tiene estos tres objetos: 1.º el de poner en claro el verdadero espíritu de la medicina; 2.º disipar las ilusiones de las gentes, graduadas ó no en las ciencias médicas, que atreviéndose á todo sin saber nada, juegan tranquilamente con la vida de los enfermos, bajo la fé de algunos sistemas sospechosos; y 3.º enseñar por caridad á todo el mundo á no dejarse quitar gratis la vida por una medicina imprudente ó por médicos falsificados.

Si nuestro libro, en algunas de sus lecciones enteramente familiares, no consigue el fin á que aspira, responderá, al ménos, al sentimiento tan universal como legitimo que el hombre experimenta por la conservacion ó el restablecimiento de su salud.

No es, sin embargo, un tratado de Filosofia médica el que sometemos hoy al juicio del buen

sentido público; es, nada más, una exposición metódica de la Filosofía de la Medicina, que es cosa enteramente distinta.

En efecto; la Filosofía médica es la ciencia médica en todo su desarrollo, exponiendo dogmáticamente sus métodos, sus principios, sus reglas prácticas; sus instituciones todas, en suma; la Filosofía de la Medicina es, por el contrario, la *sabiduría misma* de la medicina fielmente demostrada en sus métodos y principios, en sus dogmas y reglas; es decir, en las bases fundamentales de su constitucion.

Asi, pues, nuestro libro no ofrece realmente otra cosa que un simple *bosquejo* filosófico de la medicina, útil solamente á las personas cultas (*gens du monde*); nada más, ni nada ménos (1).

En cuanto á sus doctrinas, confesamos con toda franqueza, *que no tienen nada de comun con las que generalmente circulan*; más esto es precisamente lo que puede hacerlas valer algo, y

(1) Los hombres de estudio encontrarán el desarrollo de los principios que profesamos, en nuestros *Traité de Philosophie médicale, Traité de la science médicale*, y en nuestras *Institutions d' Hippocrate*.

por lo que nos atrevemos á recomendarlas expresamente.

Por nuestra parte, estamos además decididos, en caso de un descalabro, á repetir estóicamente con Montaigne: «El distintivo del verdadero combatiente son los golpes y no la espada: el honor está más en pelear que en vencer.»

DR. EDOUARD AUBER.

27 de Marzo de 1865.

PRÓLOGO.

«El dominio de la imaginacion concluye donde comienza el imperio indefinido de la razon».

(MONCK.)

La filosofia es el alma de las teorías, y la teoria es la verdadera ciencia: ella sola, ha dicho un gran pensador, (1) es la que puede hacer de los hombres de inteligencia «hombres que dejan caer de tiempo en tiempo desde lo alto de sus austeros estudios algunas verdades prácticas que la industria recoge, como son, por ejemplo, los que se

(1) Victor Duruy.

han escapado de las manos de Papin, de Ampere y de Chevreul.»

El objeto de la filosofía es la investigación, el conocimiento y la demostración de la verdad. Observar, percibir, explicar, hé aquí su continua tarea ante los grandes fenómenos de la naturaleza. Abrirse un camino, crearse un método para llegar á sus fines, hé aquí cuáles han sido su constante ambición y su primer esfuerzo.

En otro tiempo la filosofía abarcaba el círculo entero de los conocimientos humanos; no era esta ó la otra ciencia, era la ciencia universal encerrando en sus vastos dominios á Dios, el universo y el hombre.

Esta autoocracia universal de la filosofía no existe ya: el espíritu moderno ha comprendido que convenia hacer una distribución más prudente de los conocimientos humanos, y ha adjudicado el estudio de Dios á la teología; el estudio del universo á la cosmología; el estudio del hombre físico á las ciencias físicas, químicas, anatómicas, fisiológicas y médicas; y el estudio del hombre moral y pensante á la lógica, que es la ciencia del espíritu humano, y que encierra en sí los gérmenes eternos del conocimiento, y trabaja sin cé-

sar en su propio perfeccionamiento con ayuda de los métodos que ella misma ha establecido ó descubierto.

Y á la verdad, el espíritu humano es la luz que vive en nosotros, y el que nos enseña y revela todo. El espíritu humano se percibe, se juzga, se *conoce*, y por esta propiedad que tiene de conocerse á si mismo se eleva, mediante la reflexion, de la sensibilidad á la inteligencia, de la inteligencia á la moralidad, y de esta al sentimiento de la conciencia que le hace entrever en otro mundo su destino supremo.

La lógica, en resúmen, obra exclusiva del espíritu, es la que ha hecho de la historia una ciencia, estableciendo los principios y reglas de una sana crítica; la que ha hecho tambien de la gramática una ciencia, fijando las leyes generales del lenguaje; la que ha hecho, por fin; una ciencia de la medicina, demostrando que es necesario remontarse de la observacion de los fenómenos de la vida á las leyes que los encadenan, y de estas leyes al conocimiento de la causa única que los explica y dirige

Negar el poder de la lógica seria, pues, negar la evidencia, y rechazar el auxilio de aquella fa-

cultad sublime que tiene la primera palabra y la última razón en toda ciencia.

No caeremos nosotros en esta falta; al contrario, pediremos á la lógica que nos ilumine y dirija en las investigaciones que vamos á emprender.

FILOSOFÍA DE LA MEDICINA.

CAPITULO PRIMERO.

CONSIDERACIONES GENERALES.

«La ciencia de la medicina traspasa los límites de una capacidad ordinaria. Se necesita más génio para conocerla en su conjunto, que para todo cuanto la filosofía puede enseñar; porque las operaciones de la naturaleza, sobre la observacion de las cuales descansa únicamente la verdadera práctica, exigen más penetracion, para ser con exactitud percibidas, que cualquier otro arte basado sobre una hipótesis, aun la más probable.»

(El canciller Bacon.)

Toda ciencia tiene su filosofía; su filosofía es su sabiduría, y esta consiste, á su vez, en su lógica de la cual derivan luego su método y principios, sus dogmas y génio, su grado de certeza y sus reglas de práctica; es decir, sus instituciones todas.

Exponer, por consecuencia, en un orden mé-

tódico estas grandes expresiones didácticas, es dar á conocer la filosofía de una ciencia; y aplicar estos datos generales á la exposicion particular de las verdades fundamentales peculiares de tal ó cual ciencia, es trazar el plan y llenar las condiciones del único programa que puede razonablemente ser adoptado.

Este plan y programa son los que vamos á seguir en el curso de esta obra.

EXPOSICION.

La medicina es la ciencia de la vida y el arte de tratar las enfermedades: el objeto de la medicina es conservar la salud ó restablecerla, y este objeto la eleva al primer rango entre las artes.

Sin la salud, en efecto, que es el primero de los bienes, no tienen precio alguno todos los demás; son absolutamente como si no existieran para nosotros. ¡Desgraciadamente, el hombre no conoce muchas veces el precio de la salud sino cuando la ha perdido!

La medicina abraza cuanto concierne á la vida, cuanto la sostiene y resume, cuanto ejerce

influencia, sea saludable ó nociva, sobre los séres dotados de ella.

A este título la medicina es una ciencia verdaderamente enciclopédica que da y toma de todas las demás: por consecuencia no se concreta solamente á estudiar las causas, los efectos y las relaciones entre ambos, ni á conocer los fenómenos generales y su concierto universal, sino que se remonta hasta las leyes eternas que presiden á esta sublime ordenacion, y se eleva en su noble carrera hasta el conocimiento del hombre moral, esta obra maestra de la creacion, ante cuya naturaleza se detienen impasibles y mudas la física, la química y la anatomía.

Y, como lo ha dicho ya un gran maestro de la Universidad, cuya memoria será eternamente querida á la medicina francesa, por haber revelado su gloria y consolidado su importancia, el Conde de Salvandy, en el Congreso médico de 1845,

«La medicina exige, para ser cultivada y ejercida con éxito, tantos esfuerzos de raciocinio como conocimientos teóricos y prácticos; la observacion seria estéril é infructosa si los recursos de un espíritu justo, penetrante y activo no vinieran al mismo tiempo á consolidarla y extenderla.

Necesitase, pues, que el médico, que lucha contra las enfermedades del hombre, conozca al

hombre todo entero en su doble naturaleza física y moral; y espiritualizando de este modo la medicina es como puede elevársela á la cima de las profesiones sociales, que es donde debe estar.»

Nada más exacto que esto. Es preciso espiritualizar la medicina, estudiando á fondo para ello el espíritu humano, tan diferente del espíritu de las bestias; se necesita conocer la acción que él ejerce sobre toda nuestra economía, sana ó enferma, así como sobre nuestras inclinaciones, nuestras pasiones y nuestros vicios, y esto bajo la influencia de nuestros hábitos y ocupaciones, de igual modo que bajo el ejercicio de las letras, las ciencias y las artes que constituye el más noble y casto empleo de la vida.

Hay necesidad, pues, de estudiar lo primero el alma, porque si no se sabe distinguir la influencia de esta sustancia sobre el cuerpo, no se podrá hacer nunca más que fisiología animal. Persuadámonos de que no en vano el Sér Supremo infundió, en el principio de las cosas, su soplo divino sobre el hombre, haciendo así de él un sér aparte en el universo, y la obra más perfecta de la creación.

¿Pero es, acaso, el momento para expresarnos de este modo, cuando bajo el deletéreo soplo de la filosofía de los sentidos se grita por todas partes

que es preciso rechazar toda metafísica; que la verdadera ciencia consiste en el conocimiento del hecho y en la demostración del acto, y que la última razón en medicina no pueden darla más que el microscopio, la retorta y el escalpelo?



CAPÍTULO II.

ESPÍRITU DE LA LÓGICA MÉDICA.

«No tanto se engañan los hombres
porque razonen mal, cuanto porque ra-
zonan partiendo de principios falsos.»
(PASCAL).

La lógica es el arte de pensar bien y de expresarse con acierto, y este arte abre, en cierto modo, todos los demás.

Los antiguos le concedían una gran importancia, y Galeno decía acerca de él:

«Es necesario que los médicos estudien más la dialéctica y la lógica, para que, versados en estas dos ciencias, y guiados por el método que

en ellas preside, aprendan el arte de razonar y contraigan el hábito de plantear, discutir y resolver los problemas que el estudio de la naturaleza humana les ofrece á cada paso. Porque, en efecto, la manera de poner y conducir un problema no varia, ya sea que se trate de defender una cuestion de historia natural, ó de lógica médica.»

No es ménos explícita la Escuela de Salerno; y tan bien conocia la fecunda accion de la lógica; comprendia tan bien cuan viva luz puede arrojar sobre la medicina, que, por un artículo especial de su reglamento, imponia á todo aspirante á las ciencias médicas la obligacion «de estudiar la lógica durante tres años antes de comenzar el estudio de la medicina,» *Quia nunquam, decia ella, scire potest scientia medicina nisi de logica prescribitur, statuimus quod nullus studeat in medicina, nisi prius studeat in scientia logica.*

No le basta, sin embargo, al médico conocer con profundidad la lógica general: necesita, además, conocer en grado más alto aún la lógica médica. Porque la medicina tiene su lógica peculiar más complicada y difícil que la lógica de otras ciencias, en razon á que los problemas en ella están integrados por elementos tan diversos, que nunca la teoría de un fenómeno fisiológico ó patológico puede satisfacerse con una sola ex-

plicacion, como sucede en la teoría de un fenómeno físico ó químico.

La lógica médica se compone de pocas reglas y de muchas excepciones. Ofrece horizontes inmensos, que solo pueden descubrir el génio y el buen sentido guiados por una especie de instinto innato, y que no son accesibles por completo sino al médico por naturaleza, esto es, al médico que ha nacido tal. Aún éste, todavía no llega á la sublimidad de la lógica médica sino cuando su razon, guiada por la inspiración, se ha desenvuelto y robustecido en él por el ejercicio continuado y felizmente conducido del espíritu de observacion y de generalizacion, cuyas dos especies, además deben, segun Cabanis, combinarse entre sí con una sabiduría que está sobre todo precepto cuando se la posee, y sobre todo elogio cuando se la encuentra en los demás.

La lógica médica no está, pues, al alcance de todo el mundo; y para convencerse de ello no hay más que asistir á las sesiones de las Academias. Allí se encontrarán, agrupados en bandos, enjambres de espíritus discutidores, empapados de elocuencia, exuberantes de vida, y que dicen las cosas con violencia, pero que no habiendo perfeccionado suficientemente su inteligencia por los largos y austeros ejercicios que impone una edu-

cacion enteramente liberal, y por los más fecundos todavía que proceden de un estudio asiduo y profundo de las ciencias metafísicas, no pueden aportar, sino con dificultad y sin provecho, aunque ellos crean otra cosa, á la discusion de los problemas médicos la fuerza activa y eficaz que es indispensable para las excepcionales operaciones que la medicina exige.

Por otra parte, la lógica médica no tiene la flexibilidad y ductilidad que la lógica de las ciencias físicas, la cual apenas si traspasa los límites del buen sentido: es aquella más rígida é inflexible, pero en revancha de ello se eleva sin cesar y se aplica constantemente á perfeccionar los métodos filosóficos, para acomodarlos á las necesidades de la ciencia médica, que es una ciencia enteramente práctica y mucho más difícil de cultivar que cualquiera otra.

Bajo este punto de vista, la lógica médica ha sabido inspirarse bien, porque los métodos generales suelen ser demasiado absolutos para acomodarse á las múltiples exigencias de la medicina, la cual ha padecido siempre en las aplicaciones forzadas que ha querido hacer en los ensayos de métodos que no eran los suyos.

¿Qué males, por ejemplo, no ha ocasionado el análisis inflexible, como le formuló Condillac? ¿No

ha sido esto lo que ha hecho de la medicina un cuadro muerto y sin color de las enfermedades? ¿No ha sido también este análisis el que la ha encerrado brutalmente en el círculo estrecho de las lesiones cadavéricas, y de los fenómenos pasivos del organismo vencido? ¿No ha sido, por fin, el que la ha hecho olvidarse ó perder de vista el estudio transcendental de la vida y de sus fuerzas leyes; y el que, bajo el especioso y fútil pretexto de combatir las abstracciones, de las cuales,—dicho sea de paso,—solo ha comprendido las apariencias, ha rebajado y abatido la razon médica, y dejando, cuando más, á cada cual la dosis suficiente de espíritu para forjarse regularmente un sistema plástico, y escudriñar académicamente los restos humanos?

La lógica médica tiene como esencia el espíritu de abstraccion y no el de simple descripcion. Ascende desde el conocimiento de los fenómenos vitales al de las fuerzas que los producen, y desde el estudio de las modificaciones infinitas de estos mismos fenómenos al de los estados particulares y al de las condiciones anormales que estas modificaciones acusan en la constitucion de los sólidos ó líquidos de la economía.

Por otra parte, y en esto estriba su verdadero alcance estético, la medicina analiza la natura-

leza de nuestras facultades, midiendo, en cierto modo, la vasta extension de su órbita. En esta difícil empresa prescinde de las cuestiones insolubles, contentándose, para constituir la ciencia, con los datos que la suministran las verdades confirmadas por la experiencia y sancionadas por la razon. Se abstiene de dar sentencia sobre las ideas hipotéticas, pero se pronuncia enérgicamente en las cuestiones que son accesibles á los medios de investigacion.

Finalmente; en el momento en que bajo el imperio de una filosofia enteramente fenomenal no se quiere admitir cosa alguna más allá de la organizacion y de la pulpa material, la medicina permanece con valor fiel á sus principios, y se sirve de la abstraccion cuantas veces entiende que debe ser empleada para aislar por el pensamiento, ya unos de otros, ya de la sustancia ó de la causa, aquellas propiedades y fenómenos, que parecen, á primera vista, inseparables de la causa ó sustancia respectiva.

El lenguaje familiar, además, incurre en un error al considerar la palabra abstraccion como sinónima de dificultad, y hasta de oscuridad. Nada, por el contrario, es más fácil de comprender que lo que es abstracto, porque cuanto más abstracta es una idea más reducido es el campo del

pensamiento, y más fácil, por consiguiente, su exploracion.

¿Qué otra cosa sino abstraer es lo que hacen las ciencias en su continuo trabajo? La geometría abstrae la extension; la física, el cuerpo; la filosofía, el espíritu; y la medicina la vida. Cuanto más se reflexiona, pues, más se convence uno de que todo conduce á la abstraccion, y de que una ciencia que no fuera abstracta sería una ciencia universal que solo Dios podria comprender.

The first part of the book is devoted to a general history of the United States from its discovery by Columbus in 1492 to the present time. It covers the early years of settlement, the struggle for independence, the formation of the Constitution, and the development of the federal government. The second part of the book is devoted to a detailed history of the United States from 1789 to the present time. It covers the early years of the republic, the expansion of the territory, the Civil War, and the Reconstruction period. The third part of the book is devoted to a detailed history of the United States from 1865 to the present time. It covers the Reconstruction period, the Gilded Age, the Progressive Era, and the modern era.

CAPÍTULO III.

DEL GÉNIO DE LA MEDICINA Y DEL GÉNIO MÉDICO.

«El génio somete el universo á su arte: lo representa todo, hace hablar al silencio, y brilla constantemente sin extinguirse jamás. ¿Desas saber, oh jóven artista, lo que es el génio? Si le tienes le sentirás en tí mismo; si no le tienes no le conocerás jamás.»

(BYRON).

Entiéndese por génio de una ciencia el género de espíritu que la caracteriza, el orden de facultades que pone en juego, el conjunto de principios que inspiran y dirigen sus operaciones.

Toda ciencia tiene su génio, y este génio es el que decide en cada una de su progreso y destinos,

y el que deben invocar el artista y el sábio, si quieren ver premiados sus esfuerzos.

La medicina es, entre todas las ciencias, la que tiene génio más característico, y, sobre todo, más distinto. No podría ser tampoco de otro modo. La medicina, como ciencia que tiene por objeto el conocimiento del cuerpo viviente y activo, no puede ménos de diferenciarse de las demás, puesto que la vida, de la cual es la expresion genuina, presenta fenómenos que difieren esencialmente de los que ofrecen todas las demás ciencias.

Podriase poner en tortura el mundo físico sin hacer salir jamás de él el mundo fisiológico, ni ménos el mundo moral. Un abismo inmenso los separa, y la imaginacion más fecunda de los físicos ni de los organicistas alcanzará á llenar nunca la profunda laguna que, en los senos de la conciencia, separa la materia de la fuerza, y la fuerza del pensamiento.

El género de espíritu particular de la medicina es el espíritu del eclecticismo filosófico, ó sea el que, partiendo del principio mismo de la medicina, lo examina y discute todo y lo relaciona á la autocracia de este principio como á regla absoluta de certeza. El estudio de la medicina exige el empleo de todas las facultades del hombre, pero requiere especialmente el ejercicio de la atencion,

la reflexion y la generalizacion, las cuales preparan y consuman la obra magistral de la síntesis.

Nacida la medicina de la observacion directa del organismo vivo, sano ó enfermo, hay que colocar por necesidad en el estudio del hombre los principios que pueden dirigir á la inteligencia en sus operaciones para constituir la ciencia médica.

La razon nos impone como ley el obrar así; porque cualquiera analogia, cualquiera hipótesis ó induccion que no fueran sacadas rigurosamente de todo lo que es vida, no harian más que extraviar el espiritu, y no conducirian, por consecuencia, sino á violentarle, incapacitándole para construir nada sólido y durable.

Esto es lo que ha hecho decir á F. Berard: «El que en medicina no se coloca en el punto de vista de la observacion del hombre vivo, está fuera de la ciencia, y por este solo hecho no debe ser admitido á discutir sus hipótesis ante el tribunal de los verdaderos médicos.» Esto es duro, pero es exacto. *Dura lex, sed lex.*

Así, pues, todo lo que no sea el conocimiento del sistema de la vida, ó lo que es lo mismo, de la doctrina que descansa absolutamente sobre la nocion experimental de las leyes del organismo, no es más que falsedad y engaño en la ciencia médica: como fuera de las leyes físicas y químicas no

hay más que confusión y error en estas ciencias; como fuera de las leyes de la moralidad y del pensamiento no puede haber ciencia moral ni metafísica; como fuera, por último, de las leyes que regulan la existencia del cuerpo social no puede haber tampoco verdadera ciencia política.

Tales condiciones se encaminan á que el espíritu humano no adivine unas ciencias por otras, sino á que las reciba hechas todas de manos de la naturaleza, ó sea de la observación directa de las cosas materiales ó inmateriales que constituyen el objeto especial de cada una.

El génio de la medicina, por último, supone y exige en el que haya de consagrarse al arte de curar las cualidades más elevadas, así como el que en sus inspiraciones todas se alimente siempre de cuanto haya de más bello, grande y generoso en el espíritu y en el corazón del hombre. En cuanto al génio médico, es más fácil detallar sus preciosos recursos que dar una definición de él. Consiste, según yo le concibo, en un tacto fino y penetrante, en una especie de instinto moral innato que no dan ni la reflexión ni el estudio, ni aun una larga experiencia: es ese golpe de vista rápido que no puede suplirse con nada, y que, desgraciadamente no puede ser tampoco transmitido. El verdadero génio médico ilustra con una suave luz á

quien le posee, y previene á la vez contra el inconveniente, muy grave, de confiar demasiado en el poder de los remedios, y contra la desconfianza excesiva; doble escollo que es igualmente peligroso.

El génio médico es el que hace conocer al primer golpe de vista la oportunidad y la ocasion, enseñando á no confundir los *movimientos más naturales* de la vida con los *síntomas* de las enfermedades, y á respetar el trabajo de una crisis que se prepara ó que ha comenzado ya; el génio médico, por último, enseña á no turbar con un accidente provocado el curso ordinario de una enfermedad que tiene trazada de antemano su marcha por su misma constitucion, y que sigue esta marcha, si no con regularidad, tranquilamente por lo ménos. En definitiva, todos los dias, como ha dicho Solano de Luque, son dias de la naturaleza.

El génio médico es tambien, más todavía que la instruccion profunda trabajosamente adquirida, el que enseña á conocer la naturaleza de las enfermedades, su curso natural, sus tendencias buenas ó malas, y las variaciones que producen en ellas las estaciones, la constitucion médica de los enfermos ó el carácter epidémico de aquellas.

El génio médico, por fin, es el que en presencia de un acontecimiento, á la vista de un peligro,

convierte como por encanto y por una especie de choque eléctrico en médicos hábiles é inspirados, á personas dóciles y atentas, pero pasivas, de quienes la Universidad no hubiera podido hacer en muchos años sino medicastros ó enfermeros.

CAPÍTULO IV.

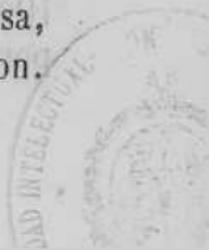
DEL GRADO DE CERTIDUMBRE DE LA MEDICINA.

«La autoridad de la razón es irrecusable, y el principio de certidumbre que de ella resulta tiene un valor igual, si no superior, al de la certeza que descansa en el testimonio de los sentidos.»

(BYRON.)

Mr. Louis Peisse, que no es médico, pero que merecería serlo, ha dicho con mucho ingenio en su obra *La Medicina y los Médicos*:

«Un signo infalible de que una ciencia no se halla formada todavía, es el de que sea una especie de patrimonio común. Mi portero no vacilará en definir una enfermedad, indicar su causa, prescribir el remedio y predecir su terminación.



Créese él con este derecho, y le tiene, hasta cierto punto, puesto que no hay mayor duda tampoco en escuchar sus consejos, y, frecuentemente, en seguirlos.

Esta situación de la medicina es la misma que la que tenía hace dos mil años! Desde esta fecha el espíritu médico, yendo de un extremo á otro, viene flotando constantemente entre un dogmatismo temerario y un cobarde y enervador excepticismo. La medicina necesita ser sometida á una crítica análoga á la que Kant ha hecho sufrir á la filosofía. Por esta operacion, cruel sin duda, pero saludable en definitiva, la medicina perderá muchas de sus ambiciosas pretensiones y de sus derechos usurpados, pero verá claro en sus asuntos y podrá vivir con seguridad y con honor en un dominio incontestado aunque sea más restringido. La medicina hasta hoy ciencia, arte y profesion, no ha tenido más que detractores ó apologistas, creyentes ó incrédulos: no ha sido defendida ni atacada sino con razones de abogado; se ha litigado en pró y en contra de ella, pero no ha sido todavía juzgada. Pero, ¿dónde está el Kant que pueda y quiera hacer esto? ¿Será necesario ir á buscarle en alguna cátedra ó en alguna academia? ¡Donde quiera que esté, debe darse á conocer porque ha llegado ya la ocasion!»

Pues bien, respetable Sr. Peisse, este Kant, ha venido, lo ha examinado y comprendido todo, y en vista de ello ha hablado, y, para mayor fortuna, ha escrito: este Kant se llamaba *Cabanis* y era doctor en medicina, miembro del Instituto de Francia y del Senado conservador .. ¿No ha tratado, acaso, la cuestion con toda la profundidad que parece debe ser exigida á un crítico? Por lo ménos ha publicado sobre esta materia un admirable libro, sóbrio de estilo y exuberante de pensamientos, que lleva el sello de un espíritu superior, y es considerado por esto en medicina como una verdadera joya!

En este libro, titulado *Del grado de certidumbre en medicina*, se consagra Cabanis á refutar y combatir no solo las objeciones que se suscitan de ordinario contra la medicina, sino las que suscitarse pudieran contra la certeza de nuestro arte; y lejos de ocultar ninguna de ellas las expone todas sin miedo en su mayor fuerza, para alcanzarlas mejor y destruirlas una á una de un modo victorioso.

La medicina, en resúmen, no tiene nada que oponer más concluyente y decisivo á los sofismas, los sarcasmos y las calumnias de sus detractores, que las conclusiones inexorables del libro de Cabanis; y por una feliz coincidencia, además, no

hay ningun otro libro que sea capaz de excitar el entusiasmo de los médicos, y de hacerles sentir la nobleza, la dignidad y la importancia de su ministerio.

La medicina, segun Cabanis, tiene una certidumbre que la es propia, aunque se asemeje mucho á la de las ciencias morales y politicas; y esta certidumbre es una certidumbre práctica y de probabilidad. Este género de certeza es todo lo que permite la naturaleza móvil y complicada del objeto de la medicina, y no puede exigírsela más sin desconocer el carácter especial del organismo humano, que el médico filósofo no debe perder nunca de vista.

¿Por qué, sin embargo, se discurre tan mal en el mundo acerca de esta materia? Porque se parte de un principio erróneo; porque se considera la cuestion bajo un falso punto de vista. Siempre que se quiere atacar la certidumbre de la medicina, se sacan los principales argumentos para ello del caso en que las enfermedades terminan desgraciadamente; pero no se necesita otra cosa que un poco de reflexion y de buen sentido para convencerse de que, invocando el hecho tosco y brutal del éxito desgraciado, no seria solamente la medicina, sino tambien el arte militar, la agricultura, la politica, y cuantos artes

tienen como objeto regular y dirigir operaciones en que entran en juego una infinidad de elementos móviles, serian artes inciertos y dudosos, puesto que no solo no consiguen siempre su fin, sino que conducen muchas veces á resultados enteramente opuestos á los que se proponen con la aplicacion de sus principios y la observancia de sus reglas.

Para formar un juicio exacto en esta materia se debe recordar, en primer lugar, que cuando la medicina no puede apreciar inmediatamente la causa de la enfermedad,—cosa que sucede con frecuencia,—es simplemente un arte cuyo poder se extiende únicamente á dificultar ó retardar efectos que son inevitables; se debe recordar tambien que el arte del verdadero médico consiste igualmente en abstenerse de hacer lo que sea inútil, peligroso, ó supérfluo, que en llevar á cabo lo que es útil y necesario; y no debe olvidarse, por fin, que en muchas circunstancias tiene que limitarse á procurar intencionalmente la produccion de condiciones favorables á la curacion de las enfermedades.

Razonando de esta manera se comprende fácilmente que una gran parte de la certidumbre de la medicina procede de la confianza que se abriga en la eficacia de los medios higiénicos; y que, en

la mayor parte de los casos, no se tiene la seguridad de curar la enfermedad, sino únicamente la de tratarla según las reglas del arte, prescribiendo los remedios que pueden producir un resultado favorable, si circunstancias y acontecimientos que están sobre la prevision y sobre las fuerzas humanas no vienen á paralizar ó á destruir los efectos de medicamentos aconsejados por una experiencia prudente y continuada.

Bien pensado, ninguna de las demás artes ofrece en el fondo otra suerte de certidumbre que la medicina. La agricultura, por ejemplo, es también un arte, pero el agricultor más vigilante y juicioso no puede, sin embargo, estar seguro nunca de que recogerá el día de la siega todas las mieses á que le daban derecho su prevision y habilidad. A semejanza del médico no tiene más que probabilidades más ó menos numerosas; certidumbre probable, si vale decir, porque la lluvia, el viento, el granizo, el hielo, las tormentas, las inundaciones y mil otros acontecimientos desastrosos pueden destruir en pocos momentos sus cosechas, desvaneciendo sus más queridas esperanzas.

En el arte militar, igualmente, el soldado más afortunado, el mejor capitán no puede estar seguro de alcanzar la victoria ni aún con numerosos batallones. Y, sin embargo, la ciencia y el arte de

la milicia se profesan con acierto en las Escuelas militares.

Así pues, en las más crueles pruebas de la profesion, como en el caso de una batalla desgraciada, el hombre sensato y verdaderamente grande no se revuelve nunca contra su arte ni desespera de las lecciones de éste: descarga su desgracia sobre la fatalidad de los acontecimientos, y fuerte con su saber obra siempre según las reglas prescritas, por más que algunas veces no haya obtenido buen éxito siguiéndolas.

Demostremos ahora que la medicina, como ciencia y como arte, descansa sobre ámplios y sólidos cimientos, puesto que todavía hay gentes bastante crédulas para dudarle, y médicos bastante complacientes para esparcir á este propósito multitud de cuentos que llenan de júbilo á los débiles, y que, sin demostrar nada, solo sirven para acarrear el desprecio sobre la medicina.

La medicina existe: para que así no fuera, seria preciso que se confundiera lo útil con lo nocivo. Mas como nos hallamos rodeados de agentes de toda especie que modifican, ya en mal, ya en bien, nuestra economía; como estas modificaciones, cuando son peligrosas, pueden ser cambiadas en favorables por la mano del hombre, si-guese necesariamente que existe la medicina, y

que existe *por la naturaleza*. Y por otra parte, ¿no es evidente á todo el mundo que la asociacion de algunos hombres animados del mismo espíritu, partiendo del propio principio, empleando métodos iguales, trabajando sobre el mismo plan, y observando sin cesar la naturaleza para formular luego con esmero los principios deducidos de sus observaciones, han llegado á constituir paulatinamente un cuerpo de doctrina y un arte verdadero, que ha recibido en su doble esencia el nombre de medicina tradicional? La medicina, pues, existe tambien por la observacion.

No nos cansaremos de decir, además, que ejercer la medicina no es aspirar á lo extraordinario ó á lo imposible como se figuran ciertas gentes y algunos pobres adeptos que se creen cándidamente médicos porque saben un poco de medicina; ejercer la medicina es pura y simplemente consagrarse á prevenir el mal; á destruir la causa que le sostiene; á suavizarla, cuando no es posible otra cosa; á provocar condiciones favorables á la curacion; á conocer las indicaciones á medida que se presentan; á aprovechar las ocasiones; á suministrar, en fin, los remedios segun las reglas del arte.

Practicase tambien adecuadamente la medicina cuando se siguen los preceptos de la higiene,

modificando el régimen alimenticio del enfermo, cambiando sus hábitos, regulándolos según su edad, temperamento, fuerzas, inclinaciones, gustos y pasiones; y cuando se prescribe, por último, un tratamiento reconocido como eficaz en circunstancias análogas.

Cuando se obra de este modo, si no se tiene siempre la certidumbre matemática de salir bien, se tiene al ménos la certidumbre moral de seguir puntualmente la ley y de ir conforme con la prudente disciplina de las reglas establecidas. Porque, en una ciencia que tiene por base y objeto la vida, cuya esencia es todavía el enigma sublime de Dios, hay que contentarse muy frecuentemente con una certidumbre de este género.

En medicina influyen hasta los accidentes más insignificantes, y las circunstancias que parecen más sencillas. Figurémonos, por ejemplo, un hombre jóven y bien constituido, pero que acabe de sufrir una enfermedad larga y se halle todavía en la convalecencia, ¿creeis que recobrará su salud enteramente, si hallándose todavía en este estado dificulta con su impaciencia ó con alguna imprudencia los esfuerzos de la naturaleza? ¿Si, por ejemplo, se empeña en comer ó beber, en levantarse ó en salir de casa antes del tiempo prescrito? ¿Ó bien si se somete ciegamente á consejos de comadres,

hombres ó mujeres, que por todas partes se encuentran y parecen complacerse en dar consejos médicos? No, seguramente; quizá pague su imprudencia con la vida, porque en medicina lo que es inútil es peligroso, y nada á la verdad más inútil que las largas é indigestas fórmulas de los ignorantes y de los impacientes.

Por eso el sábio Sydenham contestaba á los que le importunaban constantemente pidiéndole remedios: Por Dios! dejadme en paz; yo soy médico y no fabricante de drogas. *Ego sum medicus, non autem formularum prescriptor.*

Pero si en vez de seguir los aventurados consejos de la plebe parásita, el enfermo de que hablamos se confía por completo á un médico prudente é ilustrado, éste le conducirá, con lentitud quizá, pero con seguridad y acierto, de la convalecencia á la curacion, y de la curacion al restablecimiento perfecto de la salud.

La medicina, en resúmen, no tiene una certidumbre de evidencia matemática, demostrada por $A + B$, pero tiene una certidumbre de evidencia lógica basada sobre cálculos sacados de datos experimentales que se encadenan entre sí bajo mil relaciones, en diferentes grados y bajo mil formas distintas.

Sin embargo; si es verdad que la medicina

ofrece recursos seguros, no es ménos verdadero tampoco que es algunas veces impotente. No hay por qué negarlo, pues tal es la fuerza de las cosas. La medicina no puede crear órganos nuevos, ni reemplazar los que se han gastado ó envejecido; pero tampoco le ha dicho Dios como al Océano: *No irás más allá.*

La medicina no es nunca enteramente inútil: cuando no alcanza por completo el objeto que se propone, presta, al ménos, grandes servicios: vigilante y bienhechora consuela y fortifica esparciendo en derredor suyo el perfume de la esperanza, que es el mas grato de todos.

CAPÍTULO V.

MÉTODOS FILOSÓFICOS DE LA MEDICINA.

«El método es la palanca de los descubrimientos.»

(BACON).

Los métodos filosóficos de la medicina la pertenecen en propiedad, constituyendo una de sus herencias mas nobles. Han sido creados é instituidos por ella, y es una verdad histórica que han servido de base á los métodos científicos atribuidos con demasiado exclusivismo á Bacon, Newton y Descartes.

En esta ocasion, lo mismo que en tantas otras,

el descubrimiento ha hecho su camino: la idea madre ha pasado, bajo maestros insignes, por las fases de aparicion, desarrollo y desenvolvimiento completo; pero considerada en la especie pertenece de hecho y de derecho á Hipócrates, que en su admirable libro sobre las epidemias expuso esta grande y fecunda leccion. En esta obra es donde se encuentran los primeros gérmenes del método inductivo y experimental; método que tiene como bases la observacion, la experiencia y el razonamiento, y que, segun el padre de la medicina, consiste en clasificar los fenómenos por el orden natural de su desarrollo, interpretándolos segun sus tendencias finales y reuniéndolos definitivamente en una síntesis extensa.

Ahora bien; estudiar los fenómenos de la vida relacionándolos por las analogias de causa, sucesion, desarrollo, tendencia y terminacion; expresar en fórmulas aforísticas los resultados obtenidos por el análisis en estas relaciones, ¿no es, ciertamente, obrar segun principios innatos y dar al género humano una primera leccion de filosofia transcendente?

No se dá, pues, á Hipócrates más de lo que le pertenece al proclamarle autor del método filosófico y preceptor y maestro de Bacon y de Newton.

El método filosófico da luego origen á dos deri-

vaciones: el método analítico, y el método sintético. El primero nos hace conocer aquellas cosas que caen bajo el dominio de los sentidos externos, y que son, estrictamente hablando, del dominio de la observación y de la experiencia; es el método baconiano, que procede por la vía del análisis. El segundo nos da á conocer las cosas que provienen del sentimiento, de los sentidos internos, de la intuición y la inspiración: es el método de Descartes y procede por la vía de la síntesis.

Así pues, ya se investigue con Bacon, ya se medite con Descartes, siguiendo los métodos de estos dos grandes géneos se asciende á las sublimidades de la filosofía.

En efecto, por el análisis se separan los hechos; por la síntesis se los reconstruye: por la inducción ascendemos á los principios y á las leyes de los fenómenos; por la deducción sacamos de los principios las consecuencias que contienen y las leyes que las regulan, y por este conjunto de pruebas y contra-pruebas se pone el último sello al valor de los descubrimientos.

Entiéndese, por tanto, por método filosófico el arte de proceder lógicamente en el descubrimiento, verificación y demostración de la verdad, y lo característico de tal método es el pasar del conocimiento de los fenómenos á las fuerzas que los

producen, y de éstas al de las leyes que los encadenan y dirigen.

La medicina, lo mismo que las demás ciencias, se sirve de estos dos métodos, pero,—adviértase bien,—después de haberlos modificado, y en cierto modo preparado para su uso, es decir, á la medida móvil y delicada de sus datos y á la naturaleza especial de las profundas meditaciones que impone.

El ejemplo venia de arriba y ha sido después imitado. Así que, desde el célebre Jorge Baglivi que consideraba la doctrina de Cos como la obra de un oráculo, y recomendaba el estudio analítico de los hechos y su interpretación metódica como la fuente de toda verdad en medicina, cuantos han intentado proceder de otro modo en filosofía médica han tenido que volver tarde ó temprano á los principios de aquel ilustre maestro.

En este largo camino de los descubrimientos los legisladores todos de nuestra ciencia, Barthez, Berard, Petiot y el profesor Lordat, han comprendido tan bien que los métodos generales, no obstante los numerosos servicios que pueden prestar, eran demasiado inflexibles para dirigir las delicadas operaciones del pensamiento médico, que han creado bajo el nombre de *lógica médica* el código práctico de la filosofía de la medicina.

A favor de esta lógica médica, que dirige hoy las operaciones de la razón, todas las verdades de la medicina se coordinan y enlazan, constituyendo una vasta unidad; se desenvuelven y multiplican; se asimilan sin cesar otros conocimientos científicos, y continúan así la cadena de los siglos, formando una dinastía de ideas que tienen su principio y su tradición, su historia, su filosofía, su dignidad y su grandeza. Esta dinastía de ideas médicas es el naturalismo de Hipócrates, la doctrina misma de la vida, el vitalismo.

Resumiendo: la ciencia de las ideas es deudora á Hipócrates de sus primeras semillas, esto es, de sus métodos, sus procedimientos, sus teorías, su filosofía, en una palabra; pero su complemento y propagación se han producido por la acción sucesiva del tiempo y el concurso de los pensadores militantes. Hipócrates instituyó el método; Platon y Aristóteles establecieron la regla; Bacon y Newton han formulado el principio; Descartes y Condillac han desenvuelto los axiomas, y todo el mundo ha proseguido y aumentado esta obra secular y progresiva.



CAPÍTULO VI.

DE LA CIENCIA MÉDICA.

«Una ciencia no es otra cosa que una serie de proposiciones idénticas que se apoyan sucesivamente unas sobre otras, y todas en conjunto sobre una proposición fundamental que es la expresión de una idea sensible.»

(CONDILLAC.)

No bastó á la sábia Grecia sobresalir en todas las ciencias conocidas; entraba además en su destino dar origen á la más útil y elevada de todas—la medicina,—llevándola desde el primer momento á un grado de esplendor tal, que hace que se confundan, por decirlo así, su nacimiento y su perfeccion.

Fué, en efecto, bajo el cielo de Pericles, de Píndaro, de Heródoto, de Eurípides y de Sócrates, es decir, en la patria de los más sábios legisladores, de los historiadores más eruditos y de los más grandes filósofos donde tuvo su origen la medicina científica.

Hipócrates la entresacó de la multiplicidad de los hechos, cuando estaba todavía en el caos, y con la fuerza de su génio hizo de ella una ciencia basada sobre las invariables leyes que la naturaleza sigue eternamente en su marcha.

El génio más que el estudio, es lo que hizo de Hipócrates el padre de la medicina, como hizo de Sócrates el soberano maestro de la sabiduría, de Newton el más ilustre de los geómetras, y de Napoleon el primero de los grandes capitanes.

Sócrates, preguntando á su conciencia, adquirió la prueba irrecusable de la existencia de un Dios creador, principio de todas las cosas: Hipócrates, estudiando al hombre, sacó de este estudio la idea de un primer móvil que preside á todas las evoluciones de la economía humana.

Sócrates é Hipócrates, obrando de este modo, se elevaron al descubrimiento de los principios: uno y otro llegaron por medio de estos á la inteligencia de los hechos, y fundaron aquel la moral y éste la medicina.

Hipócrates dió el nombre de naturaleza á la causa desconocida de los fenómenos vitales, y sobre esta inquebrantable base levantó luego su doctrina. La naturaleza del hombre no es para él sino una partícula de la naturaleza universal; de esa naturaleza de la cual son medios el tiempo, el espacio y la materia; el universo entero el objeto; el movimiento y la vida, el efecto y el fin eternos.

Para Hipócrates todos los fenómenos de la salud y de la enfermedad son el resultado de las operaciones de la naturaleza, mas como estas operaciones difieren frecuentemente entre sí, y hasta son á veces completamente opuestas, Hipócrates se concretó á dividir las, aislarlas y clasificarlas, atendiendo para ello al estado, esfuerzos, tendencias y fines de las mismas.

Antes de él cuantas modificaciones, perturbaciones, desórdenes y cambios aparecian en un sistema vivo eran considerados sin distincion como movimientos valetudinarios, como actos ó accidentes morbosos que debian ser inmediatamente combatidos y conjurados. No se conocia por consiguiente más que la mitad de los hechos, ó á lo ménos, no se tenia en cuenta sino muy incompletamente el carácter complejo de los fenómenos vitales, su ligacion y su diferente objeto: veíase solo con un ojo, si es licito expresarse así. Hipócrates

esclareció la cuestion bañándola con brillante luz. Mediante un delicado análisis distinguió dos partes en la perturbacion que constituye la enfermedad, poniendo á un lado la que pertenece al mal, ó sea á la accion de la causa morbífica, y á otro lo que constituye el hecho de la resistencia ó de la accion de la naturaleza medicatriz, y desde este momento comenzó á hacerse órden en el inextricable caos de la historia de las enfermedades.

Gracias á esta separacion práctica de los fenómenos, y á la contrastacion filosófica del poder de la naturaleza, la medicina se desembarazó de sus ligaduras y se elevó rápidamente á la dignidad de las ciencias, afirmándose más y más segun iba dictando sus leyes bajo la razon de las cosas.

En efecto; una vez admitido en principio el poder medicatriz de la naturaleza todo se hizo fácil y claro, porque desde el momento en que fué conocida la primera proposicion de la ciencia, se conoció la segunda, y luego la tercera, y así sucesivamente. Pudiera decirse que desde este instante fué ya conocida toda la ciencia aun sin haberla aprendido nunca.

El buen sentido y la lógica digeron entonces á una: cuando la naturaleza es bastante, el deber del médico es permanecer observando con atencion lo que aquella hace, sin tratar de modificar su ac-

cion ni su marcha; cuando la naturaleza es débil ó insuficiente el médico debe ayudarle procurando fortificarla y sostenerla; cuando la naturaleza, por el contrario, es demasiado activa, desordenada y tumultuosa, corresponde al médico moderarla y dirigirla en su accion.

Todo esto es sumamente sencillo; de una sencillez sublime, y por haber establecido estas verdades de un orden tan natural ha sido proclamado Hipócrates el oráculo de la medicina.

Resumiendo ahora nosotros estas verdades decimos:

1.º La naturaleza es formatrix, conservatrix y medicatrix. Tal es el principio fundamental de la medicina.

2.º Todo sér vivo está dotado de la propiedad de proveer á su conservacion y curacion. Y hé aquí el comentario, el desenvolvimiento lógico del principio de la medicina; todo, en una palabra, porque la medicina entera está contenida en estas dos premisas filosóficas.

Añadimos tambien que el descubrimiento de la accion medicatrix de la naturaleza es el más útil que se ha hecho en medicina, porque no solo nos enseña á tratar las enfermedades, sino tambien á no matar á los enfermos.

Para comprender mejor la verdad é importan-

cia de estos principios vamos á recordar é invocar los hechos más conocidos.

Cuando se produce bruscamente una perturbacion en la economía aparece la fiebre que, en este caso, es indudablemente el resultado de la perturbacion. La mayoría de los observadores ve en esta aparicion de la fiebre un acontecimiento grave, una complicacion considerable, y en semejante coyuntura se trata ordinariamente de combatir la fiebre poniendo el mayor empeño en detener su curso.

Ahora bien; ¿se siguen al obrar así las vías de la naturaleza? No, seguramente, á lo ménos en la mayoría de los casos.

¿Qué prescribe, pues, en semejante caso la prudencia esclarecida por la ciencia? Observar pacientemente, espiar á la naturaleza, darse cuenta de sus movimientos, reconocer la participacion de los fenómenos vitales, clasificar éstos segun sus tendencias favorables ó nocivas, y no ver, por último, en el movimiento febril más que un esfuerzo de la naturaleza, saludable en si mismo, pero que puede ser peligroso por su exceso.

En efecto, Stoll ha dicho con profunda razon: la fiebre es un esfuerzo de la vida que tiene por objeto impedir la muerte: «*Igitur febris est affectio vitæ conantis mortem avertere.*»

Tales son los principios de todos los médicos que han comprendido á Hipócrates, y los que arrancaron á Fagon, primer médico de Luis XIV, la exclamacion que hizo al pié del lecho del gran Rey ya extenuado y casi moribundo: ¡que no pueda yo, Dios mio, darle fiebre!

Nadie ha comprendido mejor que Hipócrates la accion sublime y compleja de la naturaleza. Viviendo en cierto modo con ella, llegó á ser su confidente y su discipulo, penetró sus secretos, y su gloria ha consistido en revelarlos á los filósofos y á sus discipulos por sábias iniciaciones.

Gracias á su génio se ha hecho patente el principio, se ha establecido el dogma fundamental, y todo desde entonces ha seguido una marcha fácil y franca.

Consagrándose cada cual á estudiar la accion de la vida hasta en las operaciones más delicadas del organismo, y siendo cada dia mejor conocida y más frecuentemente aplicada la ciencia de la naturaleza, se ha convertido insensiblemente en la doctrina soberana por excelencia.

Al verla tan floreciente hay, á la verdad, derecho para considerarla como un monumento eterno, destinado por su constitucion á preservar á los siglos futuros de los extravios de los siglos pasados.

A pesar de esto, la filosofía militante ha buscado imprudentemente otros horizontes, y rechazando como sospechoso todo lo que no era ella, y tachando de prejuicio ó de atraso cuanto procedía de los antiguos, ha trastornado bruscamente en su inconsiderada resistencia todas las adquisiciones del pasado, perdiendo por completo los tesoros de sabiduría que el buen sentido de los antiguos había reunido laboriosa y concienzudamente.

Mas como por una ley suprema todo tiene necesariamente un fin, tocamos hoy el término de los excesos de esta especie. La calma se restablece en todas partes, el gusto se depura, la filosofía se eleva, la obra magistral se multiplica, y se ve florecer de nuevo la bella doctrina de la naturaleza, que es la razón escrita y la obra modelo.

La medicina vuelve así al estudio del hombre viviente y activo; se remonta desde el dominio de los hechos al de los principios, y, para asegurar mejor su estabilidad, se empapa en la tradición que constituye la regla viva, y fuera de la cual toda ciencia, careciendo de pasado, tiene siempre en mayor ó menor grado el carácter de adventiza.

Apasionémonos, pues, por la obra inmortal, porque solo la pasión es la que produce grandes cosas. Volvamos á Galeno, á Fernel, á Stoll, á Sy-

denham, á Baglivi, á Boerhaave, á Bordeu; leamos y releamos á los grandes maestros que han estudiado y propagado la doctrina de Hipócrates con tanta gloria para ellos como provecho para la humanidad, y penetrándonos de sus ideas todavía nos será posible hacer algo grande.

Y despues de leer á Hipócrates, este pintor inimitable de la naturaleza, recordemos que todo lo que tiene por principio un hecho fundamental, un órden legitimamente establecido; que todo lo que ofrece proporciones bien distribuidas y medios apropiados para conseguir un fin cierto, denota por esto mismo un desigñio excelente y un arte perfecto. Pero al estudiar las obras de los grandes escritores de la medicina no olvidemos nunca los progresos modernos. Unamos al estudio paciente de la antigüedad el estudio constante de la ciencia moderna, y fertilizando de esta suerte los gérmenes del pasado fecundaremos á la par los del porvenir.

Vamos ahora á exponer los corolarios que se desprenden del principio fundamental de la medicina, formando los principios constitutivos de la ciencia y del arte; pero antes, sin embargo, vamos á decir lo que es la vida, porque esta cuestion es la dominante en cuantas á la medicina se refieren.

CAPÍTULO VII.

DE LA VIDA.

«In vita sumus et movemur.»

(S. AGUSTIN.)

La vida! ¿Qué es la vida?

El hombre de mundo responde con desembarazo: la vida es un punto entre dos extremidades. Se la recibe sin dudar; se la goza sin saber cómo; se la entrega cuando aún no se sabe lo que es, y se la pierde sin quererlo.

El fisiólogo escribe dogmáticamente: la vida es una coleccion de fenómenos que se suceden por

tiempo más ó ménos largo en los séres organizados.

El filósofo dice: la vida es el principio del movimiento en el universo y en los séres orgánicos.

Pero, cuál es la naturaleza de este principio? cuál el agente que produce el movimiento en los séres vivientes? Hé aquí el problema, hé aquí lo que cada cual se pregunta y lo que todos tratan de descubrir, ó demasiado arriba, ó demasiado abajo.

Tratemos de resumir brevemente la cuestion.

En todos los siglos han existido hombres sábios y pacientes que, en presencia de los misterios de la vida, se han contentado con dar un nombre á la causa desconocida de estos grandes fenómenos, sin tratar de definir la esencia de esta causa, apreciable solamente por sus efectos.

Hipócrates, Aristóteles, Galeno han sido en la antigüedad hombres de este temple. Para Hipócrates, la causa de los fenómenos de la vida es la naturaleza; para Aristóteles, la forma; para Ate-neo, el *pneuma* (espíritu); para Galeno, los espíritus naturales, vitales y animados; para Paracelso y para Van Helmont, su discipulo, el *arqueo* (fuego central); para Barthez, el principio vital; para Lordat, la fuerza vital; para Broussais, en fin, un principio fisico-químico-biotífico.

En la mente de todos estos autores, tales denominaciones no tienen más objeto que el de fijar la atención sobre una causa que parece sobrenatural á nuestros ojos: en manera alguna dar á conocer la esencia de esta causa. Su valor, por consiguiente, es el de una mera X algebraica, es decir, de esa palanca moral, de esa palanca ficticia, y muy poderosa, sin embargo, con ayuda de la cual los matemáticos levantan tantas cosas.... dejando aún muchas en el suelo.

Al lado de estos hombres superiores, pero discretos y pacientes, de que acabamos de hablar, otros hombres, superiores también, pero discutidores y osados, se han esforzado por encontrar en el organismo la causa directa y sustancial de la vida; y creyendo haberla encontrado, la han dado cada uno á su modo el nombre que según ellos la especifica y caracteriza.

Estos aventureros, pero aventureros gloriosos, forman dos sectas. De un lado están los materialistas desde Tales, Epicuro y Lucrecio hasta Mr. Littré de moderno y gran renombre; de otro los espiritualistas, los pneumatistas, los animistas desde Zenon, Ateneo y Stahl hasta el Dr. Sales-Girons, que se cree el ungido del Señor, y que en su místico lenguaje excede á todos los demás en terquedad y atrevimiento.



Para los materialistas y organicistas (voces ambas sinónimas) la vida en los seres orgánicos es la obra de la organizacion; ó, dicho de otro modo, la materia organizada produce la vida, como un órgano de Berbería produce sonidos: la vida en consecuencia no es otra cosa que un resultado, el resultado del organismo en accion.

Así pues, de la propia manera que el resorte de un reloj de bolsillo, ó más bien al modo que la elasticidad de que está dotado este resorte determina por el solo juego de las ruedas *el movimiento de las agujas*, el tic-tac del reloj, y todos los demás fenómenos que éste presenta, de la propia manera la contractilidad de la materia organizada produce *por el movimiento de los órganos* todas las funciones y todos los efectos por los cuales se manifiesta la vida; efectos que son tanto más amplios y variados cuanto más ó menos numerosos ó complicados son por su parte los órganos y ruedas de la vida.

Ciertamente esta definicion, al modo de las de la mecánica, tiene algo de especiosa; pero es en resúmen lo único que tiene, porque los organicistas debieran explicarnos qué cosa es la *contractilidad*, qué cosa es el *resorte* de la vida.

Pero ¡qué les importa! Para ellos no hay Dios en la naturaleza ni alma en el hombre. Estas vie-

jas entidades metafísicas no deben ser ya invocadas: la física es suficiente para todo. Yo soy cuerpo y pienso; hé aquí para la escuela materialista el axioma fundamental y absoluto.

Segun su catecismo, la union perpétua de la materia y de la fuerza engendra sin excepcion los séres todos del universo: el hombre no tiene otro origen que el animal, la planta y la piedra. En el admirable juego de la materia y del movimiento no hay más que simples grados entre los séres: el hombre no es más que un animal progresivamente transformado, como el animal no es tampoco más que un vegetal transformado, y el vegetal, á su vez, la transformacion de un mineral. ¡Donosa transformacion! ¡Emigracion atractiva! Pero digamos más bien: ¡Qué abominable doctrina! ¡Qué execrable locura! Y, sin embargo, todo esto no es más que una deduccion de las palabras de Descartes: «dadme materia y movimiento y haré el mundo, *inclusos los animales*. Y Descartes, excomulgado casi en un principio por haber escrito su famoso discurso sobre el espíritu filosófico, ha sido despues canonizado, ó poco ménos, por esa misma compañía de Jesús, que por espacio de un siglo habia desplegado contra el cartesianismo tanta ira, tanta astucia y tanta violencia!

Y es que en las obras de Descartes se encuentra siempre el hombre religioso al lado del filósofo, y que la razón humana, ante la cual acaban siempre por humillarse todas las injusticias, proclama al autor del espíritu filosófico como el género que ha servido mejor á la causa de la buena filosofía religiosa.

Descartes, además, reconoce por cima de este mundo y de estos animales que él quería hacer con la materia y el movimiento, un Dios creador y soberano. Hé aquí lo que no tienen en cuenta los que solo le estudian á través del mecanismo de su doctrina. Lo que hay de verdad es que, proclamando la autoridad absoluta de la razón en el examen de las cosas naturales, Descartes prescribe explícitamente el respeto más cumplido á la fé en el orden de las verdades sobrenaturales.

Así se explica cómo uno de los más grandes filósofos de nuestra época, Victor Cousin, ha podido decir para enseñanza de todos, hablando del cartesianismo:

«El cartesianismo era todo el siglo xvii en lo que tenia de más grande y original: era á la vez la ciencia, la literatura, la filosofía y el cristianismo en la más admirable armonía de todos: era una escuela inmensa que, siendo esencialmente francesa, se convirtió muy pronto en europea: escuela

de la que los espíritus más diferentes sacaban inspiraciones comunes, y en la que se reconcentraban la oratoria con un cardenal de Berulli y con Malebranche; Port-Royal con Nicole y Arnauld; Saint Sulpice con Fenelon; la Iglesia de Francia con el cardenal de Retz y con Bossuet; la Universidad de Paris; la Francia entera, en una palabra, *excepto los jesuitas!*

Pasemos ahora á la secta espiritualista.

Para los adeptos de esta escuela, para los pneumatistas como para los animistas, el problema es muy fácil de resolver; *una palabra basta y héla aquí*: el alma es la causa única y absoluta de los fenómenos físicos y morales de la vida: el alma se construye su barco y le dirige; es, según la expresión más elevada de Stahl, el principio de la vida orgánica y el del pensamiento, pero su papel principal, su dignidad y esencia consisten en pensar y querer.

En esta pintura, sin embargo, que tiene un poco de oración jaculatoria, Stahl y sus fogosos partidarios han olvidado dos cosas: lo primero explicarnos lo que ellos entienden por la palabra *alma*; y lo segundo decirnos cuál es el principio que produce la vida y la inteligencia en los animales, que, á pesar de no tener alma cuando nacen, viven y quieren con tanta energía como si la tuvieran.

Si nos fuera lícito éxponer nuestras propias ideas acerca de la vida, diríamos que la vida es para cada uno de nosotros un usufructo, y que este usufructo nos es dado por una fuerza eternamente activa instituida por Dios: por la *fuerza segunda* universal, cuyas chispas, si vale decir, son la causa de todos los fenómenos que presentan los cuerpos organizados.

Por consecuencia, si en el mundo se dá el nombre de vida al conjunto de fenómenos que se manifiestan en los séres organizados; es por un abuso de las palabras, por una confusion flagrante de atribucion; en otros términos, es porque se toma el accidente por la causa, como dirian los dialécticos de la escolástica; porque se atribuye aturdidamente al organismo lo que corresponde á la fuerza que le penetra y anima.

Para evitar lo vago de estas definiciones analicemos la vida, en vez de definirla, y sometámosla en cierto modo á la cuestion. Digamos pues:

La vida se manifiesta por fenómenos; ¿cuál es el primer fenómeno aparente de la vida? El movimiento. ¿Y cuál es la causa del movimiento? En su esencia nos es desconocida; pero se nos manifiesta por infinitos efectos, y sea ella la que quiera, es la que designamos bajo el nombre de

vida, que no quiere decir otra cosa sino fuerza ó principio de accion.

Considerada la vida de esta suerte, está en todo y en todas partes; agita los cuerpos todos desde el impalpable átomo de polvo hasta las mayores masas estelares. *¿Negará esto nadie?* Esta agitación es apreciable por medio del microscopio en el movimiento oscilatorio de un simple grano de arena, y puede percibirla la vista en el centelleo de las estrellas. Esta misma agitación, por último, esta oscilacion de los cuerpos que constituye el fenómeno primero y dominante de la vida, es perceptible tambien al tacto, en los séres organizados de las clases superiores, por los movimientos de contraccion y dilatacion que caracterizan los latidos del corazon, y que son apreciables aún cuando este órgano nó exista todavía en el embrión más que en el estado de *punto que salta*, «*punctum saltens*», que dicen los anatómicos.

El movimiento de la vida es sencillo ó complicado segun el estado de sencillez ó complicacion de los cuerpos en que se ejerce, y cuya materia tiene por objeto dispersar para reconstruirla bajo formas nuevas. Porque nada se pierde en la naturaleza; por el contrario, todo revive, y ningun cuerpo, ningun sér salido de la mano de Dios podría volver á entrar en la nada absoluta.

La vida no está, sin embargo, en nosotros, sino que nosotros estamos sumergidos en ella como en un océano eterno. Por esto solamente es por lo que somos vivientes *ó en vida*, como todos los días decimos, sin comprender la significación é importancia de estas palabras.

Pero la vida en su curso eterno destruye lo que ella misma ha edificado, y cuando más fija parece estar no hace otra cosa que agitar los órganos y rodajes, abandonándolos cuando ya no son aptos para retenerla, y dejando en ellos la fuerza justa que necesitan para devolver á la naturaleza sus últimos elementos.

Por lo demás, la vida es la que dá la afinidad á la materia, la vibración al aire, el mugido al océano, el centelleo á la estrella, la contractilidad á la planta, la impresionabilidad al animal, y la sensibilidad al hombre.

Reducida primero á movimientos oscuros y casi automáticos en los seres inferiores, obra maravillas en los que ocupan la cima de la escala. Se revela en los estremecimientos de la sensitiva, se manifiesta en los movimientos y en los actos de los animales, se representa en los trabajos de los hombres, y se contempla, por fin, en la creación.

Por ella se estremece la tierra, se alborotan

los mares, lleva el árbol su fruto, ordena el hombre y obedece el animal.

Ahora, que el alma descienda del cielo para cada sér que nace, ó bien que en la época soberana de la creacion haya sembrado Dios las almas de una vez por toda la masa viviente en el tiempo ó en el espacio, siempre resulta que, en el seno del organismo, se desenvuelve un sér superior, inteligente y perceptible, á la manera que un grano de trigo adquiere vida bajo las primeras capas de tierra, y rompe su envoltura para manifestarse al exterior.

Así pues, nosotros existimos por la fuerza misma del principio de vida que anima nuestro organismo, y las funciones de nuestro cuerpo no tienen evidentemente otro objeto que el de servir al sér espiritual que en nosotros vive, y cuyo destino es el de sobrevivir, si sabe hacerse digno de tal recompensa, del propio modo que el fruto bueno se le reserva para la mesa de su dueño. Mas para el hombre como para el fruto son muchos los llamados y pocos los escogidos.

No nos rompamos, pues, la cabeza en investigar qué son los espíritus, los éteres, los fermentos, los arqueos, los duendes, las propiedades vitales, el principio vital, y todas las demás entidades invocadas en las lenguas para explicar los fe-

nómenos infinitos de la vida física y moral. Todas estas palabras, todas estas ficciones, todas estas abstracciones personificadas son buenas cuando más para designar fuerzas ó potencias desconocidas, pero ni explican absolutamente nada, ni tienen ya eco siquiera.

Contentémonos, pues, con decir humildemente: Todo está en todo, todo está en la vida, y toda la vida en Dios.

CAPÍTULO VIII.

PRINCIPIOS Ò DOGMAS DE LA MEDICINA.

«La verdadera ciencia es viable, los sistemas son perecederos: la ciencia pertenece al fuero interior del hombre, el sistema al tiempo en que se produce.»

(HUFELAND.)

Nuestras enfermedades tienen otros nombres y formas que las de los antiguos; nuestras ideas, nuestra manera de explicarlas y nuestros medios de curacion son tambien distintos, pero la medicina, sin embargo, es siempre la misma. La naturaleza no cambia, y para llegar hoy á ser un buen médico son necesarias las mismas cualidades que en otro tiempo.

No hay otra medicina que lo que descansa sobre las leyes de la naturaleza; pero hay y debe haber muchos sistemas, porque estos dependen de las ideas que dominan en cada época, y de la suma de conocimientos adquiridos por el hombre.

Hasta ahora hemos tenido ya los bastantes para afirmar que la medicina no reside en ninguno de ellos. La historia, y con especialidad la de los cincuenta últimos años, da desgraciadamente la prueba irrecusable de ello. Consuela, sin embargo, que en medio de esta perpétua variación de sistemas, en medio de los desvaríos de escuela, la noción del verdadero arte ha estado grabada siempre en algunos espíritus.

Siempre en efecto ha existido una como Iglesia de verdaderos médicos fieles á la naturaleza, animados de su espíritu, obrando en su sentido, conservando la palabra sagrada, pensando y queriendo lo mismo, y comprendiéndose unos á otros á través de los siglos y á pesar de la diversidad de idiomas. Tales son para no citar más que algunos Aetio, Areteo, Baglivi, Sydenhan, Huxham, Boerhaave, Werlhof, Brendel, Gaubius, Zimmermann, Frank.

Estas palabras de Hufeland, uno de los más grandes maestros de la ciencia, constituyen el mejor exordio que puede colocarse á la cabeza de

una exposicion de principios de la medicina: hé aqui porque lo sacamos á luz de entre los dogmas tradicionales.

La naturaleza en el universo, esto es la vida ó el principio del movimiento; la naturaleza en el hombre, esto es la fuerza que anima el organismo, esto el organismo en accion. Bajo esta accion de la naturaleza todas las partes de la economia animal concurren y conspiran á un objeto comun, padeciendo con los males que experimentan y asociándose para curarlos.

La naturaleza sola es la que produce las curaciones; el arte no hace otra cosa que venir en su ayuda. La naturaleza atrae y retiene lo que es útil á cada especie rechazando lo que la es inútil ó superfluo. Ella basta para todo. Sin necesidad de ser dirigida por nuestra inteligencia, á la que sirve, por el contrario, de modelo, encuentra en sí misma los medios convenientes: no tiene más que un fin ni produce más que un solo esfuerzo, del que participa todo el cuerpo por una simpatia universal; y en cualquiera parte de él encuentra órganos ó instrumentos para concurrir á la obra.

Por la accion de la naturaleza, obedeciendo al orden supremo, el organismo forma una máquina, cuyas partes subordinadas unas á otras constituyen, por decirlo así, un círculo, ó lo que es igual

un todo completo, cuyo principio se confunde con el fin.

Pero, aunque compuesto de una multitud de partes, el hombre es, sin embargo, uno, y tan estrecha además la union de aquellas partes, que no se le puede tocar en un solo punto sin que se conmueva todo entero. Esto es lo que ha hecho decir á Buffon: el hombre está compuesto de un alma y de un cuerpo muy complicado, más por un admirable misterio constituye un todo armonioso, natural é indivisible durante la vida.

Esta proposicion nos recuerda un bosquejo filosófico que no podemos ménos de reproducir por lo que tiene de profundo y de verdadero, como igualmente por lo adecuado al objeto que nos ocupa. Pertenece á d'Azaïs, ese ilustre sábio cuyo renombre ha irritado de tal suerte el orgullo de sus aristarcos, que no han tenido ni la dignidad ni el valor de tributar á sus inmortales obras la justicia que las es debida.

En cambio, desde que el insigne maestro desapareció de la escena del mundo, se aceptan y reproducen sus ideas, y se las vende sin indicar la procedencia; y el hombre que durante una vida de ochenta años no recibió jamás otros honores que los de la pobreza vé acaso en este momento á la fortuna, desde los horizontes en que sobrevive, ad-

herirse tenazmente á los que no han hecho otra cosa que bajarse para recoger los girones de su inmensa doctrina.

Oigamos cómo se expresa el ilustre autor de la explicacion universal respecto de la fisiologia humana, en sus relaciones con la fisica general. La leccion merece ser escuchada.

«He dicho antes que la salud del hombre resulta de la armonia entre todas las funciones ó acciones que se ejecutan en él. Esta palabra armonia no es una expresion meramente figurada, sino completamente real y de perfecta exactitud.

La salud es en efecto un verdadero concierto. Cada órgano es un instrumento elástico en vibracion constante, cuyo juego particular produce efectos, que entran en la armonia del conjunto cuando sus vibraciones están acordes con las de los otros instrumentos. Con uno solo de estos órganos que no guarde concordancia en sus vibraciones, la armonia y el concierto desaparecen: la perturbacion, como sucede en una orquesta, se hace general, y general tambien el sufrimiento; y del propio modo que los músicos de esta orquesta, todos los órganos reúnen sus esfuerzos para hacer entrar en armonia al órgano discordante ó para encubrir su accion.»

Continuemos la analogia. En un concierto

completo y bien ordenado se distingue la parte cantante como la más sobresaliente y la que anima y excita á todas las demás, encargadas, por la suya, de sostener á la primera. En el cuerpo humano el órgano nervioso es el que representa esta parte. Despues de ella la parte fundamental del concierto, la más importante es la del bajo; toda la armonía deriva de él. En el cuerpo humano el órgano digestivo es el órgano esencialmente armónico y fundamental. Entre este órgano y el nervioso están colocados como en el concierto, todos los órganos intermediarios ó de union y acompañamiento; en el centro del concierto, por último, el director de orquesta da el tono general, vigila á todas las partes, y mantiene la subordinacion orgánica entre el canto, el bajo y los acompañamientos. A la menor discordancia él es quien sobre todo se mueve y se irrita, y por un movimiento enérgico se apresura á contener la causa del desórden.

En el cuerpo humano el corazon, ó más exactamente el sistema sanguíneo es el que desempeña esta alta funcion; él es especialmente el que señala por medio de la fiebre la irritacion que le producen los falsos tonos de un órgano cualquiera ó los desarreglos de su compás; él es el que dotado de vitalidad más enérgica, y presente

siempre por sus ramificaciones en todos los puntos de la economía, trabaja con todas sus fuerzas por reparar y borrar los desórdenes que no ha podido prevenir.

La voz es en nosotros el efecto sonoro, el timbre general del concierto armonioso; y no solamente es adecuada siempre á la edad, temperamento y sexo del individuo, sino tambien al estado vital de cada uno de sus órganos. Llena y tranquila en el estado de salud, es débil, falsa ó desigual en el de enfermedad, y se extingue en el de síncope, que no es otra cosa sino una suspension momentánea de la vibracion y circulacion generales y de la transpiracion invisible.

En un concierto, cada trozo de música tiene su compás siempre regular, ora lento, ora rápido, segun el carácter que ha querido darle el compositor: cada individuo, en su estado de salud, presenta en el conjunto de su sér una pulsacion regular, más lenta ó más rápida, segun su organizacion y edad; pero así como en un concierto no se ejecutan piezas de un solo movimiento, sino que se pasa de una parte lenta á otra rápida, unidas generalmente por otra de transicion, y el concierto sigue existiendo mientras la medida continúa siendo regular, de la propia manera puede cualquiera en el curso de su vida, y aun en el in-



tervalo de pocos dias, cambiar frecuentemente de medida, sin perder por eso su salud.

Más aún, si nuestro temperamento es sano, franco, animado, es una necesidad este cambio á cada modificacion que sobreviene en la naturaleza de nuestros alimentos, en el aire que respiramos, ó en otras de las condiciones importantes de nuestra existencia. Nuestra armonía individual es el resultado de la consonancia de nuestros órganos con el estado particular de los principios que nos sostienen: estos principios, suministrados por los alimentos y el aire, son todos ellos glóbulos vibrantes, y como que no tenemos influencia alguna sobre su vibracion necesitamos acomodar á ella la nuestra.

Cuando el aire, por ejemplo, es seco y condensado y hace subir el barómetro, demostrando así que cada uno de sus glóbulos vibra con doble rapidez y fuerza, el corazon late con más rapidez para ponernos en armonía con aquella medida. Recíprocamente, cuando el aire se dilata, se disminuye su empuje, se debilita su vibracion y baja el barómetro, nuestra vibracion general se debilita también, y el corazon late con ménos rapidez.

Es evidente, pues, que estas modificaciones armónicas proceden de la diversidad de nuestros

alimentos y de la diferencia de circunstancias permanentes ó pasajeras que impresionan nuestra sensibilidad, porque toda influencia exterior ejerce una acción inmediata sobre nuestra vibración general.

Resulta, pues, de todo lo que precede, que el estado de salud ó de armonía orgánica es para el hombre el estado natural; que las fuerzas universales tienden constantemente á la conservación de su obra en el círculo, al ménos, de la existencia que la han concedido; que toda enfermedad es un esfuerzo del desórden al que se oponen aquellas con todo su poder; y que el primer cuidado, por último, cuando el desórden se presenta, debe ser el de conocer las causas que le producen, destruyéndolas, si es posible.

Tal es el arte médico; arte muy extenso y real y de difícil empleo á veces. Tan compleja y tan flexible es al mismo tiempo nuestra existencia orgánica, que se presta en cada momento á un gran número de influencias, que, combinándose entre sí, nos son saludables unas veces y funestas otras. Su separación exacta exige con frecuencia gran atención y sagacidad.

El arte quirúrgico es distinto del arte médico: este se ocupa de las enfermedades que tienen su asiento en el interior, aquel de los males cuyo

asiento es externo y circunscripto, y que provienen ordinariamente de accidentes bruscos. Por ejemplo, un hombre recibe una herida profunda; un animal en tal situación moriría inevitablemente; la herida del hombre puede ser curada; el movimiento de su sangre puede ser moderado antes de que la efusión acabe con la vida.

El hombre puede llegar á una situación contraria por el exceso de reposo, combinado con el exceso de nutrición; la superabundancia de sangre ó de humores pueden ahogarle sin que ninguno de sus órganos esté alterado radicalmente. En este caso una herida ligera puede salvarle de una muerte accidental, y este es el efecto de la sangría; más, si cuando se le devuelve la vida con una sangría hábilmente practicada, no escucha los prudentes consejos del médico sobre la necesidad de cambiar de régimen, acabará por desarreglar sus órganos, y entonces apelará inútilmente al cirujano.

CAPÍTULO IX.

DE LAS CAUSAS DE LAS ENFERMEDADES, Y DE LAS
PERTURBACIONES ACCIDENTALES CONSIDERADAS EQUI-
VOCADAMENTE COMO ENFERMEDADES.

«In tenuitate copia.»

(VIRGILIO.)

Todo lo que nos rodea y está en contacto con nosotros puede convertirse, en circunstancias dadas, en una causa de sufrimiento ó de enfermedad. Más aún, puede decirse con verdad que las causas de nuestras afecciones son tantas como cuerpos nos rodean; todo depende del estado de

nuestra sensibilidad y de la naturaleza de los agentes exteriores.

Entre estos últimos hay algunos que necesaria y constantemente son contrarios á nuestra organizacion, como sucede con los agentes morbificos, propiamente dichos; y hay otros que no nos son perjudiciales sino por su exceso, por lo desordenado de sus movimientos, ó por la exaltacion de nuestra propia sensibilidad.

En este último caso, la accion de tales agentes pasa desapercibida mientras no traspasa los límites de nuestra impresionabilidad, ó, lo que es lo mismo, el grado de resistencia de nuestros órganos. Lo propio acontece cuando éstos no se hallan animados de una vitalidad mayor de la que les es propia; pero desde el momento en que se destruye este equilibrio, rompiendo la relacion normal, comienza el desórden y se agrava y extiende el mal, pudiendo revestir muy distintas formas, desde la simple incomodidad hasta el dolor, y desde el dolor hasta la desorganizacion más horrible.

No es necesario para esto que las causas excitantes obren con demasiado vigor; basta con que nuestra sensibilidad se halle modificada localmente ó en su conjunto por una causa fisica ó moral, ó bien todavía, con que fermente en el organismo

un principio vicioso hereditario ó adquirido. Así se explica, cómo el aire que respiramos, y que ordinariamente nos trae la frescura y la vida, se convierte accidentalmente en una causa de dolores. Y es que nuestro pulmon está irritado por un principio cualquiera.

Esto explica tambien por qué la más pequeña contrariedad pone como fuera de sí á ciertas mujeres muy nerviosas: su impresionabilidad está excitada por una causa pasajera ó durable. Cuando nuestros huesos saltan como si fueran de vidrio al más pequeño choque, es porque existe en nuestra economia un virus cualquiera, que ejerce sobre todas sus partes una accion deletérea.

Cuando las causas morbificas son fáciles de hacer constar, pueden ser evitadas ó detenidas en su accion por los medios de que el arte dispone contra ellas; pero existen otras, no obstante, cuya accion es irresistible y fatal. Tales son las que adquirimos con la sangre y recibimos con la leche de nuestras nodrizas, porque, formándose en la profundidad de nuestros órganos, se encarnan en ellos bajo la accion directa de los movimientos de la vida (movimientos de formacion ó de deformacion), ó por el uso abusivo é imprudente que de ella hacemos.

Estas causas deben ser con tanto más cuidado

vigiladas, cuanto que, por regla general, no esperan más que un accidente para manifestar su energía, y alcanzar fatalmente su desarrollo. Al lado de ellas deben colocarse también, como susceptibles de producir graves desórdenes, ciertas alteraciones espontáneas ó adquiridas, que conducen á la larga, ya á las concrecciones ó cáries, ya á la osificación de las partes blandas; á la atrofia de los órganos, etc., etc.

Después de esto, cada uno de nuestros órganos tiene sus enemigos particulares. Unos obran directamente sobre el cerebro ó sobre el corazón, sin ejercer influencia alguna sobre el pulmón ó sobre el hígado: otros, no ejercen esta influencia más que sobre determinados sujetos y de diferente manera. Así, por ejemplo, una misma cantidad de vino pone á un hombre alegre y amable, y hace á otro pendenciero y sombrío.

Los hombres, por lo tanto, son buenos ó malos, activos ó perezosos, valientes ó cobardes, no tan solo en razón de su naturaleza y constitución, sino también de la acción continua ó pasajera que el aire, los alimentos, las vicisitudes atmosféricas, y todas las demás causas ambientes ejercen sobre su organización y sobre su sensibilidad. El hombre es sensible hasta en sus últimas moléculas, y el decir que existen en él partes desprovis-

tas enteramente de sensibilidad es verdaderamente blasfemar de la naturaleza por una grosera ignorancia.

Cualesquiera que sean, sin embargo, las modificaciones que se produzcan en la economía, bien por los movimientos ordinarios de la vida, bien por accidentes fortuitos ó por el progreso de la edad, bien en fin, por la acción directa de los agentes morbíficos, no suelen ser temibles estas modificaciones sino cuando se presentan bruscamente ó con una impetuosidad tal que sorprenden á la naturaleza.

Así es, por ejemplo, cómo una quemadura, un golpe, una caída producen muchas veces como consecuencias efectos deplorables, mientras que, bajo la acción lenta del tiempo, los líquidos más irritantes se acumulan en la economía; los cuerpos más voluminosos se desenvuelven en los tegidos; y las vísceras mismas se descomponen sin que nada demuestre al exterior este daño: antes bien, la economía se amolda de este desorden, las funciones toman la forma propia de este estado de cosas, y algunas veces el mal se atenúa y se extingue por medio de esta saludable lentitud de la naturaleza.

Y además, cuantos movimientos naturales que se designan en conjunto con el nombre de sínto-

mas, no son en realidad otra cosa que movimientos profilácticos, conservadores ó medicatrices!

Solo el médico sabe leer, ver y comprender estos fenómenos; él solo, por consecuencia, debe analizar y clasificar estos diversos estados de la economía, y declarar con autoridad sobre el tanto de su valor.

Con este objeto se dedica desde luego á descubrir la causa del mal, conformándose con este axioma: *Sublata causa, tollitur effectus*. (Separada la causa, el efecto cesa.) Establece despues la parte correspondiente á los fenómenos naturales y accidentales, y la no ménos importante de los fenómenos necesarios ó inevitables, y esto hecho, ya sabe á qué atenerse.

Sabe, por ejemplo, que, describiendo la parábola de la vida, el sér viviente pasa sucesivamente por las fases inevitables de la infancia, de la adolescencia, de la juventud y de la vejez, y que, en virtud de leyes fisiológicas, vive periódicamente á la manera de un niño, de un adolescente, de un adulto y de un viejo; sabe tambien que, durante esta evolucion de las edades, el sér está fatalmente expuesto á sufrir una multitud de indisposiciones y de afecciones que se unen más ó ménos estrechamente á estos tiempos de formacion, de deformacion y de renuevo.

Entonces *se da cuenta de todo esto*; y lejos de exponerse á dañar, á contrariar, ó á atormentar con maniobras inútiles ó imprudentes estos movimientos tempestuosos de los años climatéricos que, como nudos, unen entre sí los diversos periodos de la vida, se contenta con vigilarlos, seguirlos y hacerlos soportables, á ménos que no salgan de sus límites ordinarios ó fisiológicos, porque en este caso, los combate, ó los dirige, lo que es mejor aún.

El dice á la madre que se inquieta y que llora oyendo gemir á su pequeñuelo: No os alarmeis, vuestro niño no está enfermo; es que se forma, que se desenvuelve, que atraviesa un tiempo de crisis, uno de esos tiempos de transformación que imprimen una nueva dirección á la vida, pero no está dañado. Lucha, combate, y con prudencia, y con paciencia sobre todo, lo que sufre en este momento desaparecerá, y le vereis constantemente mejor que nunca.

El médico dice á la familia de un adulto atacado de fiebre tifoidea: Nada de temores exagerados; la fiebre no es tan temible como os la figurais; no es una hidra de cien cabezas, como se ha querido representarla. El mal es ménos terrible que la palabra, y lo sería ménos si no se obstinaban frecuentemente en atacar la palabra en lugar del mal!

La fiebre tifoidea es una de las grandes crisis ó tormentas á que está sujeta la especie humana en la primera cuarta parte de su existencia, ó de su evolucion orgánica. Es un *tolle* general, es un movimiento de fermentacion y de depuracion que se opera en las profundidades del organismo en lugar de hacerse en la superficie como en las fiebres eruptivas, tales como la viruela, la roseola, la escarlatina, etc., pero no es un movimiento fatalmente mortifero, no es un mal implacable.

Además, la fiebre tifoidea ha existido siempre, y la han sufrido la mayor parte de los que nos han precedido en la vida. Unicamente en otro tiempo se la designaba de distinta manera; se la llamaba la fiebre esencial; y como la fiebre toma siempre la forma exterior del temperamento propio del sér que la padece, se la llamaba fiebre inflamatoria, biliosa, mucosa, nerviosa, atáxica ó pútrida, segun el carácter que afectaba, y que refleja el modo de reaccion de la enfermedad.

Esto era lógico y todo el mundo se entendia; se sabia que se trataba de una enfermedad grave; pero se consideraba esta enfermedad como una crisis inevitable, y no se espantaban de su explosion.

Como consecuencia de esta teoría, que era la buena, se atendia más á seguir y á dirigir los

movimientos de las fiebres esenciales que á combatir las, y *se encontraban bien*.... La prueba está, en que la tierra se ve llena de sexagenarios que han padecido la fiebre esencial, es decir, la fiebre tifoidea, y que no se cuidaban de esta enfermedad, mientras que hoy es tan numerosa la cosecha que hace la fiebre tifoidea para los cementerios, que se han comparado los estragos que esta fiebre hace á los que producen las viruelas epidémicas más mortíferas.

Pero esta manera de considerar la fiebre esencial era demasiado sencilla, muy natural, y demasiado primitiva. Todo ha cambiado ya... no han sido precisos más que unos pocos instantes para operar este milagro!

Dos hombres de gran mérito (1), dos hombres de una virtud y una probidad médica ejemplares, pero dos hombres mal inspirados esta vez, han creído que el arte ganaría mucho con presentar las fiebres esenciales como variedades de una sola y misma afección típica; y partiendo de esta suposición gratuita, han hecho una enfermedad colosal, una enfermedad formidable de todas

(1) MM. Louis y Chomel.

las fiebres antiguas, dando á esta enfermedad mónstruo el nombre de fiebre ó enfermedad tifoidea.

Este nombre le ha venido de la analogía que la fiebre tifoidea ofrece en sus síntomas con el tifus de los campamentos, enfermedad muy grave, esencialmente caracterizada por un estado de profundo estupor. Entonces, de la palabra estupor, en griego TUFOS, han derivado graciosamente la palabra tifoidea, y esta palabra ha dado la vuelta al mundo, produciendo inmenso ruido.

Sin embargo, nada es más vicioso que esta expresión, nada más equívoco que esta palabra, ni nada más falso que la analogía que se la ha prestado.

En efecto, el tifus de los campamentos reconoce por causas los miasmas pútridos, el hacinamiento, las fatigas excesivas, la mala alimentación, el miedo y el abatimiento. Las fiebres esenciales, por el contrario, se unen ó se refieren á un trabajo interno de la naturaleza, que tiene por objeto cumplir un modo de evolución orgánica, ó efectuar un esfuerzo de depuración; por consecuencia, un hiatus inmenso separa estos dos órdenes de movimientos. El tifus es una afección mórbida de las más mortíferas; la fiebre tifoidea, por el contrario, es una reacción, es decir, una

funcion patológica que tiende á un fin saludable (1).

Sea de esto lo que quiera, la plebe de los médicos,—y la plebe siempre se olvida de los principios,—la plebe de los médicos, decimos, de concierto con los adeptos de la medicina cadavérica, ha aclamado con entusiasmo esta temeraria innovacion. M.M. Petit, Serres, Andral, Bretonneau y Bally han prestado, por desgracia, un apoyo considerable á lo que esta concepcion podia tener de buena, y desde este momento la afeccion tifoidea, predicada por todas partes, ha tomado, bajo la proteccion de ardientes neófitos, un rango importante en los cuadros nosológicos, á pesar de la oposicion de los prácticos viejos y de la resistencia de los hipocráticos, á cuya cabeza figura honrosamente el profesor Cayol, cuya polémica, con este motivo, será considerada siempre como uno de los más brillantes y sólidos monumentos de esta época.

Y despues ha sucedido faltalmente lo que era de esperar..., al cambio de nombre ha seguido naturalmente un cambio de cosas, y todo jun-

(1) Es preciso no confundir la fiebre tifoidea con el cortejo tifoideo, es decir, con los síntomas de adinamia ó de ataxia que se declaran á la terminacion de muchas enfermedades en individuos extenuados por la dieta, las sangrias ó los purgantes.

to ha destruido el tratamiento secular. Por tanto, y como si fuera preciso encontrar otro, se han puesto á inventarlos de todos los colores y para todos los aspectos del mal, y se ha caminado con tanta prisa y con tanto trabajo, exhumando é improvisando tal multitud de medios, que se ha concluido por zozobrar en toda la línea; y, cansados de guerrear, ha sido preciso volver á los métodos sábios, á los tratamientos sencillos y á los medios naturales tales como el aire puro, el buen régimen y los entendidos cuidados de la higiene. A contar de esta época la fiebre tifoidea ha hecho ménos victimas.

Seamos, pues, prudentes; escuchemos al médico, no le obliguemos con imprudentes instancias á caminar con más velocidad ó en oposicion con la naturaleza; y de este modo, en la mayoría de los casos, recogeremos el precio de nuestra sabiduría y de nuestra resignacion.

¿Es esto decir que la fiebre tifoidea no sea temible, y que las fiebres esenciales no nos inspiren cuidados? No, ciertamente: una experiencia cruel prueba superabundantemente lo contrario; sin embargo, no es ménos evidente que estos peligros suelen agravarse de continuo con tentativas insensatas, con maniobras imprudentes, que el médico debe evitar.

¿Es necesario por esto abandonarlo todo á la accion de la naturaleza sin preocuparse de la voz ó del estado de los órganos? No, sin duda; lecciones hay que enseñan esto, y últimamente un eminente práctico, el sábio profesor Gaussail de Tolosa, escribia: «Hay en el organismo viviente fuerzas y órganos; los órganos funcionan y viven; es preciso, por tanto, en medicina práctica dar su parte correspondiente á cada uno de estos elementos constitutivos y contar con ellos.»

Esto es hablar en oro; efectivamente, como ruedas de la vida, los órganos reclaman la mayor atencion; están formados de tegidos muy alterables, y estos tegidos son bañados por liquidos que se alteran á su vez, y se descomponen fácilmente; los humores, la sangre, la bilis, pueden abundar ó faltar en el organismo, inflamarse en masa ó separadamente; y si el médico quiere sacar partido de su práctica debe tomar en consideracion todas estas condiciones.

Pasando despues al dogma de la naturaleza medicatriz, el profesor Gaussail añade: «En teoría el hecho-principio de la naturaleza medicatriz es incontestable y poco discutido; no sucede lo mismo en su aplicacion, porque se le ha generalizado demasiado, atribuyéndole un alcance y fin absolutos. En efecto, tendencias más ó ménos manifiestas,



pero no realizadas, ó realizadas incompletamente, sorprendentes, pero que no alcanzan siempre el objeto final; hé aquí lo que se observa de continuo en la marcha de las enfermedades.»

Todo esto es una gran verdad, pero no lo es ménos que el arte médico, por el cual el doctor Gaussail profesa con razon tan grande confianza, no hace las más veces otra cosa que secundar á la naturaleza, poniéndola en condiciones de poder obrar.

Así, por ejemplo, ¿qué hace el arte en las inflamaciones cuando se apela al recurso de la sangría? Abate las fuerzas, atribuyéndose por esto los honores de la curacion; pero en el fondo ¿qué hace? Ha descartado los obstáculos, ha hecho posible el trabajo interior y curativo de la naturaleza: hé ahí todo. De igual manera, ¿qué hace el arte en los estados adinámico y atáxico, cuando emplea los tónicos, los excitantes ó los antiespasmódicos? Poner simplemente á la naturaleza en las condiciones que exige para ejercer libre y eficazmente su accion: no hace otra cosa, y fuera de esto, la naturaleza sola opera la curacion.

En resúmen, nada se hace en las enfermedades sin la intervencion de las fuerzas cuyo desarrollo se opera en el seno del organismo; los mismos

específicos nada pueden sin la cooperacion de la *fuerza vital*, y los remedios más heróicos permanecen frecuentemente estériles hasta el momento en que una alimentacion sustancial y succulenta devuelve en el cuerpo aniquilado la fuerza necesaria para que el trabajo interior de la curacion se cumpla.... Nadie pone en duda el poder de la naturaleza en las enfermedades externas ó quirúrgicas; el cirujano mismo declara con franqueza que no es él quien cura una herida, una cortadura, ó una fractura, sino que es la naturaleza ó la vida la que termina la obra por sus operaciones (la exudacion, la aglutinacion, la supuracion, la eliminacion de las partes mortificadas y la regeneracion de las carnes), y que su papel se reduce á *descartar* todo lo que pueda poner obstáculos al movimiento de la naturaleza, á *regularizar* sus actos, y á *dirigirlos* hácia el fin que se propone. Pero cuando se trata de enfermedades internas, de aquellas que tienen su asiento en las profundidades del organismo, ó de aquellas que no se ven, la duda comienza y casi siempre la injusticia la sigue. Se niega á la naturaleza el honor de la curacion; y, sin embargo, en las enfermedades internas pasa lo propio que en las enfermedades externas, aún cuando esto no se vea á simple vista. Este error es harto frecuente, pero no en-

tre personas ilustradas, que reconocen siempre en todo ello la mano de la naturaleza.

Volvamos de nuevo al médico y oigámosle hablar en el seno de las familias y en presencia del dolor.

Al viejo que se impacienta y que se irrita contra el decaimiento de su salud, le dice: Es verdad que no os manejaís en el día como otras veces, que no estais tan fuerte ni tan ágil; que vuestras funciones no se ejercen con entera libertad; que sufrís y que os encontraís bajo la accion de alguna enfermedad crónica. ¡Pero qué quereís, la ley es formal y la misma para todos! Vuestros órganos, es verdad, se encuentran fatigados por el uso en el comercio militante de la vida; sin embargo, no estais enfermo; estais simplemente sujeto, impedido, deteriorado. Esto no es nada y lo es todo; sabed contentaros con vuestro estado, y sobre todo, no os desanimeis: evitad los remedios, las drogas, y especialmente las sangrias, tan funestas para los viejos; arreglad vuestro régimen, disciplinad vuestro espíritu, entregad vuestro corazón á aquellos que tienen necesidad de él, aceptad franca y resueltamente las condiciones de vuestra situacion, y vereis que hay placeres para todos los tiempos, goces para todas las edades, recuerdos que valen tanto como dichas, y re-

signaciones que *son casi conquistadas*. De este modo, llegareis dulce y tranquilamente al término en que todo acaba para volver á empezar.

Y si vuestra alma no encuentra en este último camino el pensamiento consolador del cristiano, la fé en Dios..., recordad al ménos estas palabras de Marco-Aurelio, debilitado ante la muerte:

«Te embarcaste, has seguido tu derrotero y has llegado por fin á donde ibas. Salta valerosamente del bagel. Si sales de él para entrar en otra nueva vida, en ella encontrarás dioses indulgentes; si, por el contrario, te ves privado de todo sentimiento, cesarás de estar bajo el yugo de las pasiones y de servir á un cuerpo que está tan por debajo de tu alma; y en fin, si tienes otros sentidos, serás para ti mismo una criatura nueva.»

Estas palabras están tomadas de un libro que ha recibido el nombre del Evangelio de los paganos, y van seguidas de máximas que prueban elocuentemente que Marco-Aurelio, Príncipe tan piadoso como sábio, estaba dotado de un sentido cristiano.

Creía con los estóicos, que todas las almas eran emanaciones de la divinidad, que volvian á su seno despues de la muerte del cuerpo; y así escribía: «¡Cuánto deben amarse los hombres, sostenerse, y aun respetarse los unos á los otros!

¡Antes de nacer ya son parientes de tal ó cual familia!»

Nos hemos extraviado demasiado hablando de las modificaciones que el hombre debe sufrir en sus fuerzas y en sus desenvolvimientos, durante su larga existencia; volvamos de nuevo á decir la multitud de variaciones y de vicisitudes que se notan durante las épocas de estos tormentos de la vida, que avanzan ó retardan los tiempos de estas grandes revoluciones climatéricas.

Digamos desde luego que no es el tiempo quien mide y afirma la edad, sino que son los estragos y los cambios reales y notables que se operan en la economía y la trasforman.

En efecto, las edades son divisiones convencionales para indicar los diversos períodos de la vida, que traen más ó ménos tarde desenvolvimientos ó retrocesos inevitables; pero estas divisiones no tienen nada de absoluto; anuncian solamente un cambio que ha de operarse en un tiempo que no está rigurosamente limitado. Así, por ejemplo, se puede tener mucha edad sin ser viejo; y á la inversa, se puede ser viejo sin tener mucha edad; de la misma manera puede uno conservarse bien aun cuando se haya llegado á la edad de las revoluciones críticas; y por el contrario, se puede ser valetudinario, cacoquimo ó enfer-

mizo, mucho antes de la época en que aparecen las grandes tormentas de la vida, que, como las de la atmósfera, llegan frecuentemente antes ó despues de los equinoccios y de los solsticios!

Esto es lo que ha hecho decir al Dr. Guyétant, ilustrado autor de la *Higiene de los viejos*: «¿Qué importa que una mujer tenga tal ó cual edad, si ofrece aún las formas, los atractivos, las gracias y los perfumes de la juventud? ¿Qué importa que un hombre esté cargado de años, si es fuerte y animoso, y piensa, quiere y obra como si fuera jóven?»

Escuchemos, sin embargo, una leccion encantadora debida al autor de la *Explicacion universal*; se dirige contra los acontecimientos de que tan amargamente se queja el hombre en el trascurso de la vida.

Siempre que el hombre, dice Azaïs, experimenta una contrariedad, un sufrimiento, se inclina á creer que la causa que la produce es, en el plan de la naturaleza, una imperfeccion, que no hubiera ocurrido, ciertamente, si el autor de este plan le hubiera consultado!

La Fontaine ha hecho una encantadora fábula sobre esta disposicion del espíritu humano; hé aquí ahora un apólogo que tiene algo más de gravedad.

En una remota época de la historia del globo, cuando Júpiter, Pluton y Neptuno se dividieron el poder supremo, el hombre de los primeros pueblos se presentó un dia en el Consejo de los Dioses.

¿Por qué, les dijo, la masa de aire se encuentra de tiempo en tiempo alborotada por las tempestades? ¿Por qué, especialmente en el nacimiento de la primavera, y seis meses despues, en el nacimiento del otoño, esos furiosos huracanes que nos fatigan y nos causan tantos daños?

¡Oh, Júpiter, tú, que como soberano, reinas especialmente sobre la atmósfera, pon á nuestra disposicion estas crisis periódicas, que nosotros endulzaremos y sabremos prevenir!

Júpiter contestó: Concedo á el hombre el poder que me pide; y como soy el señor de los dioses, ordeno á Pluton y á Neptuno que secunden sus deseos.

El hombre concibió entonces halagüeñas esperanzas. Jóven aún en la naturaleza, comenzó, sin embargo, á observar, á razonar y á hacerse reflexiones. Hé aqui las ideas que le parecieron más juiciosas:

Cuando la primavera se aproxima, se dijo, y el sol se dispone á dirigir sobre nosotros su principal influencia, la atmósfera se agita fácilmente,

porque el aire que la compone es demasiado móvil y muy fácil de cambiar. Aumentemos su densidad sin aumentar su extension; que Neptuno ordene al mar que arroje sobre la atmósfera una cantidad de vapor mucho mayor que la cantidad ordinaria, la resistencia del aire así sobrecargado será mucho más considerable, y la acción de los vientos apenas se dejará sentir.

Neptuno obedeció: toda la atmósfera se llenó de vapores espesos y en una inalterable calma. Nada de sacudidas, nada de tempestades; todo era estupor profundo. Los pueblos, los animales, las plantas, todo languidecía; todo sucumbió!

¡Oh Neptuno, gritó entonces el hombre, cambiad en mayor velocidad esta calma tan funesta! Las contrariedades á que nos exponen los vientos del equinoccio son funestas ciertamente, pero de poca duracion; en cambio, esta quietud que nos embota tiene trazas de ser eterna!

Llamó Neptuno hácia el mar el exceso de vapores, y el cielo se aclaró; arrojó el sol libremente sus rayos sobre la tierra, y como su acción no estaba prevista, lo abrasó todo; el suelo continuó estéril, y el pueblo fué desgraciado!

Al año siguiente, el hombre á quien Júpiter habia hecho dueño de la atmósfera, no intentó más el prevenir estas convulsiones por un medio

que tan malos resultados diera; pero la sola idea de estas alteraciones le desagradaba aún: y bien, se dijo, precipitemos la crisis, abreviémosla. La haremos más violenta sin duda, pero si limitamos su duración á algunos días, á un momento, este momento pasará pronto.

Que Pluton, dios del infierno, abra las cataratas; que los volcanes arrojen fuego sobre la atmósfera, dándola una movilidad excesiva.

Pluton obedeció, y á su tenebrosa voz los abismos infernales vomitaron sobre la tierra torrentes de ardiente lava y gases abrasadores.

Perdon, perdon, gritaba el hombre, que el abismo nos cerca, y el rayo nos aplasta. ¡Oh, Pluton, cuántos horribles desastres! ¡Libranos de tantos horrores!

Pluton oyó sus quejas y detuvo el cataclismo; le volvió á sepultar en las entrañas del globo, y al estrépito más terrible sucedió un profundo estupor.

El hombre respiraba aún; pero ¡qué espectáculo! la tierra fué asolada, y todas las mieses se perdieron; nuevo año de desastre y de dolor!

Pero todo esto completó la experiencia del hombre, dándole la sabiduría.

Oh, Júpiter, exclamó entonces, tú que sabes mejor que nosotros lo que es útil y necesario, encárgate de nuestros destinos.

La aplicacion es fácil: Júpiter es la naturaleza y el sistema que la conduce. Este sistema tiene por objeto mantenerlo todo en movimiento, y, sin embargo, en *equilibrio*..., lo que no puede verificarse más que por el compensado balance de todos los movimientos.

Cuando este balanceamiento se hace por vía de circulacion libre y sostenida es agradable; pero cuando su libertad se ve atormentada ó cohibida hay sufrimiento, desórden, estado critico; ambos movimientos de direccion opuesta, en lugar de sucederse, de encadenarse, deslizándose uno sobre el otro, se confunden, se entrechocan en el sentido mismo de los obstáculos que turban su regularidad, y que, de comun acuerdo, se encargan de descartar.

Pero si se les deja entregados á sí mismos, sus esfuerzos no son nunca inútiles, porque la tendencia esencial del movimiento pasivo en la naturaleza es á permanecer en equilibrio consigo mismo por via de circulacion sostenida; la atmósfera nos demuestra esto. Su estado normal alrededor de cada hemisferio del globo es la sucesion circular de dos vientos generales, uno que viene del ecuador y va hácia el polo, pasando por las regiones superiores, y otro que por las regiones inferiores va del polo al ecuador.

Esta distribución libre y regular, que en tanto que permanece constante, produce la serenidad y la salud de la atmósfera, se desequilibra de tiempo en tiempo, especialmente en los dos equinoccios, por la influencia del sol que cambia alternativamente su preponderancia; la atmósfera entonces, por el solo hecho de no poder circular libre y regularmente, se encuentra en estado de crisis, en estado de enfermedad; lo que quiere decir que, por un esfuerzo general de toda su masa, lucha toda entera contra este desarreglo que ha venido á sorprenderla. Pero de esta lucha sale victoriosa siempre; llega siempre á sobreponerse á las causas que han destruido su circulación regular, acabando por volver á su serenidad ordinaria.

Esta alternativa de agitación y de calma, de desórden y de regularidad nos conduce á nuestro objeto por una notable analogía.

El hombre y la mujer, ambos pasan, durante el curso de su existencia, por dos épocas críticas, colocadas exactamente como los equinoccios de la atmósfera: una, la adolescencia, equinoccio de la primavera, conduce al hombre y á la mujer, de la infancia á la juventud; otra, la edad madura, equinoccio de otoño, conduce al hombre y á la mujer, de la juventud á la vejez.

En estas dos épocas el desórden del temperamento señala, especialmente en la mujer, una, la fecundidad que llega; otra, la fecundidad que se va. ¿No sucede lo mismo con los desórdenes que la naturaleza experimenta en la primavera y en el otoño? En esta última estacion, madura, perfecciona los frutos que ha producido en su juventud; pero no se prepara á producirlos.

Aquí comienza la aplicacion de nuestro apólogo. ¡Cuántas víctimas no ha hecho la falsa prudencia humana queriendo influir sobre el movimiento crítico de la adolescencia y sobre el de la edad madura, tan pronto retardándoles, tan pronto por precipitarlos!

Mientras que lo que debió haber hecho, era no alterarlos, dejándoles seguir su marcha natural, y no invocar contra ellos el socorro ni de Pluton, ni de Neptuno.

Sucede lo mismo en todas las enfermedades: no hay en el cuerpo humano enfermedad real que no lleve en pos de sí agitacion, ansiedad, en una palabra, un movimiento critico señalado por la fiebre, cuando las dos impulsiones esenciales y naturalmente opuestas, una que va del centro á la circunferencia, y otra de la circunferencia al centro, han cesado, como los dos vientos generales en el ecuador, de encadenarse la

una á la otra, y como estos dos vientos, se entrecocan en el seno de los obstáculos puestos á su circulacion.

La anatomía nos presta para este objeto una importante luz; ella nos enseña que cada órgano del cuerpo humano está provisto de vasos aferentes, consagrados al movimiento de la circunferencia al centro, y de vasos eferentes, consagrados al movimiento del centro á la circunferencia.

La fisiología nos enseña además que la capacidad de accion de estos dos órdenes de vasos es en cada órgano esencialmente la misma, puesto que su equilibrio de accion constituye el estado normal ó la salud del órgano. Cuando se rompe este equilibrio, hay enfermedad del órgano, enfermedad local; y por sí mismo, el órgano desarreglado trabaja por restablecer su estado normal.

Solo, dificilmente tendria fuerzas para conseguirlo; tiene necesidad de socorros; pero ¿cuál ha de ser la naturaleza de este socorro, y cuál ha de ser su origen? En este punto, la analogía va á guiarnos de nuevo.

En la atmósfera no es solamente en los dos equinoccios cuando la masa general reacciona contra la perturbacion que ha interrumpido su circulacion pacífica; sino tambien con ocasion de cada perturbacion local y particular, de cada

nube formada en su seno. Toda la masa de la atmósfera está unida por esta solidaridad íntima que forma el carácter esencial de los cuerpos elásticos.

Lo propio sucede con el cuerpo del hombre. De todos los seres organizados, él solo es en el que esta solidaridad íntima tiene mayor actividad y prontitud. El desarreglo particular de un órgano cualquiera se extiende súbitamente á toda la economía; recíprocamente toda la economía atestigua por su ansiedad, por su fiebre, que reacciona por entero contra la causa de este desarreglo particular y trabaja por descartarla.

Un concierto nos proporciona una imágen perfecta de esta accion recíproca. Cuando todas las partes que le componen marchan acordes hay calma y placer, y esto es la salud de la orquesta. Pero si una sola de estas partes concertantes se apresura ó se retrasa en la medida, ó bien eleva ó apaga los sonidos que está encargada de producir, toda la orquesta se conmueve, palpita, se irrita, manda á la parte rebelde volver á la armonía, y si se resiste, la impone silencio.

Tal sucede en el cuerpo humano á la terminacion necesaria de toda enfermedad parcial; solo la economía entera puede curarla, unas veces, haciendo entrar en el equilibrio orgánico á la parte

desequilibrada, y otras, sofocando su acción, cuando esta parte no tiene una grande importancia. El concierto entonces queda incompleto, mas puesto que queda todavía equilibrio orgánico entre las partes restantes, es un concierto aún.

Se sigue de aquí, que cuando uno de nuestros órganos ha caído enfermo, cuando por exceso de actividad ó por indolencia desentona el concierto de nuestra economía, nuestro único cuidado debe consistir en sostener la fuerza vital de todos nuestros órganos; y para sostenerla, emplearla, pero con discrecion y prudencia, á fin de favorecer, de la mejor manera posible, la combinacion médica de sus esfuerzos.

A este propósito, la naturaleza nos da indicaciones claras y fáciles. Todo órgano que se halle sano y libre encuentra un placer en ejercer la funcion que le está confiada, y en reposar despues de este ejercicio. Placer del ejercicio, placer del reposo ó más exactamente, placer en el aumento del ejercicio; placer en la disminucion de este mismo ejercicio, tal es alternativamente la necesidad de cada parte sana de nuestro sistema orgánico, desde el cerebro hasta las extremidades de nuestras manos y de nuestros piés.

Es necesario, cuando se está enfermo, satisfacer este doble movimiento; pero siempre con mo-

deracion y previniendo toda fatiga; porque aun en el estado de salud más completa, cuando todos los órganos requieren la alternativa del ejercicio y del reposo, todo placer inmoderado resulta, bien de un exceso en el reposo, ó bien del ejercicio encomendado especialmente á un órgano particular; exceso tomado necesariamente sobre el ejercicio ó el reposo de todos los demás, y, por consecuencia, destructor del equilibrio.

Como el deseo es en cada uno de nosotros el precursor del placer, el verdadero médico, el médico segun la naturaleza, debe aconsejar al enfermo que le consulte, hacer, en tanto que su posicion y el interés de otro lo permitan, un uso moderado de todo aquello que en sus ideas y en sus deseos es dulce, inocente y sencillo.

Por oposicion juiciosa á este principio, el médico segun la naturaleza debe procurar que sus enfermos no tengan que apelar nunca á los medicamentos que les repugnen extraordinariamente, ó á cualquiera práctica que les espante. Pocas sangrias, porque debilitan el órgano principal de la circulacion y la economia toda entera; poca abstinencia y pocas purgas, porque debilitarian el órgano digestivo y el cuerpo.

Si se exceptúan los accidentes súbitos y de una gran violencia, el envenenamiento, por ejemplo,



en cuyos casos un animal, entregado á las solas fuerzas de la naturaleza, no se curaria y que, por esta razon, antes de que el veneno haya tenido tiempo de pasar á la economía, reclama prontamente un antidoto enérgico; si no se consideran más que aquellas enfermedades que se forman tácita y lentamente, y de que tanto el hombre como los animales son susceptibles, se proibirá todo lo que ha dado en llamarse remedios, porque el instinto animal lo proscribe, porque no hay una sola de esas sustancias llamadas remedios que no dirija sus tiros contra la economía entera, y que, por consecuencia, no estorbe sus operaciones médicas, sus esfuerzos curativos.

Si los animales, cuando están enfermos, se afectaran como el hombre, y temieran el no curarse, ó el no curarse demasiado pronto, sus curaciones cesarian de ser fáciles y radicales.

Este apólogo es exuberante de verdad; porque lo que es exactamente verdadero para el universo ó gran mundo, lo es igualmente para el hombre ó pequeño mundo, atendido á que sucede con las tormentas del organismo lo que sucede con las del globo, que más quieren ser respetadas que reprimidas por la inquieta y agitada mano del hombre.

Dos investigaciones importantes dominan la

atencion del médico á la cabecera de los enfermos; la una tiene por objeto el conocimiento de la causa del mal, y la otra el conocimiento de la constitucion y de las fuerzas del enfermo.

El estudio de la causa morbifica abraza por extension la nocion experimental de todo aquello que se usa, que se sufre, ó que se goza durante el curso de la vida, es decir, el conocimiento de todas las cosas que ejercen ó pueden ejercer sobre toda ó parte de la economia una influencia favorable ó dañina.

Estas cosas forman seis clases principales, que constituyen lo que se ha convenido en llamar la materia de la higiene; tales son:

1.º Las cosas que nos rodean, tales como el aire y los principios que contiene, el calor, la electricidad, la luz, etc.

2.º Las cosas que se aplican á la superficie del cuerpo, tales como los vestidos, los cosméticos y los baños.

3.º Los alimentos y las bebidas, y todo aquello que se refiere á su preparacion.

4.º Los productos que deben ser expelidos del cuerpo.

5.º Las cosas que se refieren á la locomocion, los movimientos generales y parciales, el sueño y la vigilia.

6.º Todas aquellas cosas que ponen en ejercicio las funciones intelectuales ó el estado de sensibilidad, como los trabajos del pensamiento y las pasiones.

El estudio de la fuerza vital y de la energía moral abraza el estudio profundo de la constitucion, del temperamento y del carácter. Forma el complemento, y, por decirlo así, el coronamiento de la obra del médico en la investigacion laboriosa que se ve obligado á hacer, antes de emprender la curacion de una enfermedad y el tratamiento de un enfermo.

De la constitucion del enfermo, y, sobre todo, del estado y de la suma de sus fuerzas, depende su curacion. Estas son las fuerzas radicales que Hipócrates designaba, en su discreto lenguaje, bajo el nombre de fuerzas de la naturaleza, y las que evocaba al invocar á la naturaleza.

Por tanto, téngase presente, que la palabra fuerza es una palabra sagrada en medicina; expresa lo más importante que hay que conocer en el estudio de la enfermedad, é impide que el médico se pierda aturdidamente en el caos de las propiedades vitales (sensibilidad, contractilidad, irritabilidad) que en el dia se designan fastuosamente con el nombre de propiedades de orden orgánico; y le da una idea más sencilla y más

verdadera de los fenómenos de la vida, ofreciéndole, ante todo, la inmensa ventaja de hacerle estudiar la vida en su unidad, en sus más vastos horizontes, y bajo puntos de vista más extensos.

Hé aquí, en resúmen, toda la medicina teórica, porque ésta es en definitiva toda la doctrina hipocrática, la obra por excelencia, ya se la oponga á la doctrina de los filósofos, ya se la compare á las más bellas concepciones del génio.

Para convencerse de esta verdad, que podria parecer exagerada, no hay que hacer más que una cosa: examinar la impresion que ejerce sobre los espíritus la lectura de las obras de Hipócrates, y compararla con la que produce la lectura de las obras de los más grandes escritores; y ¿qué es lo que se nota?

Todos aquellos que cultivan las letras experimentan un vivo y profundo sentimiento de admiracion leyendo á Homero, de quien siete ciudades se disputan el honor de haberle visto nacer. La *Iliada* ó la *Odysea* les inflama; se maravillan, se encantan, y miden con asombro el vigor del génio que ha realizado tan bella creacion; su entusiasmo se manifiesta por gritos, por aplausos y transportes; pero en realidad, se encuentran más llenos de emocion y más arrebatados que verdaderamente absortos y confundidos.

Aquellos que, por el contrario, leen á Hipócrates y le comprenden, experimentan un deleite más pacífico y sus sentimientos se manifiestan de una manera enteramente distinta; no gritan, reflexionan, ó mejor todavía, caen en un profundo y delicioso éxtasis.

Y ahora preguntámos nosotros: ¿cuál de estas dos manifestaciones es más elocuente y más íntima? La antigüedad nos lo dice representando á Niobe cambiada en roca por el dolor de haber visto morir á sus catorce hijos!...

En esto, la antigüedad ha retratado fielmente á la naturaleza, porque todo gran dolor es mudo, y todo excesivo placer es pacífico; tal es la lección de todos los días.

Así pues, juzgando las obras de Homero y las de Hipócrates según el sentimiento general que producen, la verdad obliga á poner en primera línea las de Hipócrates.

Pero como está en la naturaleza del hombre el preferir lo que le conmueve á lo que le instruye, Homero ha sido mucho más apreciado que Hipócrates, aun por los espíritus superiores. Alejandro le ensalzaba hasta las nubes! Se cuenta que ponía la *Iliada* bajo la almohada de su lecho, en unión de su espada, y que después de haberla releído cien veces ordenó depositarla en el tesoro de Da-

rio, diciendo á sus cortesanos estupefactos, pero dóciles, que él comprendia que la obra más perfecta del espíritu humano debía encerrarse en el tesoro más precioso del universo.

Sin embargo, hagamos notar que, en todos los tiempos y en todas las comarcas del globo, los hombres que más han honrado nuestro arte y que han sido más útiles á la humanidad, fueron siempre más instruidos en el conocimiento de las leyes de la naturaleza, que versados en la historia y la práctica de otras ciencias; lo que se explica perfectamente, porque cuanto más se conocen las cosas relativas á la naturaleza viviente, más al corriente se está de lo que pasa en el organismo sano y enfermo, y se es más realmente médico en toda la extension de la palabra.

De igual modo, cuanta más habilidad se demuestra en unir los hechos por sus relaciones mútuas sin el auxilio de nociones extrañas al arte médico, más seguro se está de lo que se hace, y, por consecuencia, se es más dueño de los medios que se emplean para obtener la curacion.

Pero desgraciadamente esta condicion de mucho saber en la ciencia de la vida, lleva en cierto modo consigo su fatalidad, porque está bien averiguado que toda cabeza que no es bastante capaz ni bastante fuerte para abrazar y comprender la

totalidad de las ideas adquiridas sobre las leyes de la vida, no puede ser nunca la de un gran médico. Y hé aquí por qué se cuentan tantos obreros, tantos aprendices condenados á no servir jamás sino á la vista de su maestro llamado en consulta, y por qué tan pocos arquitectos destinados á hacer progresar el arte, y á elevar en la ciencia monumentos durables.

En resúmen, la medicina es una ciencia celosa que quiere que se ocupen de ella continuamente, porque sabe que no se pueden aprender muchas cosas extrañas, sino corriendo el riesgo de desconocerla á ella misma. Esto es sin duda lo que ha hecho decir á Cabanis «que es preciso ocuparse de la medicina durante toda la vida, y que para saberla bien es necesario no *cesar* de estudiarla nunca.»

CAPÍTULO X.

DEL ARTE MÉDICO.

«Cuando salí de la Universidad conocía veinte remedios, cuando ménos, para cada enfermedad... ¡Ahora qué ya he vivido mucho, hay más de veinte enfermedades para las cuales no conozco un remedio siquiera!»

(GREGORY).

La medicina no ha sido creada para entretener el tiempo de los sábios, ni para ejercitar agradablemente el espíritu de discusion; su fin es más útil y más elevado.

Estudiando las leyes generales de la vida y las condiciones fundamentales de la salud se propone esencialmente, formar, desenvolver y aumen-

tar un arte que ha sido llamado siempre el arte de la salud, y algunas veces el arte divino.

Este arte resulta más de la aplicación directa de los principios más inmediatos de la observación y de la experiencia, que de poner en práctica los que la suministran las otras ciencias.

Esto se concibe perfectamente, porque en efecto, cuanto más extensa es la cadena de un razonamiento, ménos liga el objeto que abraza; y cuanto más se aleja la luz de su foco ménos vivo y vigoroso es su rayo.—Y acontece frecuentemente en este último caso, que la luz de la ciencia en lugar de iluminar el espíritu, no hace, por el contrario, más que favorecer sus ilusiones. Es preferible, por esto, el no ver completamente, á dejarse guiar por una luz engañadora.

Así pues, en medicina, la luz nos viene directamente de la naturaleza, porque solo ella nos enseña á curar; y por haber llegado Hipócrates á interpretar, adivinar y comprender la naturaleza, es por lo que ha conseguido *crear el arte médico*, que, como todos los demás, no es, en definitiva, más que una imitación sábia de la naturaleza.

En efecto, examinemos con atención lo que pasa diariamente á nuestro lado, y reconocemos que los mejores procedimientos de la medicina no son más que copias felices de la naturaleza.

Así, por ejemplo, ¿qué hace la naturaleza en un sugeto cuya sangre encierra y arrastra los principios morbíficos, ó los fermentos capaces de llegar á ser para el organismo causas violentas de enfermedad, sino causas de su destruccion total?

La naturaleza despoja, desembaraza á la economía de estas levaduras ó de estos fermentos morbíficos, provocando, segun las circunstancias, unas veces eflorescencias, erupciones ó depósitos; y otras secrecciones ó excrecciones. Ella arrastra hácia la piel el humor dartroso; la acrimonia lechosa sobre el tegido celular; el humor escrofuloso ó canceroso sobre las glándulas; el principio reumático sobre los músculos y las membranas extensas; el principio gotoso sobre las pequeñas articulaciones y las coyunturas; el virus sifilítico sobre las membranas mucosas y sobre los huesos.

Sin embargo, ¿qué hace el médico hipocrático? Observa con atencion todos los movimientos; todas las operaciones de la naturaleza, y, cuando la ocasion se presenta, procura imitarla en cuanto le es posible.

Además, favorece ó sostiene los esfuerzos de la naturaleza cuando ya existen; los provoca cuando no los hay; los excita cuando no se ejercen sino incompletamente; y los calma, los endulza ó los regula cuando son demasiado rápidos ó demasia-

do violentos é irregulares. Para esto, hace uso de los agentes que le suministran los arsenales farmacéuticos, colmados siempre de sustancias ó de preparaciones, tan pronto magistrales como oficiales, que no tienen otro objeto que obtener estos resultados.

El arte médico dirigido por el profesor imita en todo á la naturaleza; así, con ayuda de las sangrias imita las hemorragias espontáneas de la naturaleza, y con ayuda de los eméticos y de los purgantes imita los vómitos y las evacuaciones críticas que emplea la naturaleza, frecuentemente de una manera favorable, durante el curso de las enfermedades.

El arte imita además á la naturaleza, cuando prescribe bebidas abundantes ó baños muy calientes y excitantes que producen ó prolongan los saludables efectos de los sudores; ó bien estableciendo vejigatorios ó sedales que reemplacen á las erupciones crónicas bienhechoras que la naturaleza desenvuelve en la piel, y que encadenan ó paralizan los efectos mórbidos que, sin este *recurso*, podrian llegar á ser desastrosos.

En otras circunstancias, el arte practica sobre los tegidos incisiones en el sitio de los depósitos, con ayuda de las cuales la naturaleza abre la piel.

En los dolores muy agudos, la naturaleza obli-

ga al que sufre á llevar rápidamente la mano al sitio del dolor para ejercer una compresion sobre él; á la frente, por ejemplo, si se trata de una jaqueca; á la cara para calmar un dolor de dientes; al vientre para apaciguar los desgarradores cólicos.

Ahora bien; por una sábia imitacion, por una imitacion reflexiva de los movimientos instintivos de la naturaleza, el arte médico emplea la compresion en las mismas circunstancias y en algunas otras más.

Y si por este medio no se consigue siempre hacer cesar el dolor, al ménos se le alivia, se le apacigua, y, algunas veces, se le adormece produciendo un desfallecimiento accidental en la parte afectada, por la detencion momentánea de la circulacion nerviosa, de la que dependen en la economía la sensibilidad y el movimiento.

La compresion presenta además la ventaja inmensa de poder establecerse á voluntad sobre ó lejos del asiento de la dolencia.

En otras circunstancias, la naturaleza adormece el dolor por el sueño; el arte la imita tambien bajo este aspecto, llegando á sus mismos resultados, con ayuda del opio y sus preparaciones que hacen dormir *porque hacen dormir*, como decia Moliere, pero que hacen tambien maravillas, de las que se ha olvidado este gran escritor.

Si, el opio es un agente precioso, misterioso, extraordinario, heróico!

Sydenham lo sabia tan bien, que repetia frecuentemente que «sin su auxilio renunciaria á ejercer la medicina.» Hufeland hacia tambien grandes elogios del opio; y dice en alguno de sus escritos: «La naturaleza misma parece haber querido recomendarle á nuestra atencion, colocando una corona sobre la extremidad de las cápsulas de la adormidera de que se extrae. En fin, Wedel hablando del opio, escribe: «Es un áncora manejado por manos hábiles; en manos imprudentes se convierte en barca de Caron! *Sacra vitae anchora, circumspecto agentibus est opium; cymba Charontis in manu imperiti.*

En fin, por el sábio y último empleo que la naturaleza hace de la gangrena, nos enseña á sacrificar por el hierro ó por el fuego un órgano importante, que ya no puede vivir. Esta leccion no es nunca pérdida para el cirujano: corta, separa, quita las carnes; separa los miembros, destruye imperturbable todo lo que ha muerto ó ha llegado á ser inútil, y por estas operaciones crueles, pero necesarias, no hace más que imitar fiel y ventajosamente los actos de la naturaleza desesperada.

Pero en todas estas punzantes necesidades

del arte es para el médico un deber sagrado, un deber supremo que domina á los demás, el emplear todos sus esfuerzos en reanimar ó en hacer adquirir á sus enfermos aquella firme voluntad de curarse, que Séneca llamaba tan juiciosamente el principio de la curacion, y que constituye verdaderamente la condicion más favorable.

«Tú quieres curarte, tú te curarás,» decia á un soldado enfermo nuestro venerable y muy sabio maestro, el profesor Tourdes (de Strasburgo). Y sus palabras se cumplieron como por milagro, aun cuando iban dirigidas á sujetos reducidos al último extremo. Es conveniente añadir que el profesor Tourdes era un digno médico segun la naturaleza, y que sabia resistir siempre con una calma digna y firme á las seducciones de la doctrina de Broussais, que por entonces reinaba por completo en los hospitales militares soberanamente poblados de celosos misioneros del fogoso agitador.

Sucedo algunas veces que una debilidad general y progresiva y repetidos desfallecimientos anuncian que el enfermo corre un gran riesgo, que uno de los órganos más indispensables á la vida está profundamente herido y afectado... diríase que, por estos síntomas más pavorosos y sorprendentes que los otros la naturaleza inquieta

busca el medio de darnos la señal del daño que amenaza al enfermo.

¿Qué es preciso hacer en tales circunstancias? ¿Qué se debe intentar en tan supremos momentos? Nada, ó casi nada, farmacéuticamente hablando; pero mucho, hablando moralmente.

Nuevos horizontes se abren á los ojos del médico y le indican otros caminos que debe seguir... La reflexion le enseña que su deber es velar sobre el alma del que se extingue, y no dejarle concebir más que tranquilizadores pensamientos; porque la esperanza es hasta el último instante el alimento del valor.

En su consecuencia, unas veces, debe dejarle llorar sobre su propio dolor, rindiendo así un homenaje indirecto á este profundo pensamiento de Madama Staël: «Nada calma mejor el dolor que la posibilidad de llorar sobre el propio destino, tomando uno mismo en sus dolores esa especie de interés que hace de nosotros dos seres separados de los que el uno tiene piedad del otro.» A veces, por el contrario, conviene herirle delicadamente á fin de operar sobre su moral una revulsion saludable; y por estos medios unidos sábiamente á los de su esperanza y habitualmente manejados, le conduce insensiblemente hasta su término, en el que una bienhechora agonía se apo-

dera de él para turbar ó suspender todas las facultades de su alma hasta el momento en que la esperanza, última que muere, pierde por si misma su imperio.

La filosofía de la medicina establece una separacion radical entre la ciencia médica y el arte médico. Nada hay más fundado que esta separacion, porque si la ciencia médica no es más que la coleccion razonada de los principios generales de la medicina, si rigurosamente se puede, sin apelar á ella, imitar algunos procedimientos de la naturaleza; nunca se podrá adquirir, sin sus auxilios, una gran superioridad para la práctica, por la razon de que la medicina es la luz de las teorías y la fuente de todas las verdades fisiológicas, patológicas y terapéuticas; luego la ciencia médica tiene su papel aparte.

Pero, por otro lado, si es verdad que la ciencia médica existe independientemente del arte médico, no es ménos cierto que el conocimiento del arte es indispensable al médico, y que la medicina no es realmente práctica ó curatriz, más que en tanto que está iniciada en los procedimientos del arte y en las dificultades de sus reglas: luego el arte médico tiene tambien su importancia particular.

De todo esto deducimos que es necesario



absolutamente que el médico se entregue con un ardor igual y sostenido, *primero* al estudio de los principios, de los métodos y de las leyes de la medicina; esto es, al estudio de la ciencia médica; y *despues* al estudio de las reglas que constituyen y afirman la práctica médica, es decir, al estudio del arte médico.

Todo arte consiste en la aplicación metódica y razonada de los principios generales fundados por la ciencia que domina los hechos que le son propios. En otros términos, todo arte es una ciencia aplicada; luego la medicina es un arte, el arte de cuidar á los enfermos y de tratar las enfermedades; es el conjunto de reglas y procedimientos cuya observancia y aplicación oportuna conducen á la curación de las enfermedades. El arte médico es muy extenso y muy complicado; exige mil conocimientos diversos, y principalmente el conocimiento perfecto de la patología, que es la historia natural del hombre enfermo, es decir, la historia de la economía animal reaccionando en virtud de sus leyes de conservación y de curación.

El arte médico exige para lograr el fin que se propone: 1.º el conocimiento de la materia médica, que es la ciencia de las sustancias medicinales y medicamentosas; 2.º el conocimiento de la

botánica, de la farmacia y de la química, que enseñan el arte de recolectar, de elegir las plantas, y preparar los medicamentos; 3.º el conocimiento de la posología que enseña á dosificar los medicamentos; 4.º el conocimiento de la terapéutica general, que domina todos estos conocimientos, y que es á la vez la ciencia de los principios, de las indicaciones y de la oportunidad, y el arte de dirigir sábiamente las fuerzas de la naturaleza y los recursos de la vida.

Ya lo hemos dicho otra vez: todo arte que no es rigurosamente el producto de una ciencia aplicada, es un arte sin principios, es decir, un oficio, una rutina; así como toda coleccion de ideas ó de conocimientos que no es susceptible de ser erigida en teoría bajo la disciplina de un hecho-principio, no es una ciencia, sino simplemente una utopia, una ficción.

En resúmen, el arte médico en acción es la habilidad misma del médico, tratando de imitar el trabajo ordinario de la naturaleza, que busca por sí misma, según las circunstancias y las eventualidades, el medio de combatir las causas morbíficas y reparar el mal ocasionado por ellas; obra admirable, á la cual se refieren como á su fin una gran parte de los fenómenos que caracterizan el estado mórbido.

Hé aquí el arte médico tal como le compren-

:

dieron y nos le han trasmitido los más grandes maestros, Hipócrates, Galeno, Sthal, Hufeland, Zimmermann, y Boerhaave. Tiene por bases las leyes eternas de la naturaleza, y por principio el orden de Dios.

Despues de haber meditado sobre los dogmas y las reglas se llega á esta conclusion: que la verdadera medicina es la que, fundada sobre el conocimiento de la fuerza medicatriz de la naturaleza, respeta en todas ocasiones la importante ley de la vida y la espontaneidad de sus actos; que el médico no es, como se ha repetido, el agente directo de la curacion, sino solamente el intérprete, el ministro de la naturaleza, que ejerce su poder en virtud de las leyes que la son propias.

¿Pero cuál es el poder del arte, cuál es su alcance y cuáles son sus límites?

Hufeland contesta:

«Muchas veces, alejando la causa existente, el arte puede hacer cesar la enfermedad y hacer inútil una medicacion interna y prolongada; así por ejemplo, arrancando una espina, una bala, un proyectil, un cuerpo extraño; ó bien desembarazando á la economía de un virus, de un principio tóxico ó venenoso, ó simplemente de una demasiada acumulacion de alimentos.

»En otras circunstancias, cuando, por ejemplo,

las fuerzas de la naturaleza están tan exaltadas y tan impacientes, que imposibilitan la curacion, ó que fatigan ó hieren órganos importantes, el arte interviene, y reduciendo las fuerzas al grado de accion necesaria al fin que se ha propuesto, previene los accidentes y facilita el restablecimiento del enfermo.

»En fin, cuando la naturaleza no posee las fuerzas necesarias para operar el trabajo medica-
triz, el arte viene en su auxilio; renueva las fuer-
zas del enfermo por medios sábiamente apropia-
dos, y pone así al organismo en condiciones que
puedan conducirle y le conduzcan insensiblemen-
te á la curacion.»

Así, el arte médico es modesto, paciente y re-
signado; no se lanza lejos; no se precipita, pero
iluminado por la observacion clinica traza con
discernimiento la historia natural de cada enfer-
medad, de manera que puedan distinguirse los
diversos estados mórbidos, permitiendo así em-
plear con seguridad aquellos diversos medios,
sobre cuyo valor se ha pronunciado una larga ex-
periencia.

El arte se ocupa de las indicaciones; pero ni
intenta conocer la esencia de la enfermedad, ni la
manera con que cura tal ó cual remedio; en fin,
cuando se establece un desacuerdo entre la inter-

pretacion teórica y la observacion clinica, á esta última es á la que se prefiere, porque se sabe que no hay lugar á dudar entre la teoria ambiciosa que explica y que mata, y el arte modesto y discreto que no habla, pero que salva y que cura.

El arte médico es independiente de todas las ciencias que constituyen sus dominios; existiria aún cuando estas ciencias no existieran; es decir, aún cuando la fisica, la quimica y aún la anatomia no se hubieran enseñado.—Y esto, creedlo bien, no es una paradoja, es la historia misma la que lo dice. Ella nos enseña que el arte médico ha nacido del dolor; que las necesidades de los pueblos le han evocado; que le ha creado la fecundidad de la observacion; que le ha fortificado la experiencia, y que, por mil titulos, su independenciam es un derecho.

Así, la vida, los séres organizados y el conocimiento de las leyes que los dirigen, son los vastos horizontes y las minas de donde extrae sus verdaderas riquezas. Por esto Hipócrates habia dicho «que el conocimiento de la vida y el ejercicio de la medicina pueden por sí solos dar principios fundados sobre la naturaleza del hombre, y sobre los cuidados que reclama; y que todo lo que personas extrañas al arte de curar habian escrito sobre la medicina era bueno, todo lo más,

para los pintores, atendiendo á que ellas no habian descrito más que las formas exteriores de la salud y de la enfermedad, sin remontarse á las leyes experimentales de los fenómenos de la vida.»

El arte médico asocia dos clases de espíritu que parecen excluirse á primera vista: tales son el espíritu de observacion, y el espíritu de innovacion. Esta asociacion es muy fácil en las demás artes, porque en ellas los progresos son claros, bien marcados y designados francamente; pero en medicina está lleno de dificultades, porque aquí, los progresos, son inciertos, mal definidos y tocados frecuentemente de exageracion, y es necesario estar dotado de un carácter firme y bien templado para no dejarse arrastrar de la corriente de elogios que prodigan á las verdades nuevas los hombres que han participado de su descubrimiento, y que casi siempre tienen cierta autoridad en la ciencia.

Por lo demás, segun la profunda observacion de Federico Bérard (de Montpellier), la medicina no tiene que temer otra cosa que ese deseo temerario de innovarlo y perfeccionarlo todo. Nada es más difícil de dirigir que el espíritu de perfeccionamiento de modo que esté en armonía con el espíritu de conservacion; solamente la politica presenta tan grandes dificultades y exige tan gran

habilidad por parte de los que han de intentar realizar tan feliz asociacion.

Las demás ciencias son ya perfectas en la mayor parte de sus dogmas, y se puede, por consecuencia, aumentar el número de nuevas verdades, sin perjudicar en nada el conjunto de las verdades adquiridas; y lo que es más, estos nuevos descubrimientos vienen á colocarse por sí mismos al lado de las verdades antiguas.

En medicina, por el contrario, fuera de los principios y de la base, ninguna parte está, hablando propiamente, completamente acabada; los puntos mejor afirmados son destruidos sin cesar por nuevos arquitectos, y cada piedra que se asienta conmueve un edificio que, aun concluido al parecer, puede recibir, en algunas de sus partes, nuevas piedras salientes ó de repuesto.

Por otra parte, es tan vasto, tan extenso y tan cargado de observaciones el arte médico, y son estas observaciones tan variadas y tan complicadas en sus detalles, que un arte de esta naturaleza no podria ser la obra de un solo hombre, de una sola corporacion ó de un solo siglo, y por consecuencia, ser completamente expuesto, desenvuelto y demostrado en una sola obra.

Luego no es en un solo libro, sino en todos los libros de los grandes observadores en donde es

necesario estudiar, aprender y meditar el arte médico.

Aquí, la erudicion más extensa y profunda, no es un puro lujo; es, por el contrario, una condicion esencial y fundamental, y aun para ser completa, debe asentarse sobre la totalidad de los textos y no sobre fragmentos, ó sobre extractos más ó ménos fieles, más ó ménos cortos ó largos, que quitan al libro original el espíritu, el carácter viviente, que le es propio y que le anima.

La lectura atenta y asidua de buenos autores no basta todavía en medicina; es necesario que el que hace esta lectura posea en sí mismo, por una especie de anticipacion natural, gran sagacidad en los sentidos y cierta dosis de buen espíritu.

Sin embargo, estas exigencias de la medicina son comunes á otras artes; así es que, las solas reglas de la pintura, no hacen un buen pintor, ni las solas reglas de la música pueden hacer un buen músico..., es preciso que la naturaleza haya arrojado préviamente sus semillas sobre el artista, pues por ellas solamente se nace poeta, músico ó médico, como se nace bailarín, arquitecto ó geómetra. Verdaderamente, el génio, el tacto, el gusto, el talento se desenvuelven considerablemente por el ejercicio, al calor mismo de los principios y de las reglas amasadas por la observacion; pero, espe-

cialmente, se necesita ante todo llevar en sí el germen primitivo y fecundo de estas preciosas facultades.

Por otro lado, como las legítimas concepciones del arte médico no son en definitiva más que sumas de sensaciones amasadas y coleccionadas á la cabecera de los enfermos por el espíritu de observacion, no pueden realmente ser suministradas más que por los objetos ó los cuadros vivientes que las han hecho nacer; por consecuencia, la lectura no puede enseñar, bajo este aspecto, más que lo que se ha aprendido en las clinicas ó en los hospitales.

Sin embargo, cuando los libros están redactados con buen espíritu, y segun las severas reglas de una sábia crítica; cuando representan fielmente los hechos y su encadenamiento legítimo, llegan á ser para el espíritu poderosos auxiliares, ya arrojando sobre los objetos una luz más viva y más clara, ya grabando más profundamente en la memoria las imágenes, las impresiones ó los acontecimientos que no se habian aprendido más que ligera é imperfectamente y como de paso.

Así pues, la lectura de libros originales es en medicina una condicion esencial y tan necesaria, que si no se puede llegar á ser un gran poeta sin haber leído á Homero, á Virgilio ó á Racine, de

igual manera no se puede llegar á ser gran médico sin haber meditado á Hipócrates, á Galeno ó á Fernel.

Sin embargo, el punto esencial no consiste en envejecer ó morir sobre los libros; en devorarlos, en roerlos como el *Ptinus fur* ó el *Ptinus molle* de nuestras bibliotecas, que tienen sus imitadores en la especie humana; ni en torturar el texto ó en agotar la vena de las inmortales obras de los grandes maestros; sino que consiste en buscar con más cordura, en estudiar el espíritu que anima á estas obras, penetrándose de este espíritu y tratando de asimilarse una parte del génio que presidió á su creacion; porque, en un arte que se escapa á datos absolutos, y que sobre muchos puntos cuenta con casi tantas excepciones, como reglas, es conveniente y oportuno sufrir la influencia contagiosa é inspiratriz de sus legisladores supremos.

En las demás artes, en el de la guerra, por ejemplo, existen reglas fijas, invariables, absolutas, que sostienen y cautivan la voluntad; que la arrastran ó que la defienden contra las inspiraciones impacientes y demasiado exaltadas de la pasión. Pero en medicina no se ve nada parecido; por el contrario, todas las emociones, todas las inspiraciones, todos los movimientos tienen cam-

po libre y abierto, y las reglas ordinarias son demasiado débiles ó demasiado flexibles para detener los impetus de un espíritu tan ardiente y tan vivo como el de un Paracelso ó de un Recamier; de donde se deduce, que las teorías se originan frecuentemente más de algun arranque atrevido ó de alguna hipótesis impetuosa, que de una fria y profunda conviccion científica.

Pero, en revancha, ¡qué de rápidas ojeadas, qué de audacias de intuicion, qué de revelaciones sublimes, qué de relámpagos de génio irradian de esas cabezas de fuego, realizando en un instante, con estupefaccion de todos, cosas reputadas como imposibles hasta entonces!

Recamier, Broussais, Cajol, Double, tan frio, y el sábio Chomel, han sido en París, en nuestros tiempos modernos, de estos rayos de accion, de estos iluminados, que han ejecutado maravillas, sino verdaderos milagros.

El arte médico exige más que todo otro, de parte del que le ejerce, un carácter enérgico, una razon superior, y, sobre todo, amor á la humanidad y ardiente deseo de hacer el bien. Además, es necesario que el médico tenga el valor de interrogarse, de juzgarse y aún de condenarse algunas veces.

Esto es preciso, porque el público que, en las

demás artes tiene el derecho de intervenir y de juzgar los hechos, no puede improvisarse bastante experto en medicina y pesar con autoridad los hechos y los gestos del médico; el médico solo es competente en el caso, como se dice en el tribunal; pero, por desgracia, bien caro paga este privilegio, porque no tiene nunca por castigo ó por recompensa de sus esfuerzos y de sus obras más que la aprobacion tácita de su conciencia.

Aquí concluyen las consideraciones generales que deben preceder, como prolegómenos, á la exposicion técnica de los principios del arte; vamos ahora á trazar rápidamente el cuadro de estos principios.

El arte médico reposa sobre este axioma fundamental:

La naturaleza sola cura las enfermedades; *sola natura medicatrix*.

Este dogma que proviene de los tiempos de Hipócrates, ha sido fundado y desenvuelto por él cuando dice: «La medicina es el arte de imitar los procedimientos curativos de la naturaleza: *Ars curandi qua via curat sua sponte natura*».

Este principio es la base misma de la ciencia y del arte; y la razon, apoyada sobre la observacion y sobre la experiencia, ha repetido durante dos mil años que la verdadera medicina consiste

en espiar, en estudiar la naturaleza, ayudándola, relevándola ó dirigiéndola, segun las circunstancias.

La razon añade, como por complemento, que el verdadero médico es aquel que se constituye en intérprete y ministro de esta maga admirable que se llama naturaleza.

En estas condiciones, tan sencillas en la apariencia, la parte que toca al médico no es tan fácil como pudiera creerse á primera vista; está, por el contrario, erizada de dificultades y de complicaciones; y para triunfar, es preciso que el médico despliegue mucha sagacidad y mucho buen sentido. En efecto, como la naturaleza no obra nunca sino en virtud de las leyes que le han sido impuestas, el médico debe poseer un juicio sólido para descubrir estas leyes, de modo que saque partido de su enseñanza.

El primer deber del médico es estudiar la manera cómo la naturaleza se conduce en las enfermedades: *Primum operum medici est opus naturæ*. Hé aqui el punto de partida ó el principio.

La naturaleza, en su trabajo de reaccion, obra de tres maneras: por expulsion de la causa morbífica, por neutralizacion de esta causa y por regeneracion. Hé aqui abierto el camino y trazada

la obra del médico; hé aquí, con el conocimiento de la ocasion y de la oportunidad, los datos necesarios para abordar la práctica y ejercer la medicina de una manera razonable y con provecho.

Pero, desgraciadamente, hay pocas cabezas organizadas para resolver los problemas que plantea el trabajo de análisis y de síntesis impuesto por estas cuestiones preliminares: ¿cuál es la causa del mal? ¿Cuál es la parte de la afección? ¿Cuál la de la reacción? ¿Adónde tienden los esfuerzos de la naturaleza?

Por otra parte, en esa masa de individuos que se precipitan como una avalancha en la medicina, más por especulación que por vocación, más por la vanagloria de ejercer, explotando una profesión lucrativa, que por la noble ambición de consagrar su vida á un verdadero sacerdocio, hay, á la verdad, tantos que no han nacido más que para armar un batiburrillo de cosas, que no debe extrañarse encontrar por todas partes á estos descarriados en los dominios del arte, donde no hacen otra cosa que poner de manifiesto el mejor día su inexorable incapacidad.

Por lo demás, su vida y sus hazañas presentan una gran lección de historia de la que es preciso que se aprovechen, tanto el hombre de mundo como el médico. En el primer caso, para no ele-

gir médico sino con entero conocimiento de causa; en el segundo, para no considerar como un médico al que no tiene de tal más que el nombre. Hipócrates mismo nos lo enseña en su admirable capítulo de la ley: «el mundo rebosa de estos desgraciados! *Sic et medici fama quidem ac nomine multi, re autem ac opera per pauci!*»

El primer cuidado del médico, como hombre de arte, es estudiar á fondo al enfermo que le ha llamado, y formarse una idea tan exacta como le sea posible de su fuerza vital ó radical, de su constitucion, de su temperamento, de su carácter y de su moral.

Debe tratar de descubrir despues por una investigacion profunda la causa del mal que ha de combatir y la naturaleza de esta causa; es decir, si es accidental ó permanente, hereditaria ó adquirida, fisica ó moral. Instruido una vez sobre estos importantes puntos, ya puede obrar.

Comienza por levantar la moral del enfermo, á fin de colocarle inmediatamente en las condiciones más favorables para su curacion; despues, debe proponerse expulsar, neutralizar ó destruir la causa morbifica. Y para esto, segun el estado de las cosas y segun el objeto indicado por las tendencias de la naturaleza, separa lo que es supérfluo, añade lo que falta y corrige lo que per-

judica; prescribe el régimen que ha de seguirse y arregla la alimentación, y obrando de esta suerte ahorra, economiza y algunas veces aumenta las fuerzas del enfermo, es decir, las fuerzas mismas de la vida, fuera de las cuales no hay salvación.

Se decía en tono de mofa, forzando, y mejor aún, alterando el texto de Hipócrates: «La mejor manera de practicar la medicina es no hacerlo todo con ella.» Hay indudablemente alguna exageración y algo de convincente en esta manera de interpretar las palabras del padre de la medicina pero en el fondo mismo de esta sátira hay también su parte de graciosa verdad.

Así, por ejemplo, es muy cierto que fuera de los recursos activos y rápidos de la medicina, á los que se apela en casos extremos, hay una infinidad de medios higiénicos y morales que, combinados hábilmente, consiguen en muchas ocasiones triunfar de las afecciones más violentas, y en apariencia más temibles, cuando se tiene la paciencia de irlos empleando lenta, prudente y metódicamente.

En efecto, el lujo de aseo, la renovación del aire, la temperatura hábilmente manejada, el alejamiento de las personas inútiles que rodean al enfermo, la sabia dirección del régimen, la elección inteligente de la alimentación; la observancia

de una prudente dieta, que no es otra cosa que la libertad de obrar de acuerdo y sin restriccion con la fuerza medicatriz; el reposo saludable que favorece esta accion; y, finalmente, la posesion absoluta de la confianza del enfermo, son otros tantos medios sencillos y fieles, con cuyos auxilios se salva á los enfermos, particularmente en los casos extremos y desesperados en que el médico mismo, no contando ya con los recursos de su arte, abandona estóicamente el resto al inagotable y milagroso poder de la naturaleza.

Por tanto, repitámoslo bien para edificacion de nuestro prógimo: este método natural, este método de presbítero, como diria nuestro excelente amigo el Dr. Munaret, reporta en definitiva más provecho al enfermo y más gloria al médico, que la mania que consiste en atormentar al enfermo, atiborrándole de drogas y hartándole de brebajes inventados durante sus viglias por los matachines del dial

Pensemos, pues, sériamente en la ciencia y en nosotros mismos; reflexionemos en todo aquello que la simple observacion del hombre viviente ha revelado al génio de Hipócrates, y nos sentiremos llenos de admiracion al calcular cuanto se puede hacer con tan poca cosa.

Él mismo nos lo ha dicho ya: con una simple

tisana de cebada perlada, de trigo ó de lentejas y algunas tazas de oxicroto el padre de la medicina proveía á todo, y frecuentemente, aun en los casos más graves.

En efecto, á excepcion de la sangría, de que era muy avaro, de los vejigatorios, de las ventosas y del fuego, que no empleaba más que en los casos apurados, y de algunos calmantes, cuya fórmula variaba, Hipócrates no usaba sino raramente de los arcanos de la farmacia, cuya lujosa profusion es verdaderamente en medicina un signo infalible de decadencia.

Sydenham y Boerhaave imitaron á Hipócrates, y como él, empleaban pocos remedios, y han sido alabados—El primero decia con una fina sátira á los polifármacos de su tiempo: que él llevaba toda su farmacia en el puño de su baston;—y el segundo gustaba de repetir que con el opio, el emético, la quina, el agua, el vino, el nitro y una lanceta, todo médico esclarecido podia practicar la medicina.

Confesemos, pues, que esta parsimonia, que esta sábia medida en el empleo de los remedios es cien veces preferible al método alborotador que consiste en agitar y moverlo todo alrededor del enfermo; en poner á contribucion los tres reinos de la naturaleza; en administrar todos los productos

de la industria y aún los de la *economía*, desde el *Albumen græcum*, hasta el jugo gástrico; desde la orina de vaca, hasta los excrementos de los animales; desde la tela de la araña, hasta el aceite concentrado de escorpion; y por fin, desde la carne ardiente del leon enamorado, hasta el polvo negro del cráneo humano!

Además, pensemos ahora en los efectos que han de producir en la economía todos estos amasijos de drogas sólidas ó líquidas amontonadas las unas sobre las otras, y todas juntas en un estómago enfermo... Meditemos en los *desiderata* de la terapéutica y en los errores del médico; en los del farmacéutico y sus acólitos; en las aberraciones del enfermero; en las imprudencias de los parientes, de los amigos y de los vecinos que concurren á cada momento al lado del enfermo, en el campo especialmente, y veremos cuantos daños amenazan al pobre diablo á quien la fiebre ó la enfermedad tienen postrado...

Opongamos ahora á todas eventualidades la seguridad que se tiene de no hacer gran cosa, cuando se apela al empleo suave y sencillo de los medios higiénicos; estudiemos este cuadro, interreguémosle con sagacidad, y llegaremos á concluir por la fuerza misma de los ejemplos, que en una infinidad de casos, es mucho mejor limi-

tarse á emplear algunos medios familiares, probados por una larga experiencia, y resignarse á esperar la curacion de las fuerzas y constitucion del enfermo, y del cuidado absoluto y siempre inteligente de una madre, de una hija, de una hermana, de una esposa ó de un amigo.—Por lo demás, obrar así, es seguir los principios del padre de la medicina, que son todavía los mejores despues de veintidos siglos de expectacion, porque son la expresion pura y sencilla del lenguaje de la naturaleza.

Hipócrates, en su cualidad de asclepiadeo, (*) no se limitaba á curar los males del cuerpo; curaba tambien los dolores y las angustias del corazon; conocia sus aspiraciones, sus necesidades, sus inquietudes, sus audacias, sus decaimientos y sus astucias, y decia: El hombre es doble, *homo duplex*; es preciso saber tratarle física y moralmente.

Sabia cuanto influyen sobre nuestro pobre físico, sobre nuestra armadura humana, las decepciones, las traiciones, las perfidias, la oscuridad, la gloria, la injusticia, los honores, la renuncia de las más legítimas esperanzas, los desengaños

(*) Adorador de Esculapio y de Baco.

imprevistos de la amistad ó del amor, y la pérdida de los sentidos, la más dolorosa de todas... y entonces, el sábio, el filósofo, el médico, busca remedio para estos punzantes dolores... y los toma en el código sublime de la moral, de la que la conciencia es la luz.

Esta luz de la conciencia le habia enseñado que la paz del corazon, la tranquilidad del alma y la confianza en la Providencia conducen al hombre á recoger los goces más puros, que son para él el principio del reposo... se apodera de estas verdades, y en el arranque de sus piadosas convicciones, dice á los pueblos que le escuchan: «La Divinidad es quien nos eleva y nos purifica; entremos en los templos, invoquemos á los dioses y encontraremos el consuelo, el reposo y la dicha.

Tales fueron los primeros gérmenes de la medicina moral ó de la medicina del corazon; y verdaderamente, no se sabia admirar lo bastante al hombre superior que, despues de haber condenado en un pueblo fanático la supersticiosa costumbre de ofrecer ricos vestidos á Diana para obtener de su poder el aplacamiento de los dolores del parto, ha sabido por una sublime sabiduría recomendar á este mismo pueblo el temor y el respeto á los dioses.

Uniendo la moral á la medicina, Hipócrates

ha consumado la más admirable de las síntesis, porque estas dos ciencias aspiran y convergen al mismo fin: la medicina á la paz del cuerpo; la moral á la paz del corazon; por tanto, la paz del cuerpo es la salud del cuerpo, como la paz del corazon es la salud del corazon, y la historia de sus agitaciones, de sus placeres y de sus dolores, no es más que la historia de sus relaciones infinitas y reciprocas.

Por lo demás, no es sorprendente que Hipócrates haya proclamado la accion saludable y soberana de la religion, porque el hombre nace religioso, tanto como filósofo; y en su alma la religion es el fruto del sentimiento y de la fé, como la filosofia es el producto del razonamiento y de la conviccion.

Hay, pues, diferencia entre la religion y la filosofia, pero no hay oposicion. Hay, por el contrario, armonia, puesto que ambas tienen como fin comun el bien general. En cuanto al hombre religioso y al filósofo, cada uno de ellos se conduce de distinta manera ante los grandes fenómenos de la naturaleza y el inconmensurable espectáculo del Universo. El hombre religioso contempla y admira el universo, sin intentar comprenderle; el filósofo estudia el Universo, y trata de comprenderle á la vez que le admira.

Así pues, el arte médico vive de la filosofía, de la religion, y, por lo tanto, de afecciones. Así, lejos de contentarse con la ciencia que le enseña á manejar los remedios y que constituye secamente lo que podria llamarse la parte material de la terapéutica, pide recursos no menos eficaces á la ciencia del corazon humano, que le enseña todo lo que un trato afectuoso, todo lo que una corriente amiga, establecida sábiamente entre el médico y el enfermo, pueden llevar de bueno y de salu- dable al estado de este último.

Y verdaderamente, puesto que el que reclama los socorros y los cuidados del médico es, ante todo, por su naturaleza, un sér esencialmente sensible, es positivo que el arte médico, que lo abraza todo, debe poseer medios para calmar en él esta sensibilidad, cuyas mudanzas son tan variadas y tan delicadas; y, por consecuencia, que el médico, que es el ministro del arte, debe proponerse economizar esta exquisita sensibilidad, como una esencia de la que la naturaleza es muy avara, porque cuanta más expansion la conceda, ménos habrá de durar, como si el precio que la naturaleza pone á la sensibilidad hubiera de ser pagado por la brevedad de la vida del que la posee en un grado superior.

El médico, pues, debe aprender el arte de ser

bueno, si no lo fuera ya; y aun en este último caso debe tratar de hacer progresos, porque en el arte de hacer el bien, el corazón puede recibir siempre lecciones.

Por otra parte, prodigando sus cuidados, el médico, como la Providencia de que es imagen, añada nuevo precio á sus servicios por la manera misma de dispensarlos.

Hay un hecho que no debe olvidar nunca, y es, que si todos los hombres son accesibles al dolor, no todos lo son en el mismo grado, y que bajo este aspecto muchos hombres son mujeres, mientras que muchas mujeres poseen la energía y el valor del hombre, lo que hace que, en este punto, pasen desapercibidas frecuentemente para el médico muchas modificaciones.

En todo caso, puesto que existe una escala diatónica de la sensibilidad, hay ocasion ciertamente de continuar la obra de Marco-Antonio Petit, es decir, de completar el código de la medicina del corazón, cuyos principios ha formulado; y esto es tanto más importante, cuanto que al que sufre le importa poco que la mano que le toca, que el espíritu que le moraliza, obedezcan á un sentimiento inspirado, ó á un arte comunicado ó aprendido.

Además, la filosofía de la medicina, que es en-

teramente cristiana, es la primera en proclamar la utilidad y la excelencia de un código cuyo principal objeto es volver en provecho de la humanidad esta sensibilidad humana que, para ser fuerza medicatriz, no necesita más que de los consejos de la experiencia, y de las lecciones de una sensibilidad más ilustrada.

Marco-Antonio Petit ha desenvuelto este pensamiento en un magnífico lenguaje. Los que quieran adquirir una idea más completa de la medicina y del médico, de la importancia del arte y del papel del artista, pueden consultar las páginas elocuentes que ha escrito este médico filántropo, sobre el modo de ejercer la beneficencia; y en esta obra del mejor de los hombres encontrarán todo lo que puede elevar el alma é instruir el corazón.

En cuanto á nosotros, nos limitaremos á hacer observar aquí, que en el arte de curar, las atenciones sostenidas, los vigilantes cuidados y la hábil manera de prodigarlos, son preferibles á la obra meditativa del génio, puesto que van derecha y seguramente á este fin; que estos son de todos los tiempos, de todos los momentos y de todos los lugares, mientras que el génio no es muchas veces más que un brillante meteoro que luce un instante y se desvanece.

Segun la medicina del corazón las complacen-

cias para el enfermo deben constituir una gran parte de las generosidades del médico. Es preciso, decía Hipócrates, poner todo el cuidado que reclaman los enfermos en aquello que han de comer ó beber; es necesario que todo lo que les toque sea dulce y blando; es preciso concederlos todo lo que no les pueda dañar, y aun todo aquello cuyo daño fuera fugitivo y fácil de reparar. «Así, por ejemplo, debe dárseles agua fresca, siempre que la pidan; ó bien un poco de comida ó un poco de vino; concediéndoles la libertad de pasar á otra habitacion, siempre que lo deseen; se les debe hablar de cuanto los interesa, y de todo lo que los reanime; y por fin, es necesario, siempre que sea posible ponerlos en la situacion que ellos apetezcan, dejándolos vestir á su voluntad, arreglarse los cabellos, cortarse las uñas, y respirar los olores que ellos acostumbraran.»

Es sábio y humano presentar la ilusion de un remedio engañoso á la imaginacion de aquel á quien la ciencia parece haber abandonado, despues de haber declarado la impotencia de sus esfuerzos. En efecto, ¿qué no puede producir, qué no podria llevar á cabo la exaltacion visionaria de la imaginacion? La historia de lo maravilloso y de las ciencias ocultas, escrita en todas las lenguas, está pronta á probarlo siempre.

Por otra parte, ¿se pueden explicar de otro modo que por la imaginacion todos los prodigios obrados por las evocaciones, las invocaciones ó los conjuros, la fortuna singular de mil invenciones, entre las cuales figura la lámpara de vida y de muerte, más conocida, bajo el nombre de lámpara simpática de Burgrave?

Además, en principio, no ha de desesperarse nunca de aquel que, hasta en el último momento, pide con insistencia socorros, consejos ó remedios; porque seguramente este desea vivir, y por esa firme voluntad de creyente puede conseguir salvarse todavía, y frustrar de una manera cruenta el inoportuno pronóstico que se habia hecho inconsideradamente sobre su estado.

Es necesario que nunca se escape ni aun indirectamente de la boca del médico una confesion fatal, ni una sentencia de muerte, porque en parecidas circunstancias la presuncion mejor fundada es siempre cruel, y por esto solo rechazable.

Por otro lado, si el proverbio es justo, si es verdad que el hombre prefiere ser engañado (*populus vult decipi*), es precisamente cuando se trata de su salud; porque todo hombre es pueblo bajo este punto de vista; está, pues, en el deber del médico evitar hacer inhumanamente alarde de franqueza cruel, que desagrada á todos y que todo

el mundo rechaza. Que se abandone á sentimientos naturales, que prodigue las bienhechoras ilusiones de la esperanza en lugar de sembrar la desolacion y las ideas fúnebres, y podrá hacer soportable todavía la vida de su enfermo, usando de estos recursos con tacto é inteligencia.

El verdadero médico no desdeña nunca ni el aviso, ni el consejo, ni la opinion de los que hablan en su presencia, por modesta que sea la posicion que ocupen; sabe que muchas recetas populares salvan el polvo de los tiempos para llegar hasta nosotros; sabe que las comadres cuentan con proligidad, pero que no inventan nada, y que la mayor parte de los remedios que llevan su nombre tienen un origen puro y sagrado; escucha y acoge lo que ellas dicen, sin dejar por eso de rectificarlo más tarde; de reducir lo que hayan exagerado, descartando de sus narraciones lo que puedan tener de supérfluo, de fantástico ó de cuestionable.

Hay tambien un principio que se deriva de la medicina del corazon, y que consiste en no pronunciar nunca delante de un enfermo palabras capaces de despertar en él la idea de peligro; porque el hombre más resuelto puede tomar de aquí motivo para desanimarse, y esto basta para imprimir á su enfermedad una direccion funesta.

En medicina, es obrar bien el escuchar con recogimiento los largos discursos, los interminables detalles y las pesadas repeticiones de los enfermos. En efecto, la ley humana es quejarse. Por tanto, el papel del médico consiste en prestar toda su atención al que teniendo confianza en él encuentra un alivio en sus expansiones; y hay también circunstancias en las que el médico debe alentar las falsas apreciaciones del enfermo, á fin de agradaarle é infundirle valor; pero si aconteciera que el enfermo pasando repentinamente de sus teorías á la idea de aplicarlas, quisiera obligar al médico á prescribirle un tratamiento que pudiera ofrecer algun peligro, el médico debe resistir á sus instancias, y ordenarle renunciar á sus proyectos.

Además, nunca está permitido al médico el llevar su complacencia hasta decir al enfermo ó poco ménos, como quiere hacerlo entender cierto aristarco: «¿Qué enfermedad os es agradable para que yo os la encuentre? ¿Os gusta la bronquitis, ó preferiríais que fuera una enfermedad del corazón ó del bazo?» Devolvamos este chiste al que le ha inventado, y digámosle que jamás ha llegado un médico, legalmente instituido, á prestarse, ni aún en broma, á una bufonería parecida; pero que en revancha, se ven por todas

partes gentes del más alto copete que acosan á los médicos á quienes quieren consultar por séries, para tratar de sacarlos con maña ya una declaracion, ya una concesion á la idea que se han formado de la enfermedad ó del estado de las personas que les son queridas. Y es el caso de hacer observar aqui, que nadie cree en la medicina, y sin embargo, todo el mundo la busca, y todo el mundo se dedica á dar consejos, desde la mujer del conserje, hasta el marido de la embajadora, pasando por todos los grados intermedios de la gerarquía social!

Si pudiera tener lugar una complacencia de esta naturaleza, seria el caso de algun medicastro, temeroso de poderse enagenar, por una negativa, la confianza y el favor de un rico cliente; pero nunca un médico honrado se prestaria á semejante torpeza.

Hay otro género de complacencias que podríamos pasar en silencio, porque ninguna depende de la filosofia de la medicina: nos referimos á las certificaciones de favor que, lo mismo los simples particulares, que los hombres de mayor posicion, se proponen arrancar de mil maneras á la excesiva bondad del médico; pero no podemos resistir al deseo de dejar hablar á nuestro viejo amigo el Doctor Munaret, el feliz

hablador de Rhôna, cuyas espirituales charlas ocupan sábiamente el *Diario de medicina de Lyon*.

¡Ay de mí, escribía el valiente aristarco, todos los médicos están expuestos á la pesada exigencia de los certificados de favor! Así, M. X... para librarse de la carga del jurado; madama Z... para decidir á su marido á llevarla á una estacion de baños, nos piden con la mayor naturalidad un certificado que preteste una enfermedad cualquiera.

Tened cuidado, médicos jóvenes, no dejéis deslizar vuestro corazon ó vuestra conciencia sobre la pendiente perjudicial de las concesiones. Me direis á esto que no os atreveis á rehusarlo por temor á perder esa ave rara que se llama el cliente! Sentaos, pues, á vuestra mesa, y arrojando un suspiro de abnegacion sobre el papel, tomad la pluma y escribid: El que suscribe certifica que X... me ha declarado estar atacado de una ciática; y en fé de esta declaracion, lo firmo.

Ahora, si puede pasar esta fórmula de certificado, como tarjeta de dentista ó de sastre que figura un billete de banco, tanto mejor; mas si, por el contrario, no ha escapado á la perspicacia del que le pide, y el mistificador convertido en mistificado se os presenta para pedirnos cuentas, montad

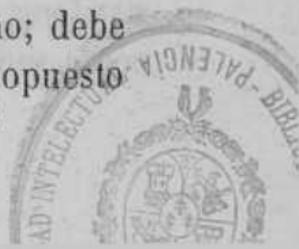
sobre vuestras uñas hipocráticas, y ladeada la cabeza, y con la mano derecha en la escotadura de vuestro chaleco, disparad sobre él esta cuestión: ¿Me habeis tomado por un imbécil ó por un falsario?

En términos de física este choque es reflejo; yo confio que os contestará con excusas.

Cuando un enfermo expone ó cuenta sus males, el arte recomienda al médico prestar atento oído á todas las inflexiones de su voz. Este es uno de los medios más seguros para llegar á distinguir y averiguar el objeto de los quiméricos ó fundados temores que casi siempre procura disfrazar.

Sucede frecuentemente que un enfermo interroga ó cuestiona con su médico, ménos con el objeto de conocer el fondo de su pensamiento sobre su estado, que para justificar la opinion que él mismo se ha formado en razon de sus propias luces ó de sus presentimientos, y esto es una especie de astucia familiar á los sugetos atacados de enfermedades crónicas, especialmente en aquellos que se creen enfermos del pecho ó del corazon.

En estas circunstancias, el médico debe hacer creer que se trata de una enfermedad enteramente diferente de la que preocupa á su enfermo; debe fingir que se teme un daño enteramente opuesto



al que amenaza, y aun dejar entrever hábilmente que acaso le someterá próximamente á un tratamiento combinado para una afeccion muy antigua, tal vez hereditaria, pero fácilmente curable.

Por este artificio el médico entretiene la preocupada imaginacion de su enfermo, calma su inquietud, y disipa sus alarmas; y á partir de este momento, todos sus consejos se hacen leyes, y un deber la obligacion de seguirlos.

Un hecho esencial y bueno de retener para aprovecharlo en la práctica de la medicina del corazon, es que, cuando se trata de influir sobre la moral de un enfermo y de confortar su imaginacion, los más lógicos argumentos, los argumentos mejores no valen siempre lo que una falsa idea, pero improbable y diestramente lanzada, para que se ponga por sí misma en oposicion formal y absoluta con el objeto principal de sus temores; Marco-Antonio Petit, nos dice á este propósito:

«Habia yo operado de mal de piedra á M. X..., y despues de dos horas, la sangre corria con una abundancia alarmante. ¡Qué se ha hecho conmigo, gritaba con dolor mi pobre enfermo... me voy en sangre! Tan poca es la que perdeis, le contesté yo tranquilamente, que dentro de una hora habrá que sangraros; no era esta mi intencion,

puesto que participaba de las inquietudes de mi cliente... Pero, feliz oportunidad, la idea de una sangría, enteramente opuesta á una hemorragia, probándole que esta era muy ligera, restableció su espíritu; la sangre no tardó en detenerse y M. X... se salvó.»

Así pues, la sabiduría de la medicina prescribe siempre al médico el conservar un aire de calma y de tranquilidad en presencia de sus enfermos, cualesquiera que sean los temores más ó ménos fundados, que le haga concebir su estado, ó las consecuencias de él. La impresion y la autoridad que su fisonomía y sus palabras ejercen sobre el enfermo le ordenan obrar así, y la experiencia de cada día hace de esto una ley.

Ella le recuerda que los enfermos no se asustan demasiado con las lágrimas y las inquietudes de sus parientes ó de sus amigos, porque ellos saben que estando más ó ménos extraviados por la solicitud y el grito de su corazón, son naturalmente arrastrados á exagerar la importancia ó la suma de sus peligros; pero no sucede lo mismo con las conjeturas que puedan deducir del continente ó de las palabras del médico; y así es que, por ejemplo, atribuyen la más grande importancia á todo lo que expresa la fisonomía; analizan sus frases, pesan sus palabras y tratan, por todos

los medios posibles, de averiguar lo que siente, lo que piensa y lo que teme.

Se sigue de aquí, que cualquiera que sea la preocupacion del médico, debe en todas estas circunstancias saber arreglar su semblante, y dar á sus palabras un acento que reanime en su enfermo la planta vivaz de la esperanza, que tiene su sábia en el corazon, y no espera frecuentemente para crecer más que la electricidad calurosa de una dulce palabra.

Por fin, la sabiduría de la medicina prescribe como una ley al médico el no olvidar nunca que está en la naturaleza de la humanidad el amar y el ser amado, y que el deseo de ser escuchado y consolado es tan profundo en algunos individuos, que, desde el momento en que las necesidades que experimenta son comprendidas por el que está encargado de dulcificar sus males, es muy raro que éste no llegue á hacérselas soportables, ya que no á curárselas, si se dedica á satisfacer estas necesidades tan queridas.

Tal es, bajo el punto de vista de la filosofía, el estado de la medicina en el siglo XIX; ¿está en progreso ó en decadencia? ¿Está por cima ó por debajo de lo que era en el tiempo de Hipócrates ó de Galeno? Esto depende de la manera de considerar la cuestión.

Si por progreso se entiende el desenvolvimiento regular de la ciencia tradicional, fundada esencialmente sobre el conocimiento del hombre vivo y reaccionante es evidente que la medicina ha progresado poco. Si, por el contrario, se entiende por progreso el adelanto, el desenvolvimiento de las ciencias que incumben á la medicina y la prestan notables socorros, como la física, la química, la botánica, la anatomía y la fisiología, es evidente que la medicina ha ganado mucho sin haber cambiado jamás su verdadera esencia.

Sea de esto lo que quiera, la medicina tiende más que nunca á su postrer perfeccionamiento, y el honor de la generacion que llega consistirá en consumir este feliz acontecimiento.

¿Pero, la medicina tal como existe en el dia, es ya una ciencia formada, un arte fijo en sus reglas, una verdad escrita? Si, si se trata de la medicina ortodoxa y tradicional, y no de esas utopias ridículas, y de esos sistemas de fantasia inventados á placer por *los locos*, que se titulan con excesivo orgullo los reformadores positivistas del pasado, y los propagadores invencibles de la verdad naciente.

Así pues, la medicina existe no solamente como arte, sino tambien como ciencia, aunque mucho lo discutan ciertos matachines exclusivistas

é ignorantes, que abusan en grande de la medicina, sin haberla aprendido nunca, hipocráticamente hablando.

Pero que estas palabras, que el viento lleva, no sean nunca tomadas á mala parte, ni mucho ménos como injuriosas! No se dirijen de ningun modo al hombre, sino á sus opiniones.

Así pues, si tachamos muchas veces de ignorancia á espíritus muy ilustrados, es porque hay para nosotros tres clases de ignorancia.

La primera consiste en no saber nada, y es la ignorancia crasa, la ignorancia de los débiles, de los perezosos y de los simples... No se encuentra nunca entre los médicos.

La segunda consiste en saber mal lo que se sabe; y es la ignorancia *burguesa* de los sencillos, de los de educacion incompleta y de los satisfechos; esta ignorancia bulle en todas las clases.

La tercera consiste en saber todas las cosas ménos las que deben saberse, y que se relacionan con su profesion; esta es la ignorancia de muchas gentes y particularmente de los médicos, que, á expensas de la medicina, saben una multitud de cosas, sérias ó fútiles, que la son más ó ménos extrañas!

Esta es la ignorancia de que queriamos hablar, y contra la cual se levantaba Hipócrates,

cuando maltrataba con finura á los presumidos de su tiempo.

Sin embargo, tendremos el cuidado de hacer adoptar nuestras ideas sobre el verdadero estado de la medicina, porque pocas gentes se entregan en el día á la filosofía de las ciencias, condicion indispensable para adquirir una opinion completa sobre la constitucion de la medicina.

Agreguemos á esto el que los juicios que el público se forma sobre la medicina y el médico, suelen ser siempre más ó ménos erróneos, atendido á que para juzgar sobre una materia tan delicada y tan extensa, es necesario ser médico, ó por lo ménos muy versado en las ciencias que incumben á la medicina, como pueden serlo, por ejemplo, M. M. Henry Berthoud y Peisse; sin embargo, hombres de esta especie; vulgarizadores tales, son muy raros en el día.

Pero, en suma, ¿qué importa á los verdaderos médicos, qué importa á los hombres hechos maestros por el estudio, el trabajo y la reflexion, el que un público distraido y á veces extravagante profese gratuitamente por su cuenta tal ó cual opinion? No tienen criterio propio para jueces supremos é inapelables.

Pues bien, que los médicos desprecien y digan con moderacion á quienes los denigren: «Ved

á qué clase de estudios, á qué trabajos se dedican los médicos; ved los sacrificios que ocupan y componen su vida. ¡Apreciad cuán importantes servicios reciben de ella los individuos, la familia, la sociedad y las naciones!

No son solamente las víctimas arrancadas valerosamente al dolor ó á la muerte lo que les hace recomendables, sino tambien los intereses más caros al corazón del hombre puestos frecuentemente en sus manos: la esperanza de una madre, de una esposa, de un marido, de un hijo ó de un amigo; los desgraciados que temen sobrevivir á los objetos de su cariño y los secretos de una familia confiados á su sagacidad, á su probidad y á su honradez! Son, finalmente, la paz, el consuelo y la esperanza, llevados á las almas, cuando ya no pueden darlas más que esto; porque es tal el atractivo de la virtud bienhechora y valerosa, que no tiene necesidad de socorrer al desgraciado para consolarle, bastando su voz sola para derramar un bálsamo saludable sobre todos los dolores.» Por otra parte, cuanto más dignos sean los médicos del reconocimiento público, más deben saber pasarse sin él, y haciendo únicamente lo que el deber les exige para obtenerlo, establecen su respetabilidad sobre fundamentos más sólidos y durables.

Pero el papel del médico es más elevado aún...

Así es, que no pudiendo ser juzgado por el mundo, es necesario que se juzgue á si mismo; y no pudiendo ser alcanzado siempre por la ley, es preciso que encuentre en el fondo de su conciencia un juez imparcial, tan inaccesible á las injusticias de la ira, como á las bajezas de la adulacion. Ahora bien, ¿no hay en todo esto una magistratura que no pertenece más que al médico?

Finalmente, ante el médico todos los enfermos son iguales; para él, como para el legislador, no hay en la humanidad más que hombres, y la vida del débil y del pobre es tan querida y tan preciosa á sus ojos como la del más poderoso ó del más rico: bajo este aspecto es como particularmente es el médico cristiano.

Hé aquí como han comprendido la medicina aquellos hombres que son el eterno honor del arte; hé aquí los principios que nos han dictado Hipócrates, Galeno, Ambrosio Paré, en los tiempos antiguos; Dubreuil de Montpellier, Barthez, Marco-Antonio Petit, Cabanis, Recamier, Double, Cayol, Golfin y Chomel, en los tiempos modernos; estos son sus principios, que han elevado y mantenido la medicina en la dignidad de un sacerdocio; siguiéndoles, es como veremos aparecer

aún hombres capaces de conservar intacto el sagrado depósito de la medicina.

Ahora, es probable que se nos pregunte: ¿por qué la medicina práctica ha caído desde hace medio siglo en un estado de inferioridad y de abatimiento que explica el éxito extravagante de la homeopatía en el mundo? Tengamos el doloroso valor de decir: es que hay falta de unidad en la enseñanza magistral de la medicina ortodoxa; es que se ha roto violentamente la doctrina de la tradición; es que ya no hay reglas absolutas universalmente enseñadas en las escuelas.

Sondeando esta especie de anarquía, el secretario perpétuo de la Academia imperial de medicina, el Doctor Dubois (de Amiens) ha podido decir con tristeza: «Que la medicina anda buscando todavía (en 1863) un camino en medio de la multitud de sus teorías y de las irresoluciones de sus experiencias.» En todo caso, estas palabras llenas de amargura no prueban más que una cosa: que los hombres de la medicina actual buscan por mal camino lo que buscan, porque es claro como la luz del día que la medicina existe, independiente y fuerte, como sobradamente lo hemos demostrado en el curso de esta obra.

Sin embargo, nada semejante á lo que sucede en medicina, se ve en las otras artes; así es que

todas tienen sus reglas particulares y todas estas reglas son enseñadas de una manera uniforme por todos los maestros, de tal suerte que el que oye á uno, oye á los demás; en medicina, por el contrario; en esta ciencia en que los menores errores pueden acarrear sombrías catástrofes, todo está entregado á la arbitrariedad. Cada maestro tiene su teoría, su manera, su práctica, su modo de obrar; profesa la ciencia y el arte segun él lo entiende, sembrando la duda, la confusion y el desconsuelo en el espíritu de los que le escuchan.

Pero felizmente, este estado de cosas va á concluir; los espíritus se enardecen, los corazones se levantan, la razon recobra su imperio y la unidad que cada dia se establece más en la teoría, va á pasar necesariamente á la práctica, en donde imprimirá una verdadera unidad de accion. Entonces se podrá saludar en medicina la vuelta del buen sentido y del libre acuerdo.

De este modo se realizarán las siguientes palabras de Cabanis: «Si, me atrevo á predecirlo; con el verdadero espíritu de observacion hipocrática, el espíritu filosófico que debe presidir en la medicina, renacerá de aqui; la ciencia va á tomar un nuevo aspecto, se reunirán sus fragmentos esparcidos para formar un sistema, sencillo y fecundo como las leyes de la naturaleza.»

Después de haber condensado todos los hechos, después de haberlos rebuscado, comprobado y comparado, se les encadenará, refiriéndoles todos á un pequeño número de puntos fijos ó variables. Se perfeccionará el arte de estudiarlos, de unirlos entre sí por sus analogías ó por sus diferencias, y de sacar reglas generales y absolutas que no serán más que su enunciado mismo, pero más preciso.

Se simplificará, ante todo, el arte más importante y más difícil de aplicar estas reglas á la práctica, que llegará á ser la misma para todos. Entonces, cada médico no se verá obligado á crearse sus métodos y sus instrumentos, á olvidar lo que aprendió en las cátedras, para buscar en sus propias sensaciones lo que vanamente pidiera á las de otro; es decir, cuadros, no solamente bien circunstanciados y de una verdad escrupulosa, sino también que formen un todo, cuyas diversas partes estén coordinadas.

No será ya necesario que el talento ocupe frecuentemente el lugar reservado al arte; el arte, por el contrario, dirigirá siempre al talento, le hará brotar muchas veces, y algunas ocupará su lugar. No es esto decir que no crea posible el suplir con la precisión de los procedimientos á la delicadeza del tacto y á las combinaciones de un

génio feliz; pero el tacto no volverá á ser oscurecido por imágenes vagas é incoherentes, ni el génio encadenado por reglas frivolas ó engañosas; no volverán á encontrar, ni el uno ni el otro, ningun obstáculo á su entero desenvolvimiento.

A partir de este momento las medianias harán acaso con más facilidad lo que espíritus eminentes hacen hoy dia con trabajo; y la práctica, despojada de todo ese extraño fárrago que la ofusca, reducida á indicaciones sencillas, distintas y metódicas, adquirirá por su unidad de accion toda la certidumbre compatible con la naturaleza móvil de los objetos sobre que se ejercita.

Entre tanto, aún cuando sin duda alguna se la puedan hacer graves y fundados cargos; aún cuando se encuentren por donde quiera médicos indignos de este nombre; el juicio del público, poniéndoles á todos en el mismo rango, y confundiendo el saber y la virtud con la ignorancia y el charlatanismo, seria incontestablemente la mayor y la más extraña de las iniquidades.

Nada hay que desanime y hiera tanto á los corazones honrados. Las gentes de mundo quieren tener su opinion sobre todo aquello que es motivo de sus conversaciones; hablan de las enfermedades y de los médicos, y quieren conocer las unas, y juzgar sobre los otros. «Esta fiebre, di-

cen, ha sido mal tratada!... Se ha cometido esta falta; se debiera haber hecho lo otro; tal médico, mató á su enfermo; si hubiera empleado cual remedio, no habria sobrevenido este accidente, etc. etc.

A estas decisiones, tan rotundas como poco motivadas, las gentes del arte debieran responder con una sonrisa de piedad. En lugar de acogerlos, de apoyarlos, y de contribuir con ellos á la malignidad pública, deberian hacer sentir á los que las esparcen, cuanto envilecen su razon juzgando de lo que no entienden, y cuanto se insulta á la justicia, al querer abatir aquéllos á quienes no pueden juzgar.

Sea de esto lo que quiera, los destinos de la medicina se cumplen: sepamos todavía aprender un poco; y gracias á la direccion firme y liberal recientemente impresa á la enseñanza, gracias al esfuerzo de cada uno y al concurso de todos, la medicina entrará infaliblemente en la plenitud de sus derechos, y merecerá de nuevo el sobrenombre de arte saludable, que le dió en lo antiguo, el reconocimiento de los pueblos.

Vamos á terminar estas páginas sobre la filosofia de la medicina, por un rápido bosquejo de los deberes del médico. ¿Podrán comprenderle todos los que se dedican al arte de curar? ¡Ojala lle-

guen á convencerse los médicos de que antes de tomar la toga doctoral, en medicina, como antes de la toma de hábito, en religion, es preciso sentirse firmemente resuelto á sufrir con entera resignacion toda clase de sacrificios; y que para esto, se necesita estar dotado de una fuerza moral excepcional: raro privilegio de la naturaleza, que en la parte que concede á las facultades humanas, se muestra, segun sus caprichos, pródiga unas veces con este, y completamente avara con el otro.

CAPÍTULO XI.

DE LOS DEBERES DEL MÉDICO.

«Speramus enim et cupimus futurum est... medici nobiliores animis nonnihil erigant, neque toti sint in curarum sordibus.»

(Bacon).

La más alta misión del hombre después de la de ministro de la religión, es la de médico; él es el dispensador del fuego sagrado de la vida y de las fuerzas secretas de la naturaleza; vivir para los otros y no para sí, tal es la esencia de su profesión; y con el fin supremo de salvar la vida y devolver la salud, debe sacrificar, no solamente su reposo, su utilidad personal, las comodidades

y placeres de la vida, sino, lo que es más aún, su propia salud y su existencia.

Estas nobles palabras de Hufeland confirman de una manera magistral que la medicina es un arte sublime, puesto que los deberes que impone entran en las leyes más santas de la religion y de la filosofia, y puesto que exige que el que se entregue á ella y se consagre dignamente á su culto, haga abnegacion completa de si mismo y se mantenga continuamente por cima de los vulgares cálculos de la vida comun.

La medicina es, verdaderamente, un sacerdocio y una magistratura. Este doble carácter impone un deber inmenso al que se dedica á esta ciencia: el de estudiar sin cesar, observar siempre, é imprimir á su espíritu toda la perfeccion de que sea susceptible.

Este deber del trabajo continuo es tan absoluto y tan sagrado, que la más ligera violacion, la más pequeña negligencia de sus leyes, tiene, por decirlo asi, algo de criminal.

El médico tiene deberes para consigo mismo, para con sus enfermos, para con la ciencia, y para con la sociedad toda entera. Expongamos rápidamente estos deberes.

I.

DEBERES DEL MÉDICO PARA CONSIGO MISMO.

El médico debe ser exigente y severo para consigo mismo. «Es necesario, decía Hipócrates, que tenga buena apariencia, porque si el público le vé mezquino y descuidado, ¿le creería capaz de cuidar de la salud de los demás? Su porte debe ser noble y distinguido, su traje limpio, su cuerpo puro y sin olor: solo esta cualidad le hará soportable á los enfermos, porque hay muchos que tienen accidentalmente el olfato muy impresionable y muy fácil de ofender».

El médico debe ser grave sin austeridad, noble sin altanería, y siempre formal; el que se ha-

ce el chistoso, el que rie, y, sobre todo, el que sonrie maliciosamente sin cesar, se hace incómodo y pierde infaliblemente la confianza de los que le rodean.

La conducta y la manera de vivir del médico deben ser ejemplares: sus buenas costumbres contribuyen poderosamente á establecer su reputacion; debe ser prudente, reservado, humano, moral y justo; porque si el sentimiento de la justicia sirve en toda ocasion, encuentra un momento particular de ejercitarse en los médicos á presencia de sus enfermos.

Los enfermos se entregan enteramente á ellos; á ellos entregan á todas horas, á cada instante, su mujer, su hija, su honor; es decir, lo que tienen de más querido y más precioso; deben, pues, los médicos mantenerse siempre firmes en su conciencia, y estar continuamente seguros de sí mismos. Hé aquí lo que se refiere al cuerpo, al espíritu y al corazon.

Para llegar á ser hábil en el arte de ejercer la medicina es necesario dedicarse desde luego á elegir con especial cuidado el maestro cuyos principios se quieren adoptar; seguir sus lecciones é imitar sus ejemplos; porque todo lo que eleva el pensamiento y forma el corazon, todo lo que excita y mantiene la atencion, todo lo que acostum-

bra al espíritu á una aplicacion fecunda, viene siempre, más ó ménos, de los preceptos del maestro. Pero que el arte no sea ante todo irreflexivo, ó se convierta en una práctica servil, hé aquí el primer precepto.

El médico, dice Hipócrates, debe tener una fé absoluta en la Divinidad, hácia la cual ha de dirigirse siempre. Efectivamente, viendo los diversos accidentes de la vida, el médico está realmente obligado á reconocer su omnipotencia. Y aquel que no cree en la Providencia se ve obligado á admitirla, examinando lo que pasa en nuestro cuerpo; lo que la naturaleza ejecuta en los cambios de forma, y particularmente en las curaciones que siguen á las operaciones, ó que suceden, ya al uso de los remedios, ya al empleo de un buen régimen.

El médico debe cultivar la filosofía con ardor, porque la filosofía le perfecciona, le hace experimentado, y desenvuelve en él el sentimiento religioso, que le es necesario para ejercer noblemente su profesion; y como Bacon dice: «Si un poco de filosofía nos aleja de Dios, mucha nos aproxima á Él.»

II.

DEBERES DEL MÉDICO PARA CON SUS ENFERMOS.

El primer deber del médico consiste en ver en cada enfermo un *hombre*, es decir, el fin supremo de la naturaleza, y no un simple sugeto de experiencia de la naturaleza ó del arte.

El médico debe saber que su papel no se limita solo á curar, sino que consiste tambien en prolongar la vida y hacer soportables las enfermedades incurables. No es esta, ciertamente, la parte más brillante de su arte, sino que es un oficio delicado que tiene todo el mérito de una buena obra y de un piadoso acto de caridad.

Está en el deber del médico ser excesivamente prudente, porque si, por desgracia, se en-

contrara en algunos puntos más ó ménos privado de las luces de la ciencia, es preciso, á lo ménos, que en todo caso pueda contar con la seguridad de su discreccion.

El médico debe ser compasivo y humano; compasivo, es decir animado de ese sentimiento que, naciendo al grito de dolor, despierta y sostiene en nosotros el vivo deseo de aliviar al que sufre; humano, es decir, inclinado á hacer el bien por un movimiento que no tenga nada de interesado ó de personal, por un sentimiento que nos lleve á socorrer al que se queja por el solo hecho de que se queja.

Hay en el paroxismo del dolor accesos de desesperacion durante los cuales el enfermo, fuera de si mismo, se queja de sus dolencias con injurias y aún con imprecaciones. Ciertamente, nadie tiene el derecho de ofenderse por esto; pero al médico toca más particularmente dar ejemplo de paciencia y resignacion, cuando el paciente exasperado por el sufrimiento se encoleriza hasta el punto de herirle de una manera sangrienta en sus más delicados sentimientos. Seguramente la prueba es cruel, pero el hombre de bien debe saber llevar la abnegacion hasta el estoicismo, y esto es una de las principales virtudes del médico.

El ejercicio de la beneficencia es igualmente

una ley sagrada para el médico. Escuchemos lo que á este propósito dice el inmortal secretario perpétuo de la Academia imperial de medicina, el vehemente Pariset, inimitable autor de una pléyade de elogios académicos que han apasionado á cuantos han oído su númen poético ó comprendido su caluroso y simpático corazón.

«Que el hogar del médico esté siempre abierto al infortunio como un refugio sagrado; que el pobre esté siempre seguro de encontrar allí en todo tiempo consuelos y consejos útiles; y que la mano generosa del hospitalario huesped, guiada por los más seguros instintos del corazón, sepa rehusar el dinero que la pobreza le presente; porque la indigencia tiene sus pudores, sus noblezas, sus brios, y sucede muchas veces que, atolondradamente vergonzosa, intenta ocultarse ofreciendo con dignidad una suma cruelmente ahorrada en las cosas más indispensables para la vida.

»Que el médico descubra este sacrificio; que rehuse con afabilidad esta suma que estaba destinada á otra cosa; que por él vuelva bajo un pretexto ó bajo otro á la bolsa del que, para venir á pedirle consejos, es probable que haya abandonado durante muchos días sus asiduos trabajos, sus solos y únicos recursos de vivir y hacer vivir á su familia.»

Es igualmente otro deber riguroso para el médico el no abandonar nunca á un enfermo, sea cualquiera el estado en que se encuentre. Dejemos hablar en este punto á Antonio Petit, porque nadie lo diría mejor que él, y nosotros no sabríamos decirlo tan bien.

«Nunca, escribe el doctor filántropo, abandonéis un enfermo antes de haber recogido todos los signos que anuncian la evidente proximidad de la muerte; evitareis asimismo los reproches que merece el que duda demasiado pronto de los recursos de la naturaleza. Sobre todo, no os alejeis mucho del que ha reclamado vuestros cuidados, si es que todavía conserva algún conocimiento para sentir vuestro abandono; las leyes de la humanidad, el respeto que se debe á los moribundos, la posibilidad de reanimar algunas veces una última chispa de vida, convierten en un deber el obrar así; y aun cuando ya vuestros cuidados sean inútiles, la piedad tiene aún necesidad de vuestro último consejo para arrojar sobre una frente descolorida el primer velo de la tumba.

»Había yo retardado algunas horas una visita á una señora que, casi en lo último y sin esperanza de salvacion, no podía recibir de mí más que los socorros del consuelo. Ah! doctor, me dijo, al

verme entrar, ¿por qué me habeis olvidado? Podriais tener alguna cosa más apremiante que llevar socorros á la que tan poco tiempo os ha de importunar? Yo tengo sobre vuestros enfermos un derecho sagrado, que no me envidiarán!... El de una moribunda! buen doctor, venid esta tarde, y quedaré contenta con volver á veros. Yo volví... pero ya no existía! Esta leccion que me diera permanece gravada sobre mi corazon, y desde entonces jamás he olvidado los sagrados derechos de los moribundos!»

Uno de los más nobles *arckiatras* (*) de los tiempos, grandes aún, de la monarquía, el baron Alibert, médico de Luis XVIII, se gozaba en repetir en sus explicaciones intimas de los jueves, el siguiente hecho que tiene su aplicacion aquí.

En 1816, una pobre mujer de la ciudad, que acababa de perder á su marido, en un momento de desesperacion se habia arrojado al Sena desde lo alto de un puente. Cuando dos horas despues se la retiró de las aguas no daba señal ninguna de vida; sin embargo, Alibert, quiso emplear por sí mismo todos los medios de resurreccion; agotó en vano durante tres horas todos los recursos posibles y ya pensaba en retirarse, cuando apercibió algunos oscuros movimientos de los miembros;

(*) Nombre con que se designaba al primer médico de los emperadores griegos.

redobló entonces sus esfuerzos, su energía y su voluntad, y logró poco á poco despertar de nuevo la vida en aquella pobre mujer que estaba en cinta de nueve meses... Algunos dias despues dió á luz un niño. Alibert le hizo dar el nombre de Moisés, y cuando tuvo edad de sentar plaza, le hizo admitir en la marina del Estado, en donde siguió honrosamente su carrera.

Esta verídica historia, que hemos oido contar muchas veces al profesor Alibert, prueba de una manera perentoria que en todos los casos de asfixia por submersion, no hay que desesperar nunca de aquellos que parecen haber perdido la vida. Tal era el parecer de Orfila, de ilustre y muy sentida memoria. Mandaba prodigar cuidados á los ahogados durante cinco ó seis horas, y aún más allá, y, siguiendo sus consejos, se han obtenido muchas veces extraordinarios resultados. Iguales recomendaciones son aplicables á las personas aletargadas.

En los acontecimientos que puedan tener una terminacion funesta, es preciso guardarse de hacer concebir exageradas esperanzas á las personas que rodean al enfermo, y que desean que se les prediga el porvenir; la esperanza, dice Cabanis, es un árbol precioso bajo el que nos refugiamos en la tempestad, y cuya benéfica sombra hace ménos vivo el sentimiento del dolor; pero no to-

das las flores de que está adornado llegan á dar frutos; ni todos estos frutos llegan á la madurez; y entre estos últimos, bien pocos escapan al gusano roedor, ó á los huracanados vientos.

El médico debe atribuir grande importancia á los más pequeños males, y medir el interés que le inspiren, ménos por la opinion que de ellos tenga, que por la que les preste el enfermo, porque para el que sufre, no hay pequeños dolores. Por otra parte, por naturaleza, todos gustan de quejarse, y quieren, por decirlo asi, saborear el placer de hablar de lo que sienten, de lo que temen, de lo que piensan; y el médico, en tales circunstancias, no debe ser nunca el primero en cambiar de conversacion. Toda la intencion que ponga en esto, se convertirá en reproche cuando se haya alejado, y el que le habia hecho llamar, dirá con tristeza: apenas si se ha ocupado de mí.

Hay sugetos tan nerviosamente organizados, que su sensibilidad toda entera se excita contra los más pequeños males, y en la pintura que nos hacen de ellos, emplean las exageradas expresiones de: mal espantoso, mal horrible, horroroso. Es preciso estudiár particularmente á estos enfermos, tanto para no espantarse de sus falsos temores, cuanto para ponerse en guardia contra la especie de indiferencia con que se presta oidos á es-

tas quejas de que abusan frecuentemente, pero que pudiendo ser, por casualidad, verdaderas una vez, acarrearían el pesar de haber sido sorprendidos por un daño que habría cortado la prudencia.

El primer egoísta debió ser ciertamente un sér que sufría. El dolor centuplica el yo humano y concentra en nosotros todas nuestras afecciones; así es que apenas si dejamos traslucir al exterior lo supérfluo de nuestros sentimientos, y durante nuestros paroxismos no tenemos amigos más que para quejarnos á ellos.

¿A quién pertenecen nuestros primeros cuidados? En los casos extremos cuando todos los brazos se tienden en medio de un naufragio, cuando todas las señales reclaman un rápido socorro, el hombre generoso y humanitario que se lanza al agua, tiende desde luego la mano al que las olas amenazan más de cerca. Su conducta en esta circunstancia debe servir de ejemplo al médico.

Llamado á veinte partes á la vez, su primer pensamiento debe ser para el más desgraciado ó para el más querido, porque, después del grito de la humanidad desolada, lo que el corazón oye mejor es la voz de un amigo, y el que obedece á tales inspiraciones, fácilmente se hace perdonar su conducta y sus retrasos.

La confianza juega un gran papel en la vida

del médico; por pequeña que sea la que se le dispense, por mucho que se olviden los servicios que haya prodigado, no debe dejar escapar nunca el secreto que hayan depositado en él. La nobleza de su profesion se distingue especialmente en esto, y por más que sus cuidados puedan ser olvidados ó desconocidos, que el que se haga cómplice de esta falta de reconocimiento, no tenga que temer nunca por su secreto, recelando una indiscreccion en el hombre que le ha prestado sus cuidados.

En fin, cuando el médico vea alejarse de golpe ó lentamente una confianza, que su aplicacion y su talento debieran asegurarle, su dignidad y su decoro le ordenan el no afligirse, ni ménos ofenderse por esto.

Que contemple con calma y frialdad lo que pasa á su derredor: la indiferencia de los hombres de todas las clases de la sociedad; la inconstancia, la falsedad ó la perfidia de los amigos; la injusticia y la ingratitud de todos, y acabará bien pronto de lamentarse de la sola inconstancia que es excusable, puesto que tiene por móvil las acometidas del dolor y el miedo de la muerte.

¡Cuánto sentimiento, cuánta sabiduría y cuánta razon hay en estas palabras de Cabanis! Ellas graban su imágen, hacen su impresion y son como leccion escrita.

III.

DEBERES DEL MÉDICO PARA CON LA CIENCIA.

El médico debe á la ciencia la consagración y empleo de todo su tiempo: el estudio y la reflexión son en él la condición expresa de la ley austera del trabajo. Debe tomar en su antigua fuente los principios fundamentales de la medicina ortodoxa; debe meditar profundamente sobre esta ciencia, y tomar además de todas las otras todo lo que pueda aumentar estos conocimientos; en fin, debe buscar en el arte mismo todo lo que demuestra la certidumbre, fortificando sus bases y rehuyendo las apariencias brillantes. De este modo podrá llegar á luchar con ventaja contra aquellos

que intentan denigrar la medicina y dudan de la solidez secular de sus principios.

Por inconsecuentes que seais, escribe el Profesor Prunelle (de Montpellier) cuando un hombre exuberante de salud es robado súbitamente á su familia por un golpe imprevisto, no os dirigís contra nadie; á nadie acusáis de una imprevision ciega; pero, por la más *cruel de las injusticias*, dirigís vuestra ira, vuestros reproches y vuestras injurias contra el estimable médico cuyos talentos no han podido preveer un acontecimiento fatal.

Hombres injustos! la salud y la muerte se tocan sin sorprenderos, y no podeis mirar sin extrañeza el tránsito de la enfermedad á la muerte! Además, si en medio de los daños que cada minuto puede engendrar, sucumbís sin que el médico haya marcado el instante de vuestra caída, le tacháis de ignorante... ¿Son anunciadas todas las tempestades por el relámpago? ¿Se calcula de antemano la erupcion de los volcanes? Desgraciadamente no; la prevision humana es detenida por el horizonte de las ciencias, por los límites del arte, por los de nuestra inteligencia, y para decir mejor, por la voluntad del cielo.

El médico debe estudiar con particular esmero la fisiología del corazon humano. ¿Qué idea tenemos de esto? ¿Existe la fisiología del corazon

cuando aun no está formada la del cuerpo? ¿Es otra cosa que un mito para aquellos que no ven en la fisiología clásica más que la novela de la medicina? ¡Qué importa! Para todos aquellos que piensan, la fisiología del corazón es una verdad; se encuentra escrita en todas las lenguas, y tiene sus sacerdotes y sus devotos; sus historiadores se llaman Confucio, Marco-Aurelio, Moliere, la Fontaine, Balzac. Abramos los libros de estos grandes moralistas y encontraremos en toda su profundidad este santuario viviente, en el que fermentan con todas las pasiones las semillas del bien y del mal.

Estudiemos la fisiología del corazón y penetremos bien de esta verdad: que para llegar á ser médico, no basta conocer la anatomía desde la materia á la célula; ni recitar de corrido la fisiología hasta la palabra locura (de los alienistas), los más locos de todos los locos; ni en ser hábil para escribir sobre una receta fórmulas familiares al comun de los mártires, sino que se necesita saber antes de todo cómo se alivian y cómo se curan las enfermedades por medio de la palabra. Por lo tanto, para obtener seguramente este resultado es tan útil el conocer la acción directa de las ideas y de las impresiones morales sobre el estado de los enfermos, como la acción indirecta de los reme-



dios sobre la marcha natural de las enfermedades; luego es un deber del médico el hacer un estudio profundo de las *fibras morales* del corazón, á fin de poder obrar convenientemente sobre la sensibilidad y sobre las fuerzas del alma.

Por lo demás, es de notar que los médicos más felices en la práctica de la medicina son siempre aquellos que sobresalen en el arte de excitar los sentimientos y de manejar hábilmente las pasiones.

Y, en efecto, para calmar una imaginacion desarreglada, para reanimar un valor que decae, en una palabra, para devolver al cuerpo, con la ayuda de lo moral, la energía de que es susceptible, es necesario conocer todos los lazos que existen entre el alma y el cuerpo; porque con esta condicion solamente es como se puede distinguir por la fisonomia, por el timbre de la voz, por el batallar de las ideas, aún en medio de una avalancha de sintomas, los signos reales de las enfermedades del cuerpo, y los signos no ménos ciertos de las afecciones del alma.

IV.

DE LOS DEBERES DEL MÉDICO PARA CON LA SOCIEDAD.

Por su instrucción, por la firmeza de sus principios, por su carácter libre de prejuicios, por la naturaleza, en fin, completamente especial de su educación y de las funciones que ejerce en el mundo, el médico es llamado continuamente á prestar los más grandes servicios á la sociedad.

Ved aquí lo que hace á cada momento: asociándose generosamente á los sentimientos, á las ideas, á los instintos, á los goces ó á los dolores de la familia, llega en ciertas esferas á destruir insensiblemente las teorías falsas ó subversivas, los prejuicios dañosos, remplazándolas por ideas

útiles; y otras veces, vuelve en provecho de la moral y de la razón, la extensión de sus relaciones con las gentes más ó ménos desprovistas de instrucción, que se encuentran en las clases inferiores de la humanidad.

Si pues, entre los bienes que se pueden ofrecer al hombre, es el primero de todos el de las ideas sanas, morales y justas, es incontestable que nadie en el mundo podría repartirlo con más abundancia que aquel cuyo papel reviste, bajo este aspecto, el verdadero carácter de un apostolado.

Luego, que todos los médicos en general, y particularmente aquellos que ejercen en los distritos populosos de las grandes ciudades, en los pueblos pequeños ó en los campos, tengan siempre presente el ejercicio de esta bella magistratura de la medicina; de tal modo, que los verdaderos amigos de la humanidad encuentren siempre en ellos celosos propagadores de la verdad, hombres fuertes y sensatos cuyas luces hagan germinar en los ánimos las semillas de la razón y de la virtud, es decir, de la honradez.

El mejor medio que el médico puede emplear para establecer su reputación consiste en vulgarizar las sanas ideas, en combatir los prejuicios, en provocar reformas ó instituciones que mejoren

el estado sanitario; conservándose siempre por cima de ligeros arrebatos, de chanzonetas y de sátiras. El hombre que se ve obligado á confesar sus secretos y especialmente sus debilidades, quiere mejor confiarlos á un espíritu frio, y aún corto si se quiere (lo que es muy fácil de encontrar), que á un despiadado burlon, que anda sin cesar á caza de malicias, por turbulencia de espíritu. ¡Cuántos médicos han perdido excelentes clientelas y de las más encopetadas solo por dejar escapar contra ellos una palabra picante! ¡Hasta tal punto es cierto que los hombres perdonan de mejor grado una ofensa que una *burla!*

Entra en los deberes del médico el esparcir con mano generosa todo lo que haya aprendido, descubierto ú obtenido en su práctica, ya por sus propias investigaciones, por su experiencia personal ó el empleo razonado de sus facultades, ya por medio de la influencia de que su posicion le reviste.

Sarcone ha dicho no sé dónde: la medicina es una república, la república del espíritu, porque todos los géneros de espíritu, todos los órdenes del conocimiento, todas las verdades adquiridas la incumben directamente.

Todo esto es verdad, pero seria preciso añadir que en el seno de esta república todo indivi-

duo debe pensar y obrar libremente; porque el que vive esclavo no encuentra nunca más que el error; y el que, por el contrario, es libre, descubre la verdad y la proclama.

En resúmen, el médico debe á la sociedad el dote íntegro de las verdades que haya recogido ó conquistado; pero debe desconfiar de las consecuencias que pretenda sacar de las ideas que han hecho nacer en él los principios de éstas verdades; porque si lo que se funda sobre el estudio bien meditado de la naturaleza es cierto é inmutable, por el contrario, lo que se apoya en la observacion ó la opinion personal, es siempre móvil y sujeto á error.

Que el médico se desligue de las preocupaciones que haya podido adquirir en los bancos de las cátedras con los jefes de secta, con los infieles ó los revolucionarios de la medicina; que se guarde igualmente, en lo que le concierne, del influjo de una prevencion ó de una idea fija, porque la experiencia nos enseña continuamente que el hombre encadenado por una idea que le domina, es incapaz de todo punto para aprender cualquiera otra sobre la misma cuestion. Zimmermann cuenta que un médico que padecía obstrucciones en el higado, no encontraba más que obstrucciones en todos sus enfermos... Helvetio

va más lejos. Cree que un cura no ve en la luna más que una pila de agua bendita, mientras que una mujer enamorada, solo ve en ella la imágen de Cupido. Esto es un cuento, pero este cuento es más ó ménos el fondo de nuestra propia historia.



CAPÍTULO XII.

RESÚMEN Ó CARACTERÍSTICA DE LA MEDICINA.

«El hombre está bajo la influencia de una multitud de agentes que tienden sin cesar á destruirle; resiste á su impresion por medio de una fuerza propia que le es inherente, fuerza que disipa los males sobrevenidos accidentalmente, le vuelve al estado de salud, y restablece el ejercicio de las funciones. El descubrimiento de esta fuerza enseñó los movimientos y sus leyes. Desde entonces el libro de la naturaleza quedó abierto, y despues de haberlo meditado, Hipócrates fijó la ciencia y el arte de la Medicina».

(THOURET.)

Toda ciencia tiene su filosofía; su filosofía es su sabiduría; su sabiduría se encuentra toda entera en el espíritu de sus métodos, de sus dogmas, y particularmente en el hecho principal que preside á sus instituciones.

Toda la filosofía de la medicina se encuentra

en germen ó en virtualidad, en el libro de los Aforismos de Hipócrates, en ese monumento eterno que ha sobrevivido á las revoluciones de la ciencia antigua y moderna; en esa obra maestra de creacion humana que, como Suidas ha dicho, sobrepuja todas las fuerzas del espíritu humano.

El principio fundamental de la medicina es el hecho de la vida que preside á la formacion, á la conservacion, y á la curacion del organismo ó del cuerpo.

La verdadera medicina es la de la naturaleza; porque solo ella se funda sobre el conocimiento de las leyes eternas que gobiernan y rigen el universo. Esta medicina es fácil de distinguir y fácilmente se define.

Basada sobre una verdad fundamental, reconoce é invoca en todo cuanto hace la ley suprema de la vida y de la actividad espontánea de la naturaleza; no ve más que acciones vitales en todos los fenómenos que presenta la economía; toma sus indicaciones en las necesidades é instintos naturales del enfermo, admite, en fin, que todo lo que tiene vida organizada se encuentra colocado en una esfera superior; y conformando con estas miras, que son las solas filosóficas, se encierra en los límites de esta esfera y no

obra más que bajo la expresa reserva de los derechos de la naturaleza, que toma siempre por modelo, y con la cual intenta identificarse siempre.

Pero si es cierto que hay un trabajo curativo por parte de la naturaleza en el fondo de toda enfermedad, no es ménos evidente que el arte puede excitar, sostener y favorecer este trabajo, y aún algunas veces, este trabajo es el único practicable; luego, el arte tiene su razon de ser, su necesidad, su valor.

Efectivamente, quitando ó destruyendo inmediatamente la causa morbífica, se hace abortar la enfermedad, haciendo enteramente inútil el trabajo interno de la naturaleza. Apaciguando los exagerados esfuerzos de la naturaleza, el arte impide que se produzcan lesiones orgánicas y hace más fácil el saludable movimiento de las crisis. En otras circunstancias el arte releva ó regulariza las fuerzas abatidas ó discordantes de la naturaleza poniéndola de este modo en condiciones favorables á la curacion, hácia la que tiende de ordinario; en fin, en muchísimas ocasiones, el arte aleja los obstáculos que se oponen á los esfuerzos combinados de la naturaleza, y bajo este aspecto le es todavía favorable.

La verdadera medicina coloca sobre el mismo plan la investigacion de las causas mórbificas, y

el estudio de las modificaciones que éstas ejercen sobre el cuerpo y sobre el espíritu, es decir, sobre lo físico y sobre lo moral; establece una diferencia radical entre una indisposición y una afección, entre una afección y una lesión, entre una lesión y una enfermedad.

Para ella, toda afección mórbida consiste en una modificación ó una alteración material de los sólidos y de los líquidos, que provoca consecutivamente el desarreglo, el desconcierto, ó la perversión de una ó de muchas funciones.

Para ella, toda enfermedad es un esfuerzo de conservación, una reacción, es decir, una lucha, un combate por el cual la naturaleza medicatriz intenta expulsar un agente morbífico, ó reparar el mal que éste haya producido.

Por otra parte, la verdadera medicina no considera ni como afecciones, ni como enfermedades, las modificaciones orgánicas ó funcionales que la edad lleva consigo al modo de ser de la economía, y que se enlazan bien con el desenvolvimiento del organismo, ó ya con la flojedad y la inevitable caída de los órganos; sabe que todo sér pasa sucesivamente por las fases de niño, de adulto, de hombre maduro y de viejo; y en razón de este conocimiento, cuando se encuentra en presencia de las diversas fases de este alternado

movimiento de ascension ó de caída, se contenta ordinariamente con hacer difíciles ó lentos los efectos necesarios ó inevitables.

La medicina verdadera es sufrida y prudente, pero vigilante; no obra nunca sino bajo los auspicios de la ocasion y de la oportunidad; emplea pocos remedios, pero pone constantemente á contribucion los inagotables arsenales de la higiene, recursos saludables siempre y algunas veces heroicos, cuando se sabe emplearlos con discernimiento y habilidad.

No atormenta ni el cuerpo, ni el espíritu, ni la idea; calma, alivia, consuela, y cuando se ve obligada á recurrir á grandes medios, se esfuerza todavía por imitar, en cuanto la es posible, los procedimientos de la naturaleza; porque si sabe como mata la naturaleza, sabe tambien como cura.

Tal es en definitiva la medicina racional, eficaz, y por decirlo de una vez, inocente. Se la adquiere ménos en los libros y en las cátedras que sobre el lecho de los enfermos; y aún aquí tiene tambien sus discípulos y sus confidentes... Son estos los que á ella se dedican por completo, y que, por decirlo así, han nacido para ella. Dichosos cien veces los enfermos privilegiados que encuentran ó hacen llamar á estos verdaderos mé-

dicos, á estos médicos de la naturaleza, *sin vicios de escuela*, sin prejuicios de profesor. Estos médicos son, dispensadnos la palabra, *pájaros raros y preciosos*, que es preciso saber atraerse y conservar.

En todo caso, si la medicina de que acabamos de dar aquí un rápido bosquejo no es la que se practica alrededor nuestro, ó alrededor de los nuestros; no es ni la verdadera ni la buena, y tenemos por lo mismo el derecho de preocuparnos seriamente. No acusemos para esto á la *medicina ausente*. Contentémonos simplemente con despertar al médico que, como el divino Homero, dormitaba alguna vez.

Interdum dormitat divinus Homerus.

El médico sueña cuando, engolfado en sus utopías sistemáticas, pierde de vista los preceptos de la medicina tradicional ú ortodoxa; el *médico duerme*, cuando exclusivamente preocupado con la idea de una causa física y material, abandona los límpidos horizontes del corazón por los agitados laberintos de los órganos.

No es así como procedía Hipócrates.

Vedle al pié del lecho del hijo de Filipo de Macedonia, á quien una fiebre lenta y cruel devora sin cesar. Se detiene, se recoge, se inquieta y reflexiona; y á fuerza de observar á su

jóven enfermo, de estudiar su actitud, su aspecto, sus palabras y hasta sus menores gestos, se apercibe de que la presencia de Phila, antigua amiga de su padre, cambia la expresion de su cara, modifica el color de su rostro, da un timbre particular al acento de su voz, é imprime una expresion más dulce al brillo de sus ojos. Desde este momento se le manifiesta la verdad; reconoce en medio de tantas metamórfosis el amor del jóven principe por Phila; pone en conocimiento del rey este hecho, y este, dando su consentimiento, ve poco tiempo despues á su adorado hijo entrar como por milagro en la plenitud de su salud.

| | | |
|-----|---------------------------------------|---|
| 47 | V. Métodos médicos de la medicina | — |
| 53 | VI. De la ciencia médica | — |
| 63 | VII. De la vida | — |
| 73 | VIII. Principios de la medicina | — |
| | IX. De las causas de las enfermedades | — |
| | X. De las perturbaciones de la vida | — |
| | XI. De las enfermedades agudas | — |
| 85 | XII. De las enfermedades crónicas | — |
| 121 | XIII. De la vida | — |
| 137 | XIV. De los deberes del médico | — |
| | XV. Resumen é historia de la medicina | — |
| 207 | | |

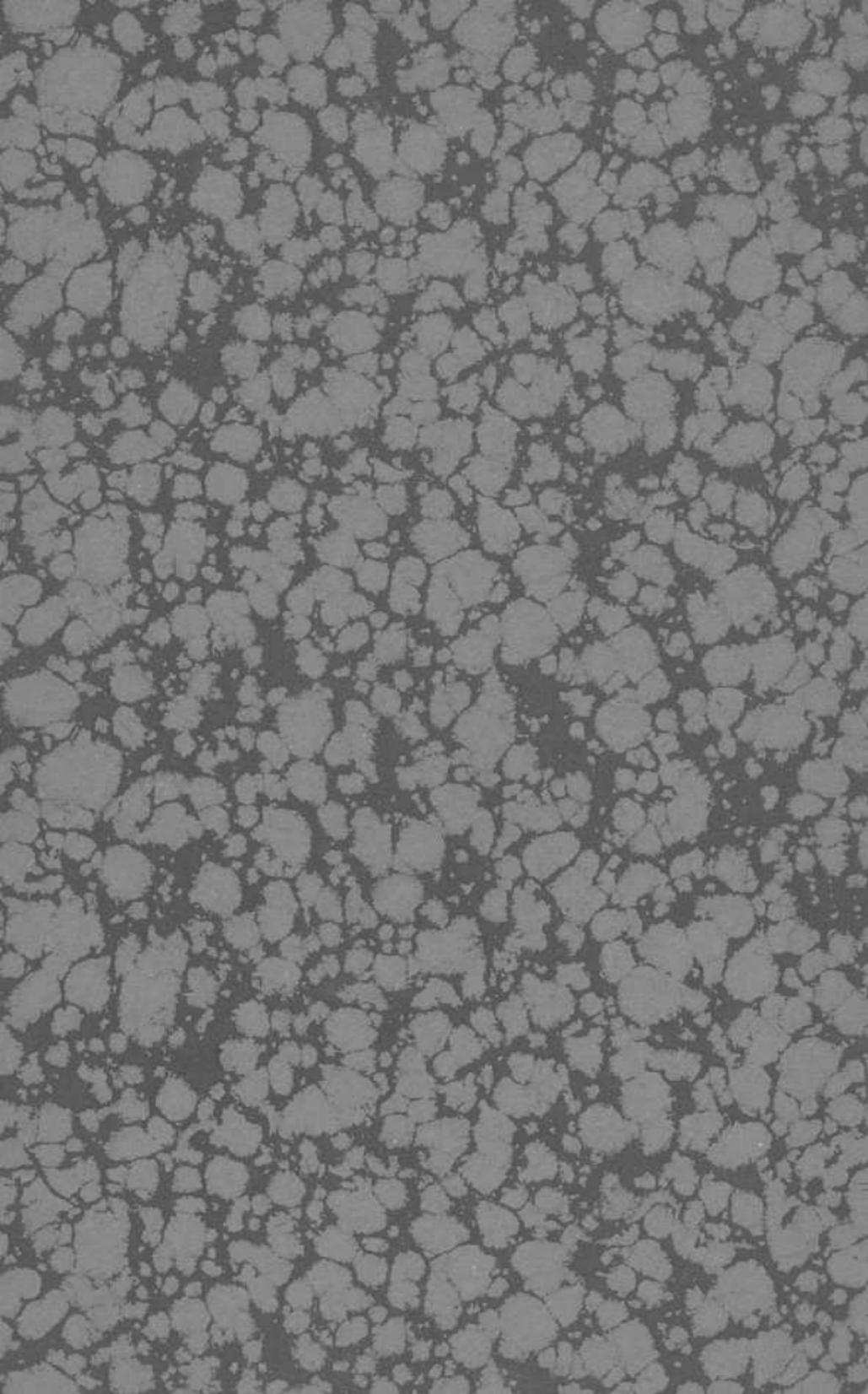
FIN.

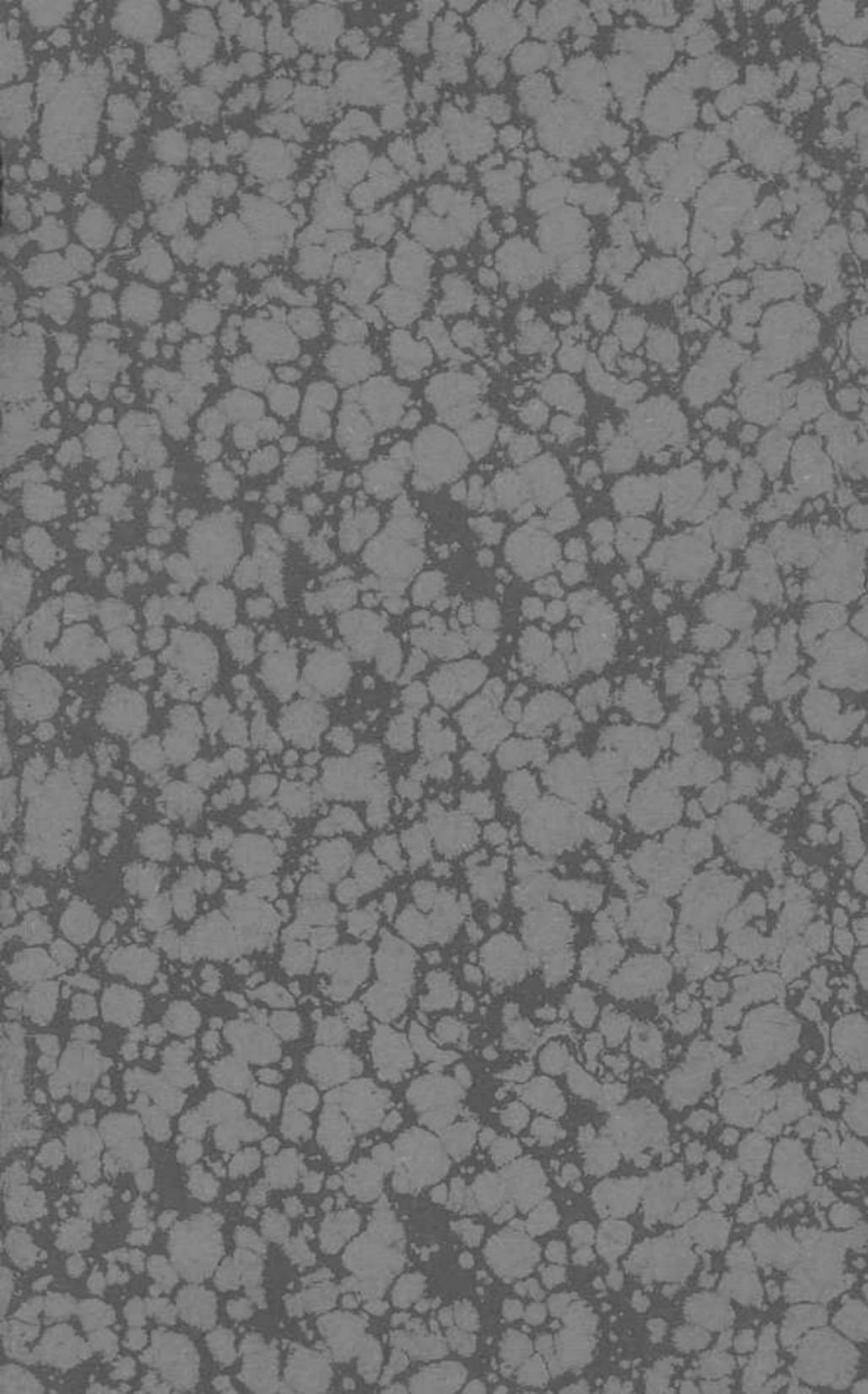


ÍNDICE.

| | Páginas. |
|----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|----------|
| PREFACIO. | 5 |
| PRÓLOGO. | 11 |
| CAPÍTULO I. Consideraciones generales. | 15 |
| — II. Espíritu de la lógica médica.. . . . | 21 |
| — III. Del génio de la medicina y del génio médico.. . . . | 29 |
| — IV. Del grado de certidumbre de la medicina. | 35 |
| — V. Métodos filosóficos de la medicina | 47 |
| — VI. De la ciencia médica. | 53 |
| — VII. De la vida.. | 63 |
| — VIII. Principios ó dogmas de la medicina | 75 |
| — IX. De las causas de las enfermedades, y de las perturbaciones accidentales consideradas equivocadamente como enfermedades | 85 |
| — X. Del arte médico.. | 121 |
| — XI. De los deberes del médico. | 177 |
| — XII. Resúmen, ó caracterfstica de la medicina. | 201 |







AS

FLOR

W

M.C.

3

ALBER

FILOSOFIA
DE LA
MEDICINA

3.83